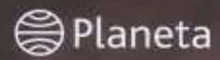
STAR WARS

HISTORIAS DE UNA GALAXIA MUY, MUY LEJANA

ALIENS

LANDRY Q. WALKER



LOS PLANETAS DE STAR WARS ESTÁN LLENOS de un sinnúmero de especies alienígenas, cada una más extraña y fascinante que la anterior.
Aquí encontrarás seis historias sobre algunos de los asombrosos aliens que aparecen en *STAR WARS: EL DESPERTAR DE LA FUERZA*

Repleta de contrabando y traición, la historia de un sabio policía de Jakku y un desafortunado droide, y un misterio que sólo el rudo cocinero del castillo de Maz Kanata puede resolver, te llenará de emociones mientras te adentras en lo más profundo de tu favorita galaxia muy, muy lejana.



Historias de una galaxia muy, muy lejana

Aliens

Landry Q. Walker



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Tales From a Galaxy Far, Far Away Volume I: Aliens*

Autor: Landry Q. Walker

Ilustraciones: Tyler Scarlett

Traducción: Alejandro Romero Álvarez

Publicación del original: abril 2016

algún tiempo antes de *El despertar de la Fuerza*

Digitalización: Bodo-Baas

Revisión: Satele88

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

10.12.16

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN

TODO EL TRABAJO de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

CONOCE MÁS sobre los fascinantes aliens de *Star Wars. El despertar de la Fuerza,* con esta colección de alucinantes historias.

El policía Zuvio debe llegar al fondo del asunto cuando un droide asalta un banco, en «Mediodía en Jakku».

Las científicas frigosianas de Takodana le dan a una criminal fugitiva lo que más desea para escapar de la justicia, en «El rostro de la maldad».

El repugnante comerciante de chatarra, Unkar Plutt, podría conocer finalmente a su media naranja en la retorcida historia de «Amor verdadero».

Bobbajo, el crittermonger, protagoniza una historia de valentía contra lo imposible, en la fábula «Todas las criaturas grandes y pequeñas».

Cuando su ayudante aparece muerto, el cocinero del castillo de Maz Kanata se involucra en una extraña competencia para encontrar al culpable, en «Una receta para morirse».

Y, todos juntos, piratas, pandillas y cazarrecompensas, compiten para encontrar la preciada mercancía en «El corsario carmesí y el tesoro perdido del conde Dooku».

MEDIODÍA EN JAKKU

CAPÍTULO —01—

EL ALGUACIL ZUVIO acariciaba con las yemas de los dedos el mango del pequeño bláster que ocultaba en la pistolera de uno de los pliegues de su túnica.

—No quiero hacer esto, CZ —dijo el kyuzo de piel grisácea. Su voz se oía claramente, a pesar de los vendajes que cubrían su boca—. Nadie más tiene que salir herido. Ni tú, ni yo.

El sol estaba cerca del horizonte. El paisaje del seco desierto de Jakku se extendía a kilómetros alrededor de ambos. Para cualquiera que observara la escena, Zuvio y CZ-1G5 bien podrían haber sido los únicos dos seres sobre la superficie del planeta.

CZ permanecía de pie al otro lado de la duna, frente al alguacil, y su silueta estaba enmarcada por la puesta de sol. Con un movimiento lento y calculado, el droide secretario comenzó a levantar la pistola bláster que sostenía en su insólita mano.

—Suelta el arma —le advirtió Zuvio, sosteniendo con fuerza su propio bláster. Zuvio era rápido, pero CZ-1G5 era famoso por su velocidad. ¿Podría el alguacil alzar su arma a tiempo?

—Lo siento, señor —respondió el droide con su forma de hablar perfecta y entrecortada—, pero no tengo opción.

Un largo silencio inundó el ambiente. La atmósfera seca y opresora de Jakku pesaba sobre el aguacil y el droide. Hubo un solo disparo.

Y con eso, una sola figura quedó de pie, una sombra alargada y llena de remordimiento, mientras los últimos restos del día quedaban a la deriva.

CAPÍTULO
—02—

ANTERIORMENTE…

El Puesto de Niima se encontraba cerca del ecuador de Jakku, a unos cuantos kilómetros de una cordillera conocida como Dientes Caídos. Para ser Jakku era una zona relativamente cómoda y templada, con condiciones que uno podía sobrellevar la mayor parte del tiempo. Eran supervivientes. Sólo en determinadas horas de ciertos días del año había que alejarse del sol por completo. En dichos días, la ardiente y rigurosa radiación del astro de Jakku era suficiente como para achicharrar la piel incluso de las especies más resistentes al calor. Aquel era uno de esos días.

El alguacil Zuvio estaba sentado en su escritorio, aburrido. El bajo y fornido kyuzo se veía algo cómico en su pequeño cubículo. Su casco de batalla de ala ancha ocultaba su rostro bajo una sombra y sus ojos se movían de arriba abajo, mientras examinaba una pila de documentos. Zuvio era un individuo de aspecto severo. La mayor parte de sus rasgos estaba perpetuamente cubierta por vendajes que ayudaban a su sensible sistema respiratorio a aguantar el clima. Sus ojos eran amarillos con pupilas negras de aspecto rasgado y tenía el ceño fruncido, lo cual hacía pensar a los demás que siempre estaba enojado. La realidad secreta del asunto era que Zuvio sufría de problemas de la vista, algo muy común entre los kyuzos, y la expresión en su rostro era el resultado de años y años de entrecerrar los ojos para ver mejor.

Pero, en un planeta tan duro como Jakku, era mejor dejar que la gente pensara que estaba enojado. El puesto de alguacil no era sencillo. A pesar de que la población del lugar era relativamente pequeña, siempre había alguien dispuesto a aprovecharse de cualquier mínima señal de debilidad por parte de sus vecinos. Así que, como sucede con cualquier grupo de seres vivos, poco a poco surgió un deseo por tener algo que se asemejara a una estructura entre los buscadores y carroñeros, quienes se habían aglomerado en el derruido asentamiento de hangares desvencijados y depósitos de chatarra. De algún modo, en medio de ese intento de gobierno autónomo, a Zuvio le había tocado el papel de alguacil. Era un trabajo que mantenía al kyuzo bastante ocupado, principalmente con las naves que llegaban y los problemas que estas solían ocasionar.

Este era un día poco común, pero muy apreciado: un día tranquilo. Así que, en vez de investigar robos y asaltos o interrogar capitanes de navíos, había que encargarse del papeleo. Había muchos documentos atrasados que debían ser leídos y firmados.

Afortunadamente, el puesto también tenía una solución para esto: al ser el alguacil, Zuvio tenía derecho a hacer uso parcial del único droide secretario que había en Niima, CZ-1G5. CZ llevaba a cabo trabajos de oficina para varios de los habitantes más importantes del Puesto de Niima. El droide era antiguo en términos de tecnología (probablemente más de trescientos años) y, aunque existían droides más modernos que podrían haber resultado más competentes, la pequeña colonia de Parajes de Occidente nunca había tenido necesidad de uno mejor.

CZ entró a la pequeña oficina y se movió por la habitación con una facilidad derivada de la práctica. Escaneó rápidamente la pila de papeles que el alguacil había dejado sobre el escritorio y los archivó en el sitio adecuado, haciendo uso del comunicador transmisor de largo alcance que tenía integrado. Aquello era algo digno de ver; el droide trabajaba con la rapidez de un rayo, pasando páginas y páginas de documentos a una velocidad que sería imposible de igualar para la gran mayoría de los entes biológicos. Zuvio observaba al droide de reojo y escuchaba el sonido que generaban sus rápidos movimientos. Era algo casi hipnótico.

—Llegas tarde, CZ —dijo bruscamente Zuvio. El droide no respondió de inmediato, sino que salió al pasillo y se dirigió a la terminal de cifrado, para introducir los códigos de acceso de Zuvio. Las terminales de datos bloqueados, como esa, eran una forma común de mantener formularios confidenciales protegidos y, habitualmente, sólo los dueños tenían acceso a ellas. CZ contaba con un transmisor que le permitía hacer la interconexión. Era una medida necesaria en Jakku, ya que a pocos se les podían confiar dichos códigos, pero siempre era bueno contar con un segundo punto de acceso en caso de una emergencia.

—No digo que sea un problema, sólo que es inusual en ti —continuó Zuvio—. Por lo general estás donde tienes que estar, puntual como un reloj.

Era verdad. Ambos habían trabajado juntos por años y, aunque Zuvio no era precisamente de los que suelen hacer amigos, CZ estaba más cerca que nadie de ganarse ese título. Un pequeño cambio en la rutina del droide habría pasado desapercibido para cualquier otro, pero, ¿para Zuvio? Para él era tan notorio como encontrar agua en medio del desierto.

El droide se volvió hacia el alguacil. Después de tantas décadas de servicio, su voz suave y gentil ahora tenía un leve zumbido mecánico.

—Lo siento mucho, señor.

El alguacil estaba a punto de responder, cuando, de pronto, la oficina se sacudió debido a una estruendosa explosión cercana.

CAPÍTULO —03—

CUANDO ZUVIO LLEGÓ al lugar de los hechos, sus dos sheriffs ya estaban registrando el área. Le habían dado a una nave bancaria, fuertemente, por lo que se veía. La nave bancaria era un transporte regular que cada ciclo llegaba al puesto para llevar a cabo transacciones en nombre de los Parajes de Occidente. Solía quedarse ahí por tres o cuatro rotaciones; luego se marchaba para encargarse de otros negocios. La nave fungía como una de las pocas anclas entre el Puesto de Niima y el resto de la galaxia, así que un golpe en su contra podía tener repercusiones muy graves. Aunque la nave estaba construida para transportar una carga relativamente pequeña, muchas de las transacciones se hacían de manera electrónica, con un gran núcleo informático conectado al servidor del sistema, que estaba diseñado para mantener la información de las cuentas bancarias a salvo, hasta que la nave llegara a un punto en el que la información pudiera transmitirse a una red de intercambio más grande.

Quienquiera que le hubiera disparado a la nave no quiso arriesgarse a fallar: uno de los lados de la pequeña nave de carga estaba completamente destrozado. Esa era la explosión que Zuvio había escuchado. El estallido había eliminado al menos a siete ciudadanos y dos droides.

Se empezaba a juntar una multitud.

—Drego, Streehn —les dijo Zuvio a sus dos primos—. Controlen a la multitud.

Los sheriffs kyuzos se apresuraron para contener a la creciente masa de ciudadanos preocupados. Uno de ellos, un rodiano de piel verde, exclamó:

—¡Nuestros créditos! ¡Todo lo que teníamos estaba en ese transporte!

Otro de los presentes, un melitto, gritó:

—¡Estamos arruinados! ¿Qué vamos a hacer?

Pero ambos fueron hechos a un lado abruptamente por un kubaz de nariz larga y bastante delgado, que usaba una toga inusualmente larga y finamente fabricada, algo que era bastante inusual, al menos para un lugar como Jakku.

Era obvio, a simple vista, que el kubaz no era nativo de ese planeta desértico.

—¡Alguacil! —exclamó enojado a través de un traductor portátil—. ¡Exijo que se me informe qué ocurre aquí!

El kubaz en cuestión era Rikard Lovas y la nave bancaria que había sido atacado le pertenecía. Zuvio, quien se encontraba junto a los sheriffs, hizo un gesto al banquero.

—Se trata de un robo —anunció con su voz plana—. La bodega de carga está vacía. Y el núcleo informático no muestra registro de ninguna cuenta activa.

La cara de Lovas adoptó un color gris azulado pálido que se veía enfermizo para alguien de su especie. Una gota de sudor escapó de las gafas gruesas y rectangulares que siempre llevaba.

—Pero… —tartamudeó—. ¡Es imposible! Nuestro sistema está totalmente encriptado. Nadie puede acceder a él. No sin…

Lovas miró un panel que se encontraba en el interior de la nave. Era igual al que había en la oficina de Zuvio. El mismo que se le otorgaba a cualquier individuo que tuviera los códigos necesarios para el acceso a cualquier información encriptada. Pero, además del gerente del banco, nadie más tenía acceso. Nadie excepto…

—¡CZ! —murmuró Zuvio—. Oh, no.

CAPÍTULO —04—

CZ-1G5 YA SE HABÍA MARCHADO cuando Zuvio regresó a su oficina. Y lo que era peor, el depósito de armas, que el alguacil mantenía cerrado bajo llave, estaba vacío. Tres blásters, un fusil de francotirador, todas las granadas e incluso el vibropico que solía cargar. No quedaba nada.

También faltaba un speeder. La única arma que le quedaba a Zuvio era el pequeño bláster que ocultaba en su escritorio. Lo revisó. La celda de energía estaba a la mitad y no tenía tiempo de cargarla, no cuando había un droide armado hasta los dientes (en sentido figurado) recorriendo el desierto en un vehículo robado.

De seguro CZ estaría ahí, en el erial reseco que cubría la mayor parte del planeta. El droide no se podía dar el lujo de quedarse en Jakku y no habría una sola nave (al menos no en Niima) que accediera a llevarlo. Ni siquiera hacía falta que Zuvio revisara el mapa. La única dirección lógica que el droide fugitivo podría haber tomado era hacia el sur, rumbo a Dientes Caídos. Ahí se encontraba un intento de asentamiento abandonado, donde los piratas solían esconder naves de contrabando cuando no querían pagar la cuota de atraque.

Claro, eso sería asumiendo que el droide actuara de manera lógica. Pero Zuvio pensó que nada de esto tenía sentido. Nada. CZ había estado al servicio del pueblo desde que llegaron los primeros colonizadores. Zuvio conocía bien al droide, era apreciado y respetado por toda la comunidad. Incluso, al droide se le había visto trabajando como voluntario en comedores públicos y cuidando enfermos en su tiempo libre. Si CZ hubiera querido cualquier cosa, sólo habría tenido que pedirla. ¿Por qué echar todo eso por la borda de repente? Habría que buscar al droide y preguntarle.

Zuvio llamó a Drego y Streehn, y les dio órdenes de enviar todas las pruebas relacionadas con el robo a su sistema de comunicaciones personal. Luego, subió a uno de los speeders que quedaban y se dirigió al sur, hacia Dientes Caídos.

CAPÍTULO —05—

AL SUR DEL PUESTO, en los eriales de Jakku, los droides aguardaban. Zuvio estaba en camino y tenían que estar preparados. G2-9T distribuía las armas y, al hacerlo, un chirrido metálico emanaba de su modulador de voz averiado. Un BD-3000 de estructura corroída y llena de cicatrices tomó el rifle y ajustó el rango de este, mientras un COO-2310 seleccionaba las granadas. El J57-CM llegó zumbando algo en idioma droide y comenzó a transmitir la imagen que había capturado con sus lentes telescópicas: el alguacil se acercaba a la cordillera por el norte. Quedaba poco tiempo.

Un droide gonk EG-6 se desplazó por el pequeño campamento droide, ofreciendo armamento a todos los que lo requerían.

CZ-1G5 observó el bláster que sostenía en su mano blanca y rígida. Quien lo conociera habría concluido que se veía… triste.

CAPÍTULO
—06—

RESULTO FÁCIL seguir el rastro. En esos días no había muchos speeders que recorrieran la ruta del sur. Los motores repulsores del speeder habían dejado un patrón muy perceptible en la arena por donde habían pasado. Era como si CZ hubiera dejado un mapa.

Zuvio miró hacia adelante y alcanzó a divisar las ruinas de un viejo carguero. En alguna ocasión había sido utilizado como una casa, seguramente por algún pobre tonto que había intentado transformarlo en una higrofinca. Se notaba que eso había sido hacía mucho tiempo; la nave estrellada ahora se encontraba vacía y abandonada.

El rastro de CZ conducía directamente al exterior de la alta granja improvisada… Demasiado fácil. Demasiado fácil para un droide tan inteligente como CZ.

De pronto, el alguacil pisó con fuerza el freno de su speeder, al mismo tiempo que, desde la lejana casa, el disparo de un rifle alcanzó la parte frontal del speeder y la destruyó. Un francotirador. Si Zuvio no se hubiera detenido… Pero no había sido simplemente un golpe de suerte. Para el alguacil toda esta situación parecía muy sospechosa.

Zuvio se echó al suelo, rodó detrás de un afloramiento rocoso y pudo esquivar un segundo disparo. El speeder quedó destrozado. El disparo del rifle, que iba dirigido al pecho del alguacil, había perforado el motor y, algo más que eso, a juzgar por el fuego verde que emanaba del vehículo.

El speeder explotó. Los restos salieron volando por todo el terreno desértico. Un pequeño fragmento de metal rasgó la manga de Zuvio, lo que le ocasionó una profunda cortada. Mordiéndose el labio e intentando luchar contra ese dolor tan repentino, Zuvio logró sacar su comunicador. Sin señal. No habría refuerzos.

El alguacil levantó su bláster justo cuando otro disparo del francotirador pasó rozando la roca a unos cuantos centímetros de su cabeza. Con este ya eran tres disparos… Sin embargo, Zuvio tenía una ventaja sobre su atacante: conocía las capacidades de todas y cada una de las armas que habían sustraído del depósito de Niima. El arma que estaba usando era un rifle de caza Czerka-93U, además de una computadora de alcance y orientación. El sistema de orientación era una mejora posventa y nunca había funcionado muy bien que digamos. Si el tiempo era favorable no habría problema, pero en un planeta arenoso como Jakku… Además, sólo podía hacer cuatro disparos seguidos, con una pausa de tres segundos entre disparos, para recargar el cartucho.

Zuvio tomó un puñado de arena seca y lo arrojó por encima de las rocas al área donde la computadora del rifle estaría tratando de fijar un objetivo. Al mismo tiempo, se levantó y apuntó su bláster. Había un buen motivo por el cual Zuvio nunca había reemplazado el mecanismo barato del objetivo del viejo rifle: para su vista no funcionaba bien, pues los kyuzos tenían problemas para ver de cerca. Pero, ¿su vista a larga distancia? Su vista a larga distancia era bastante buena.

Otro disparo del rifle pasó volando junto a su cabeza, justo como Zuvio lo esperaba.

Ahora la computadora compensaría el cálculo fallido y centraría a Zuvio, pero el rifle tenía que recargarse, lo cual le daba al alguacil el tiempo suficiente para lo que planeaba hacer.

El alguacil logró hacer tres disparos rápidos. Uno habría sido suficiente. Escuchó un fuerte estruendo metálico y vio una cascada de chispas que salían volando desde el techo de la vieja casa. Un golpe directo.

Inesperadamente, Zuvio escuchó un grito en lengua droide a su izquierda y vio a un droide cámara flotando junto a él. El droide se retiró hacia la granja abandonada. Lo estaban vigilando. Y no sólo eso, ya no se trataba solamente de un droide rebelde. No había alcanzado a identificar al francotirador, sólo fue un vistazo, pero estaba seguro de que no era CZ. Así que estaba lidiando con al menos tres droides rebeldes en las afueras del pueblo. Droides armados y dispuestos a utilizar fuerza letal.

Zuvio decidió no perder más tiempo en contemplaciones. Era un kyuzo, una especie nativa de un planeta donde la gravedad es muy alta. Eso significaba que sus músculos estaban más desarrollados que los de la mayoría de las especies bípedas y que podía moverse con rapidez si hacía falta.

Con un poderoso salto, el alguacil recorrió la mitad de la distancia que había entre el afloramiento rocoso y la casa. Al moverse, logró esquivar muchos disparos que iban dirigidos a él. Quienquiera que estuviera disparando titubeaba o no esperaba la velocidad que poseía el alguacil.

Con otro salto, Zuvio alcanzó la orilla del techo de la casa, una especie de coraza de batalla a base de carbono. Sus grandes dedos recorrieron la superficie de la estructura y se abrió paso pateando los restos de una ventana improvisada que encontró en uno de los lados de lo que alguna vez fue un buque de carga. El número de droides que había en el interior era muy superior a tres.

CAPÍTULO —07—

MIENTRAS TANTO, en Niima, Drego y Streehn, ajenos al peligro en el que Zuvio se encontraba, examinaban la escena del crimen y entrevistaban testigos.

—Yo lo vi…, lo vi —dijo una mujer ottegan de edad avanzada, mientras asentía rápidamente con su alargada cabeza—. Fue un droide… Ese droide CZ. Lo vi salir de la nave bancaria minutos antes de la explosión.

—¿Lo vio en el transporte? —preguntó Streehn—. Pero, usted no estaba adentro.

—¡Por suerte! —dijo ella—. Tenía una cita con el Sr. Lovas, pero cuando la computadora me informó que se encontraba ausente, decidí irme para comprar algunas cosas. De otro modo…

La ottegan tembló y emitió un sonido de terror que sonaba como una bocina.

—Está bien. Sólo una cosa más —dijo Drego, con una voz suave—. ¿A qué hora era su cita?

CAPÍTULO —08—

UN DROIDE astromecánico particularmente dañado, designado como B33, trató de atacar a Zuvio con uno de sus aditamentos. El alguacil se movió con rapidez, pateó al droide de rayas naranjas y verdes, y lo lanzó contra un RIG, un droide utilizado como mano de obra para labores pesadas, que tenía una rueda gigante en vez de piernas. A su izquierda, había un droide alto y delgado, que tenía gran similitud con un palo saliendo de un tablero, una docena de pequeñas armas instaladas, y un WED Treadwell, que empezó a agitarse en pánico robótico, pero Zuvio dirigió su atención a la unidad quirúrgica DD-13, que se veía mucho más peligrosa. El droide alto y cilíndrico, que se balanceaba sobre tres patas, se lanzó contra él sosteniendo un bisturí; Zuvio apenas tuvo oportunidad de esquivarlo. El droide volvió a atacar con el filo, pero esta vez el alguacil fue demasiado lento y recibió una herida en el antebrazo, un precio muy alto por ese fallo momentáneo.

Mientras tanto, el droide astromecánico volvió para acometerlo en un segundo intento. El droide naranja y verde lanzó una abrazadera de arrastre contra Zuvio. Aprovechando la oportunidad, el alguacil se lanzó hacia la derecha, con lo cual evadió ágilmente la abrazadera, que golpeó al DD-13. Con un movimiento rápido y fluido, Zuvio lanzó al droide astro-mecánico por la ventana del segundo piso. El grito mecánico del droide se vio súbitamente interrumpido por un golpe fuerte y el droide quirúrgico salió por la ventana, arrastrado por el cable de remolque del B33, que se retrajo automáticamente. En el fondo de toda esta pelea, CZ sostenía su bláster. A pesar de su pulso firme y su alta velocidad el droide no disparaba.

El droide cámara que Zuvio había visto antes se lanzó contra el alguacil con un chirrido vengativo. Zuvio lo hizo a un lado, mientras el Treadwell finalmente se armaba de valor y se disponía a atacar. El droide comenzó a agitar sus múltiples brazos como loco, pero aun en medio de ese pánico, sus herramientas podían resultar peligrosas.

Zuvio dio un paso hacia atrás y tropezó con la multitud de droides. En medio del caos, escuchó el chirrido cantarín de un droide MSE. Zuvio sabía que el Treadwell elegiría ese momento para atacar, así que rodó sobre su costado instintivamente. Se escuchó un estruendo metálico, mientras el Treadwell embestía involuntariamente al MSE, lo cual significaba que el MSE, que tenía un potente escudo, emitiría una carga iónica en respuesta a este ataque, por lo que desactivaría al Treadwell.

De reojo, Zuvio alcanzó a ver a CZ bajando rápidamente la escalera en la esquina de la habitación. Con una patada al amasijo de fierros al que quedó reducido el Treadwell, se dispuso a perseguirlo, pero se vio bloqueado por un droide de energía EG-6 cargado de granadas.

El alguacil se detuvo. Los droides de energía tenían una coraza muy resistente, pero si alguien lograba romperla, lo cual era muy posible en este escenario, la explosión sería sustancial.

Zuvio se dio la vuelta y, sin pensar, se arrojó por la ventana por donde había entrado. La caída no fue algo insignificante; además, Zuvio no había tenido tiempo de planear su trayectoria adecuadamente. Aterrizó con un fuerte golpe, en el mismo momento que una explosión ensordecedora devastó la casa abandonada. A su alrededor cayeron montones de escombros, tanto los restos de la casa, como los pedazos de metal que originalmente conformaban a los droides, ahora destruidos.

Zuvio se levantó. Sangraba y estaba cubierto de moretones. De pronto, oyó un triste gemido cerca de él. Uno de los droides rebeldes aún estaba activado.

Era el astromecánico. No era de extrañarse, ya que ese tipo de droides estaba diseñado para soportar fuertes palizas. Sin embargo, la unidad de rayas naranjas y verdes no estaba en muy buen estado que digamos. Había perdido una pata y su armazón estaba abierto. Su cabeza plana hacía ruidos escandalosos y extraños, mientras que el droide hacía un esfuerzo por darse la vuelta, para ver al alguacil con su único y agrietado ojo.

Fue entonces cuando Zuvio se percató del cerrojo de seguridad.

CAPÍTULO
—09—

DE VUELTA en la nave bancaria, Drego revisaba los números de identificación que habían sido ingresados en la terminal.

—¿Algo? —preguntó Streehn. Drego sacudió la cabeza.

—Sólo aparecen transacciones normales, justo hasta este momento, minutos antes de la explosión. ¿Ves esto? —Drego señaló la terminal—. Todas las cuentas se congelaron automáticamente cuando ocurrió esta transferencia, pero la explosión desencadenó los protocolos de emergencia en todos los sistemas de comunicación, lo que incluye las autorizaciones de crédito.

—¿Y?

—Y entonces todas las cuentas se vaciaron; todo lo que había se fue.

—¿A dónde? —preguntó Streehn.

—Eso es lo raro… —reflexionó Drego, golpeteando su grueso dedo contra el monitor—. A ningún lado. El dinero no aparece en otra cuenta. No hay rastro de una transferencia. Ninguno.

Streehn se sentía frustrado.

—¿Para qué querría CZ robar la nave bancaria sin llevarse el dinero? ¿Por qué querría CZ robar el banco en primer lugar? ¿Qué podría comprar?

Drego flexionó los dedos mientras analizaba la situación.

—Creo saber quién puede contestar esta pregunta.

CAPÍTULO —10—

EL DROIDE SECRETARIO había dejado un rastro de pisadas en la arena del desierto, casi más fácil de seguir que el que había dejado el speeder. Sólo que esa vez Zuvio estaba prácticamente convencido de que no se trataba de una trampa. No, CZ estaba entrando en pánico. Su rastro zigzagueaba por la arena de modo incierto. El droide estaba asustado.

Zuvio llegó a lo más alto de una meseta. El sol comenzaba a ocultarse en el horizonte; el desierto se extendía frente a él como un gran y llano vacío. Nada más que una superficie dura y rocosa; no había dónde ocultarse.

CZ-1G5 estaba ahí. Se desplazaba tan rápido como sus tiesas y robóticas piernas se lo permitían. Pero nunca sería lo suficientemente rápido. Una ola de tristeza invadió al alguacil; no había manera de que el desenlace de todo aquello fuera feliz. Sin importar los eventos recientes, CZ siempre había sido una parte esencial del pueblo, una parte importante de la comunidad de Niima. Pero el robo al transporte bancario, la pandilla de droides esperando para tenderle una emboscada en las afueras del pueblo… Zuvio sacudió la cabeza. Eso no era obra de CZ. No estaba en su naturaleza. El droide simplemente no estaba programado de ese modo. Aunque la programación podía modificarse.

Independientemente de todo, CZ representaba un peligro. Si Zuvio no lo detenía, quién sabe qué podría pasar. Conocía a CZ desde hacía años, pero era el alguacil y tenía un trabajo que cumplir.

Zuvio sacó su arma y bajó hacia la llanura.

CAPÍTULO —11—

—NO LO ENTIENDO. ¿Por qué están hablando conmigo? ¡Deberían estar buscándolo a él! A ese droide, la unidad CZ.

El banquero se encontraba en la oficina del alguacil, de pie, impaciente, cerca de la puerta.

—¿Podríamos establecer la cronología de los hechos una vez más? —preguntó Drego, tomando un datapad—. Cada detalle es de utilidad para el reporte oficial.

Lovas recorrió agitadamente la habitación de un lado a otro.

—Como ya les dije, ¡sé tanto como ustedes! Iba camino al trabajo cuando la explosión despedazó el transporte. Cuando llegué, ¡el daño ya estaba hecho y ustedes se encontraban en la escena del crimen!

Lovas se movió con la intención de retirarse.

—Ahora, si eso es todo, ¡tengo una gran cantidad de trabajo que hacer! Debo empezar con las reparaciones, así que…

Streehn se movió sigilosamente y bloqueó la puerta.

—La cosa es… —continuó Drego—. La cosa es que no se encontraba en el transporte. Eso ya lo sabemos. Pero se supone que tenía una junta. Así que, ¿por qué no estaba ahí?

Lovas sudaba, hurgaba torpemente en sus bolsillos.

—Por un asunto personal —masculló el kubaz—. Tenía cosas que… Tenía asuntos que…

—¿Asuntos? —preguntó Drego, desafiantemente—. ¿Asuntos con quién?

Lovas dirigió una mirada flagrante a los dos sheriffs kyuzos. Se veía muy enojado, su largo pico estaba enrojecido.

En su bolsillo, el banquero presionó el botón de un dispositivo diminuto.

CAPÍTULO —12—

—DEBÍ HABERLO sabido. ¿Desde cuándo tienes puesto el cerrojo de seguridad? El eco de la voz de Zuvio resonó en el vacío del desierto. Al comprender que no podía seguir huyendo, CZ se dio la vuelta para darle la cara al alguacil.

—Lo siento, señor. No puedo responder esa pregunta.

—Sí —dijo Zuvio—, lo imaginé. La mano del droide secretario se sacudió.

—Ya que probablemente no puedes decir mucho, déjame hablar a mí —sugirió Zuvio, dando un paso hacia el frente con cautela.

Aún había una distancia considerable entre el droide y el alguacil, más de diez metros, pero pocas probabilidades de que el alguacil pudiera alcanzar a CZ antes de que él alzara su arma. Aun así…

—Los droides que estaban en la casa abandonada —continuó Zuvio—, ¿debo creer que son tu pandilla?, ¿que simplemente te volviste malo después de todos estos años?

Hubo una pausa.

—Definitivamente eso es lo que ocurrió. He sido un droide muy malo.

—¿En serio? —preguntó Zuvio—. ¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo has sido malo?

—Yo… —CZ dudó, mientras buscaba en su memoria—. Siempre he sido malo —respondió—. Soy un ladrón de bancos —añadió de manera poco convincente.

—Sí. Claro —respondió el alguacil, dando otro sigiloso paso—. ¿Y dónde está el dinero?

—¿El qué? —respondió CZ agitado. Eso no era buena señal—. El dinero está… El dinero de la nave bancaria…, está…, está…

Zuvio sacudió la cabeza.

—¿Robaste un transporte bancario y no sabes dónde está el dinero?

Otro paso hacia adelante. CZ estaba temblando.

—Señor, lamento informarle que posiblemente tendré que dispararle.

El alguacil dio otro paso hacia adelante. Seguían estando alejados.

—¿Quién te puso el cerrojo de seguridad?

—No puedo responder eso, señor. Lo siento.

—De acuerdo. ¿Puedes decirme quién no te lo puso?

El droide hizo otra pausa.

—Pues…, supongo que sí…

Zuvio dio otro paso.

—¿Fui yo?

—¿Qué? No, señor. Claro que no.

—¿Fue alguno de mis dos sheriffs?

—Definitivamente no, señor. No.

—¿Entonces fue alguien más que vive en Jakku?

Otra pausa.

—No…, no fue uno de los habitantes de Jakku.

Ya lo tengo, pensó Zuvio. Un paso más.

—¿Fue Rikard Lovas? ¿Fue él quien te puso el cerrojo?

—No puedo responder eso, señor.

Zuvio sacudió la cabeza.

—Lo siento, CZ. Creo que acabas de hacerlo.

El bláster en la mano del droide empezó a agitarse. En cualquier momento se alzaría, y el droide apretaría el gatillo. Zuvio midió la distancia. Demasiado lejos. Además, el droide… Zuvio recordó que esa mañana, en su oficina, había visto a CZ archivar todos los papeles. La velocidad del droide había sido legendaria. Tal vez era algo que había aprendido tiempo atrás o una peculiaridad que había desarrollado porque nunca le habían borrado la memoria. Pero eso era lo de menos…

CZ era rápido. Zuvio sintió una gota de sudor que le resbalaba por debajo del casco, pero sus ojos no delataban en lo absoluto el miedo ni la agitación que sentía. CZ era rápido, pero Zuvio era un kyuzo. Él también era rápido. El alguacil tomó su pequeño bláster.

—No quiero hacer esto, CZ —dijo Zuvio—. Nadie más tiene que salir herido. Ni yo, ni tú.

El sol estaba a punto de ocultarse; los últimos rayos de luz desaparecían en el horizonte.

Hubo un solo disparo y una sola figura quedó de pie.

CAPÍTULO —13—

EL DT-17 EN FORMA de orbe entró flotando por la puerta de la oficina del alguacil. Su torreta láser estaba iluminada y cargada.

—Hace demasiadas preguntas, sheriff —gruñó Lovas.

Streehn se movió con rapidez, empujó a Drego a un lado y recibió el disparo del droide de ataque en el hombro. El sheriff kyuzo fue lanzado hasta el otro lado de la oficina.

Drego sacó el bláster de su pistolera. Demasiado lento. El DT-17 disparó de nuevo y le dio en la mano. El arma de Drego explotó y salió volando de entre sus dedos. Dedos que, por suerte, seguían en su mano.

—Podrían haber dejado que el droide cargara con la culpa, pero no —reclamó Lovas—. Nadie lo habría descubierto. A nadie le habría importado que fuera o no culpable. El pueblo habría tenido un villano a quien culpar y el alcalde les habría reembolsado el dinero robado. ¡Nadie lo habría descubierto!

Streehn trató de levantarse, pero se desplomó de inmediato. Drego sabía que su primo estaba gravemente herido. Otro disparo como ese y…

Como si pudiese leer los pensamientos de Drego, el droide apuntó su arma hacia Streehn. Lovas sonrió con malicia.

—Otro droide que se rebela; dos cuerpos más y yo sigo ganando. Y ustedes dos —dijo el banquero— ya no harán más preguntas.

El DT-17 avanzó, preparándose para disparar y, de pronto, explotó.

El alguacil Zuvio estaba parado bajo el marco de la puerta, su bláster apuntaba al banquero y en el suelo junto a él estaba CZ, inactivo y con una herida de bláster.

—No se preocupe —dijo Zuvio—. Creo que ya tenemos todas las respuestas que necesitamos.

EPÍLOGO

STREEHN FLEXIONÓ el brazo, que sanaba rápidamente. Habían encontrado una pequeña provisión de bacta en las pertenencias personales de Lovas. A Zuvio le pareció justo que al sheriff se le suministrara un poco, antes de distribuirlo entre los otros inocentes que habían quedado heridos durante el ataque del transporte bancario. Cerca de ahí, Zuvio anotaba las últimas novedades del caso. Habían agarrado al gerente del banco con las manos en la masa. Varios técnicos habían examinado la base de datos de CZ y la evidencia era más que clara: Lovas había reprogramado al droide secretario para que borrara el registro de todas las cuentas de la computadora del transporte bancario, sin sacar los fondos. Una vez que todos creyeran que el droide era culpable y que había transferido los fondos a su base de datos personal, el kubaz podría mover los créditos libremente a una cuenta anónima, mientras todos buscaban en otro lado.

Era un plan terrible. Incluso si no hubieran logrado atrapar a CZ, eventualmente los contadores que trabajan para el alcalde de Niima habrían dado con el rastro del dinero. Pero Lovas estaba desesperado. Al parecer tenía deudas de juego y debía mucho dinero a los Chicos Irving.

«Será difícil que pague sus deudas mientras se pudre en la cárcel», pensó Zuvio y después de apagar el datapad se levantó y se estiró un poco.

—¿Podrías encargarte de esto, CZ?

El droide se encontraba cerca de él, casi reparado por completo, por dentro y por fuera.

—Claro, señor. De inmediato —dijo CZ, con un tic en el ojo izquierdo. El otro ojo había sido destruido en la pelea y ahora estaba medio parchado con una pieza de metal, mientras lograban encontrar un sensor óptico que pudiera servir de refacción. Al observar la información, CZ exclamó:

—¡Ah! Cadena perpetua sin libertad condicional. Lamento admitir que no logro sentir mucha lástima por el sinvergüenza, si no le molesta que lo diga, señor.

Drego entró a la oficina. Acababa de terminar su ronda. Detrás de él venía rodando el droide astromecánico naranja y verde que había sido arrojado por la ventana de la granja abandonada.

—Si me preguntan, fue poco castigo para Lovas —dijo Drego—. Muy poco.

B33 quien ya había sido purgado de la programación tóxica del banquero, chirrió y silbó para mostrar que estaba de acuerdo.

—¡Oh! —exclamó CZ, escandalizado y demasiado avergonzado como para traducir la vulgar y franca expresión que acababa de decir el astro-mecánico en lengua droide—. Bueno —añadió—, creo que la vida en prisión le sentará bastante bien. Vamos, B33. Tenemos trabajo que hacer.

Así que, CZ y su nuevo asistente se dirigieron a hacer sus rondas para ayudar a los ciudadanos de Niima y Zuvio pensó que, al menos, en ese planeta lleno de carroñeros, piratas y ladrones, los buenos habían ganado.

Resultó que después de todo, había algo que sentaba mejor que tener un día tranquilo.

UNA RECETA PARA MORIRSE

PRÓLOGO

HACIENDO a un lado a un sobresaltado droide BD-3000 que hacía de mesero y degustador, el subchef conocido como Robbs Ely, se abrió paso y avanzó por el pasillo, alejándose de la cocina.

Como de costumbre, pensó Robbs, nadie entendía lo que intentaba hacer. Su comida no era una porquería que se encontrara en una cocina cualquiera. Era arte. Los métodos que había aprendido durante su larga vida, mientras viajaba de ida y vuelta desde Coruscant hasta el Borde Exterior, no tenían rival. Ni siquiera Strono Tuggs, alias «Cookie», quien era el chef oficial del castillo de Maz Kanata y, por lo tanto, el jefe de Robbs Ely, podía competir con las habilidades de Robb cuando se trataba de sazonar o preparar salsas. Y mientras el libro de recetas de Robbs siguiera siendo un secreto, nadie podría superarlo.

Robbs hacía las cosas a su manera. Y su manera parecía extraña o fuera de lugar en la mayoría de las cocinas, pero siempre obtenía resultados innegablemente perfectos. ¿Acaso tenía importancia que Ely preparara los platillos de acuerdo con sus propias consideraciones y no de acuerdo con lo que había ordenado el cliente? Para el subchef, no la tenía. Lo único importante era que la comida fuera buena y, al ser chef, sabía mucho más que la persona que había ordenado la comida.

Este había sido precisamente el motivo de la última pelea. Cookie quería la carne de bantha preparada con mantequilla y asada con tal cantidad de especias que hasta a un hutt le provocarían arcadas. Así que Robbs había ignorado sus indicaciones, se había dejado llevar por su instinto y había preparado un platillo digno de un príncipe. ¿Y qué consiguió a cambio? ¡Que lo corrieran de la cocina! ¡Eso fue lo que consiguió!

Robbs Ely gruñó y tecleó el código de acceso de su cuarto. La puerta se deslizó y desde el interior de la oscura habitación apareció un largo sable.

El subchef nunca vio venir el ataque.

CAPÍTULO —01—

NO HABÍA DUDA: Robbs Ely estaba muerto. El chef artiodac conocido como Strono Tuggs, alias «Cookie», observó detenidamente el interior del gran congelador. Allí colgaba su subchef (o lo que quedaba de él), cuidadosa y expertamente descuartizado.

Cookie cerró la puerta del congelador con un fuerte suspiro. El viejo Robbs siempre había sido un trabajador difícil y su mal humor era legendario. Ver al volpai de cuatro brazos y piel anaranjada pelearse con el resto del personal del castillo de Maz Kanata era algo común, ya fuera por la preparación de la comida, recetas o técnicas de la presentación de los platillos. De hecho, la noche anterior, Robbs había desatado su furia sobre el mismo Cookie. Ambos se habían visto involucrados en un épico duelo de gritos que terminó hasta que dos limpiadores sacaron a rastras al enojado subchef.

Pero Robbs era así; Cookie ni siquiera se había ofendido. Habían trabajado juntos durante muchos años y el viejo Robbs Ely era muy apasionado cuando se trataba de su arte, algo que ambos siempre habían tenido en común. Esto había creado un vínculo de amistad inmediato entre ambos, pero, tratándose de dos artistas culinarios, no era de extrañarse que a veces se vieran enfrascados en discusiones sobre sus métodos.

—Ya no volveremos a pelearnos —murmuró Cookie, con un tono de tristeza en su voz, que solía ser grave y gruñona.

El chef de la cocina de Maz Kanata era alto; incluso con su figura encorvada, Cookie sobrepasaba en estatura a la mayor parte de los residentes del castillo. Su delantal café, manchado, era muy largo, casi le cubría los pies deformes y las botas pesadas que solía calzar. Y su cabeza… Bueno, nadie dijo que Cookie estuviese hecho para los concursos de belleza. Incluso entre los de su propia especie, sus facciones asimétricas y su nariz ancha y plana le daban una apariencia que intimidaba o hacía vomitar a todos aquellos que se lo topaban de frente.

Habría sido fácil para Cookie optar por una vida de resentimiento y enfado. Pero, al artiodac deforme ese camino nunca le había atraído. En lugar de eso, Tuggs siempre se había obsesionado con preparar comida. De joven se había encontrado con los viejos holovideos de una genio culinaria de cuatro brazos llamada Gormaanda.

Esa experiencia tuvo un gran impacto en el joven artiodac. Poco después decidió dedicar su vida a esta pasión recién descubierta: la cocina. Ese camino lo llevó a recorrer la galaxia, de un extremo del Borde Exterior al otro, siempre en busca de las mejores recetas y nuevos desafíos.

Lo único que había logrado interponerse en el camino de Cookie era su aspecto poco atractivo, que opacaba todo su trabajo y todo lo que había logrado. Por mucho talento o destreza que tuviera para la cocina, nunca podría compensar su desagradable apariencia, hasta que conoció a Maz Kanata, quien le dio la oportunidad de encargarse de la cocina de uno de los contrabandistas más famoso de la galaxia.

Durante veinte años, Cookie había trabajado ahí. Durante veinte años, había podido practicar y perfeccionar su arte culinario. Durante veinte años, había creado y presentado platillos de inesperada belleza y gracia. El sabor de sus platillos era tan maravilloso como el artiodac era feo. Era todo lo que el chef siempre había soñado. Pero ahora todo eso estaba en riesgo.

Había un cadáver en el congelador y este estaba cerrado con llave, se suponía que sólo Strono Tuggs tenía acceso a él; el cadáver fue descuartizado con pericia, como sólo un chef experimentado podría hacerlo… era el cuerpo de alguien que había estado discutiendo con el chef justo la noche anterior.

Estaba claro como el agua: era una trampa.

CAPÍTULO —02—

COOKIE se deshizo del cuerpo de la única forma que se le ocurrió. Un viaje rápido a los calabozos, una o dos celdas abiertas y alguna de las criaturas residentes se encargaría de terminar con los restos. Cualquier señal que indicara que alguien había irrumpido en los calabozos se vería opacada por la preocupación que sentiría el carcelero al darse cuenta de que una de las bestias había escapado. Así, la trampa habría fallado o al menos el chef tendría suficiente tiempo para planear su siguiente paso.

Cookie no regresó a la cocina de inmediato. Decidió recorrer algunos de los pasillos poco transitados del enorme castillo. Eso le ayudaría a pensar.

Y vaya que tenía mucho en qué pensar. ¿Por qué alguien querría ponerle una trampa?

¿Sólo para librarse de toda sospecha? En ese caso, ¿no habría sido mejor esconder el cuerpo donde nadie pudiera encontrarlo? Claro que habría sido más arriesgado si lo atrapaban, al no tener un chivo expiatorio. Pero, aun así…

Cookie sacudió la cabeza. Había pocos seres en el castillo que pudieran moverse con tanta libertad como lo hacía el chef. Era considerado alguien de confianza, tanto como cualquiera de los residentes habituales del castillo podría aspirar a ser. Así que tal vez ese había sido el plan. Utilizar al chef y los recursos que este tenía a su disposición, forzarlo a ayudar al asesino, a eliminar todas las pruebas del crimen. Esto significaba que el culpable prefería aceptar el riesgo que implicaba que el chef supiera del crimen, en vez de tratar de ocultarlo por completo.

¿Por qué hacer eso? ¿Por qué permitir que alguien más lo supiera? Claro, encontrar el cuerpo justo frente a sus narices colocaba al chef en una posición terrible. Cookie sabía que si le dijera a alguien quedaría como uno de los principales sospechosos. Pero pensaba que un asesino que fuese tan inteligente como para pensar en eso, también sería lo suficientemente inteligente como para idear otro método para deshacerse del cadáver sin que hubiera ni un solo testigo.

Así que el asesino no quería inculpar a cualquiera. Cookie era el objetivo específico de esta trampa. Y quienquiera que fuera el homicida del viejo Robbs era alguien que sabía cómo abrir el congelador, también alguien que había logrado escabullirse dentro y fuera de la cocina arrastrando un cadáver sin que Cookie se diera cuenta. Además, era un experto en el manejo de un cuchillo de carnicero. Posiblemente tan bueno como el mismísimo Cookie. Así que el culpable tenía que ser alguien con habilidades. Específicamente, habilidades de cocina.

Cookie suspiró. Este razonamiento no lo llevaba a ningún lado. Dio la vuelta a la izquierda en un pasillo y se dirigió hacia la habitación del subchef.

No había gran cosa que ver ahí. La puerta estaba cerrada y sólo Robbs conocía el código de entrada. Probablemente, Cookie podría haberlo anulado manualmente, pero eso

habría alertado a la seguridad del castillo, lo cual, en este momento, no era lo más sensato.

Algo llamó la atención del chef: huellas oscuras y grasosas en el teclado. Cookie se agachó para olfatear. Un indicio de sikoraíz, un toque de cenwick y algunas otras especias que Cookie no lograba identificar. Era la salsa que Robbs había preparado la noche anterior para ponerle al asado de bantha; la misma que había provocado la discusión. Pero, las huellas digitales… El subchef volpai había quemado sus huellas digitales tiempo atrás. Así que, ¿de dónde habían salido esas marcas? Le pertenecían a alguien más.

El patrón y el orden de las huellas digitales resultaban fáciles de distinguir, viendo la cantidad de salsa que había en cada número. Siguiendo el patrón de las huellas, Cookie tecleó el código; la puerta se abrió con un ligero silbido.

La pequeña habitación estaba hecha un desastre. Cookie había entrado alguna vez en el pasado y Robbs era extremadamente ordenado y limpio. Alguien había registrado este lugar recientemente. La caja fuerte donde el subchef guardaba todas sus famosas y controversiales recetas estaba vacía. No era de extrañarse.

El chef siguió revisando el resto de la habitación. A primera vista, no había mucho que notar. Se agachó y apartó los restos que había en el suelo. Había unos leves rasguños en el suelo.

Líneas delgadas que parecían ser ¿de un cuchillo, tal vez? Pero eran demasiado delgadas…

Y había otra cosa. Una pequeña gota de sangre, seca, aunque no mucho. Si acaso se había derramado más sangre (y Cookie asumía que así había sido), la habían limpiado perfectamente. Probablemente, esa pequeña gota se les había escapado por el desastre que reinaba en la pequeña habitación.

No había nada más. Cookie siguió con su paseo, de vuelta al laberinto de pasillos. A su criterio, las huellas que había no bastaban para identificar al responsable, pues estaban demasiado borrosas. En cuanto a los rasguños que había en el suelo, además de confirmar el posible lugar del asesinato, no le aportaban nada que no supiera ya. En cuanto al robo del libro de recetas… Eso fue suficiente para activar los engranajes del cerebro del chef: la salsa, las especias que no podían identificarse…

—¿Algún problema, jefe?

Cookie alzó la mirada. En medio de sus divagaciones, sus hábitos de siempre lo habían llevado, sin que se diera cuenta, de vuelta a la entrada de la cocina. Era temprano en la mañana y Cookie se sorprendió al darse cuenta de que había estado caminando por el castillo toda la noche. Su pequeño equipo de cocineros y limpiadores ya se estaba preparando para las labores del día, un trabajo que resultaría mucho más difícil con la ausencia del subchef. Encima de todo, Cookie tendría que buscar a un reemplazo para el viejo Robbs. Alguien con habilidades equiparables a las del subchef.

Todos los ojos de la habitación estaban sobre el chef. De pronto, se dio cuenta de que no había respondido.

—No… —dijo Cookie, dirigiéndose a sus subordinados—. No…, todo bien.

Las miradas se alejaron y el personal de la cocina siguió con sus múltiples tareas.

Tenía que promover a alguien. El papel del subchef era de gran importancia y prestigio. Implicaba tener un lugar fijo en el castillo y contar con un hogar seguro. Además de tener el honor de servir al que Cookie consideraba como uno de los mejores y más finos seres de la galaxia.

Esa fue la clave. Strono Tuggs, conocido como «Cookie», supo en ese momento que, sin lugar a dudas, alguna de las personas en esa estancia tenía que ser el asesino.

CAPÍTULO —03—

POCAS HORAS MÁS TARDE y después de urdir un plan detallado…

—Pues… —le dijo Cookie al equipo de trabajo que se encontraba reunido en ese momento—. El viejo Robbs nos ha abandonado. No sé a dónde ha ido. No sé por qué. Pero necesitamos un nuevo subchef. Así que para alguno de ustedes, este es su día de suerte.

Cookie se acercó cojeando, analizando la fila de empleados.

—Este es el trato: si quieren el puesto, den un paso al frente.

Cuatro miembros del personal de la cocina dieron un paso al frente, dejando a otros ocho miembros atrás. El chef sonrió para sí mismo. Dos tercios de los sospechosos eliminados, así de fácil.

—Bien, así se hará esto —dijo Cookie—, ustedes cuatro van a competir. Cada uno participará en cuatro rondas, en las cuales tendrán que cocinar sus mejores platillos. El que logre completar el desafío tiene el puesto. ¿Entendido?

Los cuatro cocineros asintieron, recorriendo con la mirada la fila para examinar a sus competidores. Cookie sintió un escalofrío. Ninguno de los individuos que tenía frente a él había estado trabajando en la cocina hasta tarde cuando se vio a Robbs por última vez. Cualquiera podría ser el asesino. Cookie los observó detenidamente, pensando cuidadosamente en lo que sabía de cada uno de ellos.

Una devaroniana esbelta llamada Sama Macoy, que acababa de llegar al castillo; llevaba unos cuantos meses trabajando en la cocina. Era muy talentosa, tenía buena sazón y sin duda era ambiciosa; pero, ¿tan ambiciosa como para matar?

Luego, un corelliano conocido como Relva Jace. Relva era del tipo tosco, taciturno y gruñón, con el ceño constantemente fruncido y el pelo desaliñado. Era muy introvertido y solía trabajar a solas en un rincón, cortando y rebanando. Ciertamente era hábil con el cuchillo. Pero, ¿Relva sería capaz de usar sus habilidades con el cuchillo en un ser vivo?

Damor Gregon era un humano de cabeza rapada y barba tupida. Llevaba más tiempo que nadie trabajando en la cocina. Nunca peleaba. Nunca faltaba al trabajo. Nunca lo habían promovido. ¿Podría ser que tantos años de ser ignorado, finalmente habían logrado que el cocinero llegara a su límite?

El último era un híbrido de quarren y mon calamari llamado Jom Jarusch. Jom era del tipo cínico, le gustaba hacer chistes sobre la futilidad de la existencia y se rumoreaba que revelaba información confidencial por un precio. La verdad, a nadie le agradaba Jom. Nadie confiaba en Jom. Pero nadie habría pensado que el artero anfibio pudiera ser un asesino. Pero, ¿no sería justamente lo que un asesino querría?

Pronto, todas estas preguntas tendrían una respuesta. Uno de los cuatro tenía que ser el asesino. Uno de ellos había logrado escabullirse hasta los aposentos de Robbs. Tal vez Robbs había descubierto al asesino tratando de robar su libro de recetas. Tal vez matar a Robbs había sido su plan desde un principio. Aunque, ¿fue uno de esos cuatro? Todos

eran ágiles con el cuchillo. Todos tenían un motivo. Ninguno de ellos se encontraba en la cocina en el momento del asesinato.

Uno de ellos deseaba el trabajo de subchef con suficiente desesperación como para matar. Y de ninguna manera dejaría pasar la oportunidad de utilizar el libro de recetas de Robbs para su cometido. Quienquiera que fuese el culpable, se vería incriminado por su manera de cocinar. El juego había comenzado.

CAPÍTULO —04—

PARA QUE la competencia falsa no se viera como una trampa, Cookie seleccionó a dos de las droides de servicio más antiguas para que conformaran el jurado. Las droides, un par de unidades BD-3000 bastante arcaicas y extremadamente modificadas, habían sido reprogramadas tiempo atrás para analizar consumibles y asegurarse de que no contuvieran toxinas mediante los sensores que les habían añadido a la piel sintética que cubría su mano derecha; mientras que su mano izquierda estaba equipada con una variedad de utensilios. Gracias a estas mejoras y a sus años de experiencia como degustadoras, las droides eran capaces de dictaminar la calidad general y la sutileza de un platillo. Y lo más importante: las droides eran completamente imparciales, así que se les podía confiar la tarea de juzgar sin mostrar inclinación por ninguno de los contendientes.

Puede que las droides hubieran sido mejoradas por dentro, pero su exterior delataba su edad. Sus estructuras de metal estaban cuarteadas y sus placas faciales, que originalmente habían sido diseñadas para dar la apariencia de una mujer de rasgos agradables, se habían deteriorado y parecían más bien una parodia grotesca de rasgos humanoides. Sus piernas y caderas fueron reemplazadas por un modelo mucho más tosco, en comparación con el sistema de balanceo giroscópico cuidadosamente equilibrado que tenían cuando fueron concebidas. El resultado: un par de droides que en ciertos aspectos eran ligeramente atractivas, pero en otros eran horripilantes. Sin embargo, estaban programadas para ser increíblemente diplomáticas y tener una personalidad dulce y gentil. Cookie podía identificarse muy bien con eso de tener un aspecto horripilante.

El chef había transformado su preciada cocina en una arena de combate perfecta, equipada con todos los utensilios de cocina que pudo encontrar en la bodega del sótano, para satisfacer las necesidades de todos los competidores. La mayoría de los utensilios eran muy antiguos. La habitación estaba llena de grandes hornos de doble banda y varias batidoras gigantescas, además de resistentes mesas de metal y madera. Por motivos de seguridad, todo estaba atornillado. Del techo, largos y gruesos conductos de energía eléctrica colgaban como cuerdas.

Algunos droides cámara de Industrias Auto matón revoloteaban por la recién renovada cocina para grabar el evento. Y vaya que *era* todo un evento. Así le había vendido Cookie la idea al mayordomo del castillo, como una competencia para distraer a los residentes del castillo, que podían ser revoltosos de vez en cuando. No había sido difícil convencerlo, pues se avecinaba una tormenta que azotaría la región y no había mucho que hacer para entretener a la gente.

La mesa del jurado estaba ubicada en una gran plataforma diseñada para labores de construcción. Llevaba un tiempo en desuso, pero era lo suficientemente resistente y estable. Le proporcionaba al jurado una vista despejada de los cuatro contendientes en la

cocina. Afortunadamente, la cocina estaba ubicada en un espacio con techos altos, un remanente de cuando la cocina se utilizaba como bodega.

El primer desafío ya había comenzado. Se le había comisionado a cada participante la preparación de una charola de desayuno. La despensa había sido abastecida con todos los suministros que un subchef talentoso y creativo podría necesitar para crear un platillo maravilloso. A cada concursante se le había dado la oportunidad de traer sus propios ingredientes como complemento (para que resultara más sencillo determinar quién estaba usando el libro de recetas de Robbs).

El aroma de dianoga a la parrilla inundó la estancia. Damor había extraído cuidadosamente la pequeña cantidad de carne oculta en el dorso de la criatura acuática y estaba tratando de cocinar las partes menos apetecibles.

—Una decisión arriesgada —comentó la unidad BD-3000 que Cookie tenía a su izquierda. A esta se le conocía normalmente como Carly. De las dos, era la menos averiada; su cara aún tenía una apariencia ligeramente agradable. Bueno, la mitad de su cara.

—Si Damor cocina la dianoga de más, corre el riesgo de activar los parásitos sanguíneos que se alojan en el tejido graso. Eso aniquilará el sabor.

—Estoy de acuerdo —añadió la unidad BD-3000 que Cookie tenía a la derecha. A ella se le conocía como J'Nell. Cookie no tenía idea del por qué de ese nombre. Tal vez tenía algo que ver con su número de serie. Pero, si Damor tiene éxito, su dianoga será un platillo difícil de vencer.

Cookie dirigió su atención a Jom. El anfibio estaba apostando por su fuerte.

—No lo entiendo —comentó J'Nell en su agradable, aunque rasposa voz mecánica—. Jom Jarusch no parece estar tomando muy en serio esta competencia. Un postre no es la mejor opción para demostrar su talento.

El chef gruñó, entrecerrando los ojos mientras le respondía a la droide.

—Hornear es algo muy serio. No puedes equivocarte. Un solo error y Jom queda fuera desde la primera ronda.

Cookie analizó el método de trabajo de Jom. Estaba tamizando algo que parecía ser harina de basaraíz, la cual se distinguía por su color anaranjado.

—Será un postre picante —dijo Cookie—. Espera y verás. El uso de la basaraíz no es sorprendente, tendrá que esforzarse más, si en verdad quiere el puesto.

El golpeteo metálico de las ollas se escuchaba por doquier. Las sartenes chisporroteaban. La cocina estaba caliente y llena de humo de distintos sabores. A Cookie no le molestaba. El aire se sentía pesado, anegado con el robusto aroma de su arte, el arte de la cocina. Y aunque alguno de los participantes de seguro era un asesino, también era innegable que todos eran excelentes chefs.

Sonó una campana y los droides cámara se acercaron hasta la mesa del jurado. Cookie oprimió un botón y la plataforma hidráulica descendió estruendosamente hasta la arena de competición.

Fin de la primera ronda. Era momento de juzgar.

CAPÍTULO —05—

—CUÉNTANOS sobre tu platillo —le dijo Cookie al primer concursante.

Damor dio un paso al frente, con una gran sonrisa oculta detrás de su larga y tupida barba.

—Pues, lo que les he preparado el día de hoy…, pues verán, es un par de huevos de pikobi, ligeramente cocidos y sazonados, acompañados de una porción de dianoga despellejada a la parrilla. Es un plato de alta cocina, chef. Ya verá cuando lo pruebe.

Cookie observó detenidamente al humano. Habían trabajado juntos por años. ¿Podría ser él el asesino?

—Dime —dijo Cookie con desinterés, mientras cortaba un pedazo de la dianoga—, ¿por qué mereces ser mi nuevo subchef?

—Bueno, con todo respeto, chef, llevo más tiempo aquí que todos los demás. Trabajo más duro que nadie. Y sé mucho de comida. Si me hace su nuevo subchef, prometo mantener esta cocina en orden. Ya verá.

Cookie asintió. La comida estaba buena. El sabor de las especias era sutil. La carne estaba cocinada a la perfección y sin parásitos.

Carly procesó una muestra del platillo, cortándola con uno de los cuchillos que tenía instalados en la mano izquierda y probando un pedazo de carne con la punta de los dedos.

—Utilizaste dos gramos de grasa por cada tres cuartos de taza de agua.

—Sí… —Damor tartamudeó, sin saber cómo responder a la droide—. Sí, lo que quería… Fue para evitar que la carne se secara…

—Tu resultado habría sido mejor si hubieras utilizado una pizca de aceite de grulluck. Es más barato y da más sabor.

—Bueno, tal vez. Pero no tuve mucho tiempo y…

—Coincido con mi colega —intervino J’Nell—. Desperdiciaste una oportunidad perfecta para subir el nivel de este platillo. ¿El siguiente?

—Oigan, esperen un momento…

Pero Damor fue interrumpido por Relva Jace, quien se abrió paso hasta la mesa del jurado.

—Pata de mousta, chef. Salteada y semicruda, con una porción de fruta asada.

Cookie cortó un pedazo de carne. El olor era áspero, lo cual era bueno. Pero la cocción no era perfecta. Y…

—Tus habilidades para sazonar son deficientes, Relva Jace —dijo J’Nell—. Sabes lo que le falta a esto, ¿verdad?

—Supongo…, supongo que necesita…, ¿más sal?

—*¿Supones?* —intervino Carly, mientras cortaba su propio pedazo de carne con uno de sus utensilios integrados—. Sabes que a este plato le hace falta sazón y aun así lo

presentas ante nosotros como si fuera merecedor de elogios y premios. ¿Cómo explicas esto?

—El tiempo —dijo Relva, con una docilidad que Cookie jamás había visto en él—. Me faltó tiempo. Me entretuve con…

—No está tan mal. Sólo necesitas enfocarte un poco más y esto podría ser genial —dijo Cookie, sintiendo un poco de lástima por él.

En efecto, el platillo de Relva no estaba a la altura de un gran cocinero. En efecto, él no era la opción idónea para el puesto de subchef. Pero, lo más importante es que había demostrado algo con su platillo mal sazonado y falto de inspiración: él no tenía el libro de recetas de Robbs. Él no era el asesino.

A continuación, probaron una tarta de fruta picante hecha por Jom Jarusch. La base hecha con harina de basa estaba bien trabajada. Sorprendentemente, tenía mucho sabor. Al menos lo suficiente para mantener al cocinero en la competencia y, también, en el grupo de sospechosos.

Finalmente, un sandwich tostado de seallia con un jarabe de sangre dulce y espeso, preparado por la siempre sonriente Sama Macoy. Estaba bueno. Posiblemente, ese era el mejor platillo hasta el momento.

Así terminó la primera ronda. Relva Jace quedó eliminado. En cuanto a los otros tres platillos, cualquiera de ellos podría haber salido del libro de recetas de Robbs Ely.

Era momento de dar inicio a la segunda ronda.

CAPÍTULO —06—

—LA SIGUIENTE RONDA servirá para medir su habilidad para preparar comida bajo presión —dijo Carly.

—Estoy de acuerdo —dijo J'Nell.

Los tres concursantes/sospechosos que quedaban intercambiaron miradas de confusión.

—Lo que ellas dicen es correcto —añadió Cookie—. Les recomiendo que mantengan la cabeza agachada mientras preparan el mejor platillo que puedan. ¿Entendido?

Habiendo dicho eso, el chef del castillo de Maz Kanata oprimió un botón y todos los blásters que habían sido montados en las paredes comenzaron a disparar sobre la cabeza de los contrincantes. Las armas eran viejas, habían sido instaladas tiempo atrás, antes de que el chef llegara al castillo. Cookie se aprovechó de la situación y las transformó en torretas centinelas activadas por control remoto. Eran bastante sencillas de operar y le añadirían un poco de energía a la competencia. No podían lastimar a nadie, al menos no en la forma en que las habían posicionado. Los disparos iban dirigidos demasiado alto. Pero era fácil pasar por alto esa sensación de seguridad, dadas las circunstancias.

—Interesante —dijo Carly—. Tanto Jom como Damor parecen tener experiencia trabajando en circunstancias estresantes. ¿Se dan cuenta de cómo ambos se arrastran cuando escuchan el sonido agudo de las ráfagas de los rifles paralizantes?

—Sí —añadió J'Nell—. Pero estar tanto tiempo alejados de la mesa les está saliendo caro. Por otro lado, Sama Macoy continúa trabajando, a pesar de los disparos, lo cual compensa su tiempo de reacción más lento, con tiempo de preparación continua.

—Bueno —dijo Cookie—, esa técnica no le servirá a la larga. ¿Ven lo que está preparando? Es una especialidad devaroniana, una especie de soufflé agrio. Lo he visto antes. Pero, hay que tener mucho cuidado al batirlo; si lo haces muy lento…

Una fuerte explosión llenó la habitación de humo y el origen de la misma no eran los peligros preparados para el concurso. La mezcla del soufflé que estaba preparando Sama era extremadamente volátil y había que batirla constantemente. Su pulso aturdido le había costado caro: la devaroniana había dejado que su mezcla estallara.

Era más humo que nada. Nadie estaba herido. Pero el caos añadido podría hacer la situación más interesante, sin mencionar que Sama tendría que empezar con otro platillo desde cero, además de lidiar con los efectos de la exposición a los disparos de baja frecuencia.

Mientras tanto, sus dos competidores se movían con gran velocidad. Damar ya estaba colocando el platillo y Jom estaba ajustando la temperatura del horno. Al parecer, Jom había sido más ambicioso y había preparado un guiso adicional como acompañamiento. El jurado no lo había solicitado, pero ese esfuerzo extra podría ser determinante para otorgarle al anfibio la victoria.

Claro que había algo mucho más importante en juego, recordó Cookie.

La campana sonó, anunciando el fin de la segunda ronda, y los jueces se prepararon para probar la comida una vez más.

CAPÍTULO —07—

—SAMA, hablame de tu platillo —dijo Cookie—. ¿Por qué deberías ser mi nueva subchef?

Los ojos de la devaroniana brillaban con un color lavanda intenso, una indicación de su temperamento agresivo. Su voz era como un siseo que provenía de su sonrisa de dientes afilados.

—Yo preparé un plato clásico: calabacín frito con una salsa agria. Es bueno. Es crujiente…

Cookie rebanó el calabacín.

—Y dime —dijo, mientras lo probaba—, ¿por qué deberías ser la nueva subchef?

—No hay nadie mejor —respondió Sama—. Yo sé domar los sabores, no me encojo ante las responsabilidades, como estos gusanos.

Mientras la devaroniana hablaba, hizo un ademán, señalando a los dos competidores que estaban parados detrás de ella.

—Yo sé cocinar. Puedo crear platillos que nunca antes se han visto en este sistema. Ya ha visto lo que puedo hacer…

—Sí, hemos visto que fallaste al preparar tu primer platillo —interrumpió Carly.

—Y ahora te atreves a fanfarronear mientras nos obligas a probar un reemplazo de último minuto —añadió J'Nell—. ¡Qué poco profesional!

—¡No fue mi culpa! La masa… Esa tanda salió mal…

—Un chef mediocre siempre culpa a sus ingredientes —señaló Carly, mientras le indicaba a Sama Macoy que se retirara.

Cookie se sintió mal por la devaroniana, pero, a juzgar por la textura y el sabor de calidad inferior, no estaba trabajando con el libro de recetas de Robbs Ely. Así que era inocente y, por lo tanto, quedaba fuera de la competencia. Sólo quedaban dos. Damor sirvió un sisopescado frito acompañado de una ensalada cítrica. Estaba excelente, definitivamente era el trabajo de un chef profesional. El chef humano de la barba tupida se había recuperado por completo después de su pequeño tropiezo durante la primera ronda. Jom preparó un zelrey wyrm vivo muy picante. Un platillo muy ambicioso y arriesgado, que había ejecutado a la perfección.

Cookie nunca se hubiera imaginado que estos cocineros pudieran presentarle una comida tan maravillosa. Sería aún más impresionante si uno de ellos no hubiera asesinado a alguien para adquirir sus habilidades.

CAPÍTULO
—08—

—ESTA ES la ronda final —anunció Cookie—. Nos han presentado platillos excepcionales. Es una lástima que no pueda promoverlos a ambos.

Cookie miraba con determinación a los finalistas.

—Aunque, pienso que, tal vez…, hemos sido demasiado indulgentes con ustedes. Quizá sea momento de poner sus verdaderas habilidades a prueba. Con ese fin…

Cookie oprimió otro botón del control remoto que guardaba en el delantal y en ese momento se desactivó la gravedad en la cocina. Era una de las mejoras que el chef le había pedido al mayordomo del castillo: una rejilla de piso de gravedad ajustable, para que fuera más sencillo maniobrar con objetos pesados. Esto no representaba ningún problema para Cookie o las droides, quienes estaban sujetos a sus asientos. Pero, para los competidores… Mientras Damor se elevaba y flotaba en medio de la habitación, Jom utilizó sus largos y hábiles dedos que parecían tentáculos para sujetarse de una de las tuberías cercanas. Además, todos los ingredientes, colocados cuidadosamente por toda la habitación, también empezaron a flotar.

Los participantes se veían preocupados, pero Cookie se limitó a reír.

—Será mejor que empiecen a agarrar lo que puedan y se pongan a cocinar. Así es, tendrán que cocinar con gravedad cero. Hay que estar preparados para todo. ¡Comiencen!

Aquello era algo digno de verse. Cada uno de los habitantes del castillo podía disfrutarlo. Los droides cámara estaban al tanto del plan y no se habían visto afectados por la pérdida de gravedad. Flotaban y volaban por todos lados, captando cada uno de los cómicos ángulos, mientras los cocineros trataban de desplazarse por el aire para atrapar los escurridizos ingredientes.

—Parece ser que Jom tiene la ventaja aquí —dijo Carly.

—Así es —añadió J’Nell—. Su estructura biológica hace que le sea más fácil desplazarse.

Pero, ¿logrará que su facilidad para alcanzar los ingredientes sea una ventaja? ¿O terminará haciendo un platillo demasiado complicado por esto?

Tenían razón, notó Cookie. Debido a la elasticidad inherente de sus extremidades semipegajosas y su experiencia como ser acuático moviéndose en espacios tridimensionales, Jom lograba moverse, a pesar de la falta de gravedad, con mucha más destreza que su oponente humano. Mientras tanto, Damor se encontraba recolectando algunas de las frutas de colores brillantes que se habían amontonado en una de las corrientes de aire caliente que producían los hornos. «Más de las necesarias», pensó Cookie. Aunque…, ciertamente el humano había presentado platillos impecables hasta el momento.

Jom avanzaba rápidamente. El anfibio había logrado atrapar unas costillas de bantha flotantes. El cocinero trataba de untarles una salsa a base de mantequilla, pero el proceso estaba resultando un desastre. Flotaban gotas por toda la habitación, como burbujas.

Carly extendió su dedo sensor para tocar una de las burbujas y probar los ingredientes.

—Un sabor fascinante. Resulta difícil identificar las especias que usó. Este competidor es de cuidado.

J'Nell hizo lo mismo y tocó con su dedo sensor una de las burbujas que tenía a la mano.

—Dulce y con mucho sabor. Combinarlo con bantha asada es una elección audaz. Estoy de acuerdo contigo, tenemos aquí a un competidor de cuidado.

Cookie alcanzó una burbuja para degustar la salsa y estuvo de acuerdo. En verdad era una elección audaz y tan inusual como las especias que le había agregado a la mantequilla. Con algo así, seguramente podría ganar la competencia, pero no había motivo para seguir con esta farsa.

Jom Jarusch ni siquiera había intentado disfrazar la receta. Era exactamente la misma que Robbs Ely había preparado la noche anterior. Lo último que pudo preparar el subchef.

Jom era el asesino.

CAPÍTULO
—09—

COOKIE apretó el botón que llevaba en el delantal y reestableció la gravedad antes de tiempo. Se escuchó un fuerte estrépito por toda la estancia mientras llovían ollas, sartenes y utensilios. Sin poder compensar el inesperado cambio gravitacional, los dos droides cámara también cayeron abruptamente y se rompieron en mil pedazos. Cookie sintió algo de remordimiento. Quizá debió haber avisado de alguna manera.

Los dos cocineros también cayeron de golpe, pero Cookie no sintió tanto remordimiento por esto.

—¿Qué significa esta interrupción? —preguntó Carly—. La competencia no ha terminado. Tendremos que reiniciar esta ronda desde el principio.

—No hace falta —respondió Cookie—. Ya sé todo lo que necesito saber. ¡Tú! —gritó señalando a Damor—. ¡Tienes el puesto! ¡Ahora, fuera de aquí!

—Pero… —dijo Damor, volteando a ver a Jom—. ¿Pero qué hay de…?

Cookie no tenía paciencia para esto. Damor podría haber sido el culpable que estaba buscando, pero Jom prácticamente había confesado el crimen. Ahora, el chef debía confrontar al asesino, así que el «ganador» de un concurso ya no tenía importancia.

—¿Quieres que cambie de opinión? —gritó Cookie—. ¡Vete!

Confundido, Damor se puso de pie y salió de la habitación.

Jom estaba aturdido. Su cabeza estaba sangrando debido al impacto. Frente a él había un cuchillo grande. Sólo para estar seguro, Cookie lo pisó con su pie aún más grande, con lo que lo inmovilizó en el suelo.

—¿Qué…? ¿Qué pasa aquí? —logró decir Jom.

—Creo que sabes muy bien lo que pasa aquí. ¿Creíste que no me iba a dar cuenta?

Jom miró el suelo. Al ver el cuchillo bajo el pie del chef, se sintió desmoralizado.

—Sólo pensé que…, que podría obtener algo de reconocimiento, ¿sí? Soy un buen… ¡Soy un buen chef! Sólo necesitaba algo de ayuda, algo de entrenamiento; así que pensé que podía tomar el libro, sólo prestado, para conseguir algunos consejos y recetas. ¡Pero los platillos los preparé yo! No pensé que…

Cookie agarró al cocinero por la garganta. Con la mano libre revisó el bolsillo de la túnica de Jom y encontró el libro de recetas de Robb.

—¿Pensaste que podías abrirte paso matando a los demás? ¿Eso pensaste? —Cookie estaba más que furioso—. ¿Crees que robar el libro de recetas de alguien más te hace un mejor cocinero?

—Agh… ¿Matando? —croó con una voz confundida—. Yo no maté…, no maté… —dijo Jom.

Sus dedos con forma de tentáculo trataban de retirar las enormes manos de Cookie. De nada serviría. El híbrido de quarren y mon calamari nunca podría liberarse del agarre de Cookie con esos dedos delgados y flexibles. Esos dedos no podrían…

No podrían dejar huellas digitales. Eran demasiado resbaladizos. Jom no podría haber dejado esas marcas en el teclado de la habitación de Robbs. Y no estaba en la cocina anoche. Nunca estuvo cerca de la salsa de Robbs. De hecho, ninguno de los chefs había estado trabajando de noche en la cocina; por eso Cookie los había considerado como sospechosos. No se sabía el paradero de ninguno en el momento del asesinato. Pero eso también quería decir que ninguno de ellos había estado en contacto con la salsa que manchó el teclado. Los únicos otros seres que podrían haber tocado la salsa, literalmente tendrían que haberlo hecho con los dedos. Los únicos seres que entraban y salían de la cocina por largos periodos de tiempo eran las dos droides que trabajaban de degustadoras y de meseras.

La mano de Cookie comenzó a aflojarse y a soltar lentamente la garganta de Jom. El cocinero seguía con vida. Pero, ¿dónde estaban…?

Y fue entonces cuando un pesado rodillo golpeó a Strono Tuggs en la parte posterior de la cabeza.

CAPÍTULO —10—

POR SUERTE, Cookie tenía el cráneo resistente.

Su visión estaba un tanto borrosa. Veía doble. Triple. Frente a él, una mancha borrosa, metálica y oxidada avanzó y atacó a alguien con un movimiento seco. Cookie escuchó un grito. «Jom», pensó. Era Jom. Y el atacante tenía que ser una de las droides. Pero, ¿dónde estaba…?

Por instinto, el chef de gran tamaño giró hacia la izquierda, gracias a lo cual logró evadir el ataque de un cuchillo delgado. La punta filosa golpeó el suelo de piedra, que dejó un rasguño profundo y delgado. «Tal como el que había en la habitación de Robbs», pensó Cookie, «¿cómo no me di cuenta antes?».

Pero no había tiempo de recriminarse. Empezaba a ver con mayor claridad. Carly estaba parada frente a él. Cookie la pateó con una de sus fuertes extremidades inferiores y la droide cayó al suelo. Casi a ciegas, Cookie encontró una de las sartenes que habían caído. Se dio la vuelta y apenas logró bloquear un ataque de J'Nell.

—Entréganos el libro —dijo Carly, mientras se levantaba.

—Entréganos el libro y tendrás una muerte rápida y sin dolor —añadió J'Nell.

Cookie retrocedió y casi se tropieza con Jom. Sin pensarlo, el chef agachó la cabeza: muerto. Las droides lo habían asesinado.

—Lo mataron —dijo, sin saber por qué le sorprendía tanto.

—Debiste haber aceptado la culpa —respondió J'Nell—. Pudiste haber huido del castillo y del planeta. Nadie te habría perseguido por un asunto tan insignificante.

—Sólo entréganos el libro —dijo Carly, cada vez más agitada.

—¿Por qué? —preguntó Cookie—. ¿Por qué es tan importante este libro de recetas? ¿Por qué matar a alguien para conseguirlo?

Carly atacó con su cuchillo. Cookie saltó hacia atrás y alcanzó a esquivarlo, por poco.

El filoso cuchillo cortó uno de los conductos de energía que estaba conectado al horno. Las chispas volaban por toda la habitación; un humo negro y denso empezó a salir del horno dañado.

J'Nell empezó a caminar en círculos alrededor del chef.

—Nuestra labor principal es probar y analizar toda la comida proveniente de la cocina, para garantizar la seguridad de todos aquellos que consumen los platillos.

—¿Cómo podíamos hacerlo —añadió Carly—, si el subchef insistía en usar especias desconocidas y extrañas, además de recetas potencialmente peligrosas?

J'Nell se acercó al chef, tratando de apuñalarlo. Cookie no era lo suficientemente rápido para esquivarla y el cuchillo se enterró entre sus costillas, pero sólo era una herida superficial. Había mucha sangre, pero el chef esperaba que no fuera algo letal.

Calculando su siguiente ataque, J'Nell siguió hablando.

—Lo único que queríamos hacer era tomar prestado el libro de recetas, para estudiarlo y añadir su contenido a nuestra base de datos.

Pero Robbs Elys nunca lo permitió. ¡No tuvimos alternativa!

Cookie se percató de que Carly se estaba acercando demasiado. Agitó la sartén, la golpeó y logró aturdirla temporalmente.

J'Nell aprovechó esta distracción y volvió a apuñalarlo. Esta vez, logró clavar profundamente el cuchillo en el hombro de Cookie.

—Si tan sólo nos hubiera entregado el libro… Nadie habría muerto —dijo Carly.

—Sí, pero él no lo tenía, ¿cierto? —respondió Cookie, casi sin aire por el dolor. Se arrastró hacia atrás. Estaba justo en medio de la cocina improvisada. Se puso de pie sosteniéndose de unas cestas derribadas—. Lo mataron, pero el libro ya no estaba, así que necesitaban descubrir quién era el ladrón tanto como yo.

—Necesitamos ese libro —dijo J'Nell—. Sin él, nuestra base de datos está incompleta.

—Y una vez que estés muerto, no habrá más testigos, ni más problemas —añadió Carly.

Cookie sabía que se le agotaba el tiempo. Tomó uno de los pesados conductos que colgaban del techo. Era el conducto del gas que alimentaba los hornos grandes. El chef trató de usarlo como apoyo para arrastrar su cuerpo herido hacia una gran mesa, pero el conducto se rompió, liberando gas nocivo en la habitación, que de por sí estaba llena de humo.

No había manera de escapar, pensó Cookie. J'Nell y Carly se acercaban cada vez más. Cookie sostuvo la pata de la mesa con una mano. Las droides alzaron los delgados cuchillos que formaban parte de sus brazos.

Sobre ellas, las chispas volaron y se mezclaron con el humo. El buen funcionamiento del equipo se vio inutilizado por el conducto roto. El equipo crujía y se sacudía. La habitación se transformó lentamente en un escenario terrorífico.

Entonces, Cookie oprimió el botón del control remoto que tenía escondido en el delantal.

CAPÍTULO —11—

LA GRAVEDAD de la habitación se apagó de inmediato. Todo salió volando, las ollas, las sartenes, los utensilios, la comida, todo, incluyendo a las dos droides asesinas.

Cookie se sostuvo de la pata de una de las mesas que estaba atornillada al suelo.

Carly y J'Nell estaban visiblemente encolerizadas.

—¡Esto no te salvará! —gritó Carly, mientras se elevaba hacia el centro de la habitación.

—¡Te mataremos! ¡Conseguiremos el libro de recetas y completaremos la función principal de nuestra programación! —exclamó J'Nell, mientras se alejaba flotando lentamente.

Las droides siguieron gritando, y gritando, y gritando. Cualquiera que hubiese sido su propósito original, se había perdido por completo. Sus circuitos de memoria estaban arruinados sin remedio.

—¡Matar! —gritó J'Nell.

—¡Cortarte! ¡Rebanarte! —añadió Carly.

—No —dijo Cookie—. Fin del juego.

Y habiendo dicho esto, sacó el control remoto de su bolsillo y oprimió otro botón. El sistema de armas se activó en su máxima potencia. En el aire, por encima de Cookie, comenzó la lluvia de disparos. Flotando en lo alto, las droides quedaron atrapadas en medio del fuego. Cookie cerró los ojos, tratando de ignorar los gritos mecánicos. Las droides habían prestado sus servicios durante mucho tiempo. «No siempre habían sido asesinas», trató de pensar el chef. Pero, entre sus manos sintió la tapa dura del libro de recetas que siempre había pertenecido a su amigo, por lo que no logró sentir lástima por ellas.

Con una última lluvia de chispas, el sistema eléctrico explotó. Hubo una ráfaga de fuego y el gas, liberado del conducto, se encendió. Entonces, se reactivó la gravedad y las armas se detuvieron. Los pedazos quemados de metal que habían conformado las droides BD-3000 cayeron al suelo con un estrépito.

Todo había terminado.

EPÍLOGO

LA SUERTE resultó estar del lado de Strono Tuggs. Al caer al suelo, uno de los droides cámara no quedó destrozado del todo y, de algún modo, había grabado todo el sórdido suceso. Se hicieron algunas investigaciones, pero, en general, los servicios de seguridad del castillo se conformaban con que el incidente se había resuelto con la destrucción de las droides.

Cookie estaba de vuelta en la cocina. Frente a él, estaban formados todos los cocineros, encabezados por Damor, el nuevo subchef.

—Muy bien, escuchen todos —dijo Cookie, con un ligero gesto de dolor. Se estaba recuperando, pero las heridas aún le dolían un poco al gritar—. Este es un nuevo día; somos una cocina nueva. Vamos a hacer un excelente trabajo. Y para recordar a aquellos que perdimos, les traje a todos una copia de esto.

Cookie empezó a repartir borradores cuidadosamente copiados del libro de cocina de Robbs. Había que acabar con el misterio. Tratar de mantener esas cosas en secreto había ocasionado demasiados problemas.

—Todos ustedes van a estudiarlo —dijo—. Y aprender de él. Este libro está lleno de arte. El arte de la cocina. Así que apréndanlo y vívanlo.

Cookie observó al personal. El tono de su voz era muy serio, pero había un rastro de tristeza en él.

—Espero que todos sepan honrar la memoria del viejo Robbs, ¿entendido?

—¡Sí, chef! —respondieron todos en la habitación con entusiasmo.

Luego, se pusieron a trabajar. No había tiempo que perder; pronto tendrían que empezar a servir. Cookie se desplazó a su estación y revisó la lista con los ingredientes del día. Algunos de ellos le parecían desconocidos. Pero era de esperarse. Las nuevas recetas eran únicas. Y aunque el fallecido subchef había mantenido todo esto en secreto en vida, Cookie sabía que Robbs Ely hubiera querido que su legado sobreviviera.

Cookie se preocupó por esto. No sólo mandó a hacer copias para los cocineros; sino que además envió todo el libro a la Academia Culinaria de Orto. Aún en la actualidad, cientos de alumnos nuevos estudian el trabajo de Robbs. Cookie tenía la certeza de que, algún día, el nombre del viejo subchef aparecería al lado de los mejores chefs galácticos, como Jlibbous de Zenn-La y la gran Gormaanda.

«Hay peores maneras de terminar una historia», pensó Cookie.

Y con eso, se puso a trabajar.

TODAS LAS CRIATURAS GRANDES Y PEQUEÑAS

CAPÍTULO —01—

BOBBAJO avanzó lentamente por el patio. Hablando francamente, nunca se había visto al arrugado ser de cuello largo, miembro de la misteriosa especie nu-cosiana, moverse más rápido; era muy plausible que para el anciano ser, al que muchos de los habitantes de Jakku conocían como el Cuentacuentos o el Crittermonger, ese paso lento equivaliera a correr a un ritmo de vértigo.

Aunque Bobbajo tenía un carácter paciente y calmado, no se podía decir lo mismo de las múltiples especies de pequeñas criaturas guardadas en las jaulas y canastas que cargaba en la espalda. La primera de ellas resguardaba aproximadamente a una docena de pequeños gwerps, delgadas criaturas en forma de rana que tenían colmillos y cuernos. En el montón de jaulas de madera desgastadas, el nu-cosiano cargaba pishnes, criaturas de cuello largo, boca suave y mucho plumaje que parecían ser una extraña combinación de ave y molusco. Otra de las jaulas cobijaba un solitario lonlan, un mamífero bulboso color lodo que parecía un globo grande a medio inflar. Una jaula más pequeña, acomodada en medio de las demás, albergaba una pareja de zhhees, una especie de lagartija alada de colores brillantes, particularmente escandalosa. Y encima de todas las demás jaulas, había un worrt de aspecto gruñón llamado J'Rrosch, que siempre acompañaba al viejo vagabundo.

Por supuesto, había más: varias jaulas pequeñas por aquí y por allá, jaulas que contenían especies raras. La mayor parte de los habitantes de Jakku jamás había visto ni había escuchado hablar de ellas y probablemente eso jamás iba ocurrir. Cada vez que Bobbajo los visitaba solía llevar con él una docena (o más) de criaturas indescriptibles. Incluso, si dichos animales eran comunes en otros lugares, en Jakku todos eran maravillas extrañas y, aparentemente, cada uno tenía su propia historia.

El pueblo se llamaba Reestkii, una palabra que se puede traducir vagamente en básico galáctico estándar como «el sobrante». Reestkii estaba ubicado cerca del ecuador del planeta desértico, a más de cuatrocientos kilómetros de distancia del único asentamiento de todo el planeta sin valor, el Puesto de Niima. En el pueblo no había riquezas mineras para extraer; apenas tenían suficiente agricultura para que los habitantes sobrevivieran; ni juntando toda su riqueza podían pagar un pasaje en nave a cualquier lugar digno de ver; aunque, a decir verdad, prácticamente no había naves por ahí, a excepción del cascarón descolorido de alguna nave quemada hacía mucho tiempo. Había muy pocos asentamientos como este, generalmente, el resto de aquel desolado planeta no los conocía o se había olvidado de ellos. Así que cualquier cambio en sus actividades aburridas y monótonas, tal como la visita de Bobbajo, valía la pena.

Al llegar a una de las largas mesas de material reciclado que se encontraba en la explanada del pequeño pueblo, Bobbajo se sentó. Luego, alzó el pesado conjunto de jaulas llenas de animales y lo colocó en la banca junto a él. Como solía pasar siempre que el Cuentacuentos viajante venía al pueblo, la gente comenzó a acercarse. Habían pasado

muchos ciclos planetarios desde la última visita del nu-cosiano y la gente, especialmente los niños del pueblo, estaba emocionada por descubrir qué había traído consigo Bobbajo esta vez.

—Pues…, bastantes cosas… —respondió el Cuentacuentos con su lenta cadencia.

Y nada más pronunciar estas palabras, dos lagartijas de arena de panza amarilla salieron de su manga y al mismo tiempo se posaron sobre la arena del patio. Las lagartijas se movían como si fueran una sola. Se paraban de manera teatral en las patas traseras e inflaban el pecho. Se balanceaban de atrás hacia delante, con ritmo y en perfecta sincronía. Para los antiguos residentes de Reestkii era un truco viejo; no es que tuvieran la más remota idea de cómo se hacía, pero ya lo habían visto antes; sin embargo, para los niños era algo absolutamente mágico.

—Pero, esperen… —dijo Bobbajo, alzando una de sus manos de cuatro dedos. Las lagartijas se detuvieron, se dieron la vuelta y se escabulleron hasta la jaula que contenía al par de zhees. En cuestión de segundos, las lagartijas lograron abrir la jaula y los dos zhhees lentamente aparecieron, agacharon sus cuellos emplumados y cada lagartija trepó por el cuerpo de un animal, agarrándose de la espalda y del cuello de su transporte aviario. Bobbajo empezó a golpetear rítmicamente sus nudillos contra la mesa y las ahora aladas lagartijas empezaron a bailar, moviéndose hacia delante y hacia atrás, girando, dando saltos perfectamente sincronizados.

Los niños emitieron exclamaciones de asombro y vitorearon, mientras los adultos sonreían. Por desgracia, en ese momento el espectáculo de criaturas exóticas del Cuentacuentos se vio brutalmente interrumpido.

—¿Eso es una nave? —preguntó uno de los niños, alzando la mirada y contemplando el deslumbrante cielo de Jakku.

CAPÍTULO —02—

LA NAVE era un crucero zygerriano operado por una banda de esclavistas, que era conocida por atacar puestos remotos en planetas con poca actividad y secuestrar a los ciudadanos que encontraban, para después llevarlos a campos de trabajo o venderlos al mejor postor.

La nave llegó rápidamente y la gente de Reestkii no tuvo tiempo para planear una defensa; en especial porque no tenían defensa alguna. Ese tipo de cosas nunca habían parecido necesarias en un lugar como este; no había animales depredadores en la región; los piratas y criminales locales solían invertir sus recursos y esfuerzos en saquear propiedades que tuvieran bienes que valiera la pena robar.

Los esclavistas bajaron de la nave. La gente gritó, entró en pánico y corrió, mientras Bobbajo vaciaba sus jaulas sin hacer ruido; con mucha calma dejaba a sus múltiples mascotas en libertad. Los gwerps se alejaron saltando y se ocultaron bajo la sombra de los edificios; los pishnes se escabulleron bajo las mesas, en grupo, como todo lo que hacían; mientras tanto, el lonlan empezó a saltar tranquilamente, mientras su cuerpo se inflaba y desinflaba una y otra vez con gran entusiasmo; J'Rrosch lanzó una mirada furiosa y se alejó para buscar alguna sombra.

En cuestión de minutos, todas las mascotas se habían dispersado. Y justo a tiempo: los zygerrianos de largas orejas como de gato empezaron a desembarcar, con sus látigos láser y rifles en mano, preparados para enfrentar cualquier tipo de resistencia que se interpusiera a la realización de su oscuro propósito.

CAPÍTULO —03—

NADIE OPUSO resistencia. Debidamente amedrentados, los habitantes desarmados de Reestkii fueron arreados y llevados a un gran edificio, el ayuntamiento del pueblo, mientras los esclavistas saqueaban el asentamiento en busca de todos los suministros que pudieran robar. El edificio no tenía nada destacable. Era funcional, pero la estructura no tenía mayor adorno: cuatro pesadas paredes de piedra con pequeñas aberturas que funcionaban como ventanas. Estas estaban muy por encima del nivel del suelo, así que para cualquiera de los seres encerrados resultaba imposible alcanzarlas para asomarse. Una capa de pintura verde y anaranjada daba un poco de color a las paredes interiores, pero estaba despostillada y desgastada por el paso del tiempo. Había mesas y algunas sillas. Nada más.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó uno de los ciudadanos con una voz llena de pánico.

Su nombre era Thaddeeus Marien, un kitonak cuya cabeza tenía la forma de un foco. Quien a pesar de que su tipo de piel aguantaba muy bien el clima desértico, sudaba. Otro ciudadano se unió a este sentimiento:

—Esclavistas —dijo P'nll Vun, un nautolano anfibio que sacudía la gruesa cabellera de tentáculos oscuros que caían en cascada de su cuero cabelludo—. ¿Qué será de nosotros? Esto… Esto no puede estar pasando. El alguacil…

Una tercera voz los interrumpió. Esta le pertenecía a Jol Bengim, un chevin cuya enorme y elefantiásica cabeza se extendía a lo largo de todo su cuerpo.

—Conozco a los de esta calaña. Nos secuestrarán y nos llevarán a campos de trabajo. Lo he visto antes, cuando vivía en Vinsoth. Estamos condenados, estoy seguro…

Mientras tanto, los niños del pueblo, nerviosos, observaban todo en silencio, aterrados por esta extraña intrusión que había venido a alterar el tranquilo y pacífico planeta donde habían nacido.

—Escuchen… —interrumpió Bobbajo—. Aún… hay esperanza. Sólo nos han detenido. Nuestros destinos… aún no están escritos.

Como muestra de su impaciencia, Jol estampó su pesado pie con forma de pezuña en el suelo.

—Qué fácil es decirlo, Cuentacuentos. ¡Pero las palabras no nos salvarán ahora! ¡Nada puede salvarnos!

Uno de los niños, un pequeño ottegano con cabeza de martillo llamado Adlee, soltó un pequeño sollozo. Con la mirada, Bobbajo le indicó al alterado chevin que guardara silencio; luego se dispuso a calmar al niño asustado con su expresión serena, como de costumbre.

—Escucha…, pequeño. Tendrás que… confiar en lo que te digo. La ayuda… viene en camino y todo estará… bien.

El niño se sonó la nariz y se movió nerviosamente.

—Déjame contarte… una historia —comenzó a decirle Bobbajo al niño, indicándole, con un gesto amable, que se acercara. Todos se fueron juntando frente a él para olvidarse, aunque fuera sólo un momento, de sus problemas.

—Esta historia… comienza con la más pequeña de las criaturas… enfrentándose a un gran enemigo…

CAPÍTULO —04—

SMEEP, UNA PEQUEÑA MAMÍFERA, similar a un ratón, pero con seis patas, de la especie denominada thwip, se escabullía por el conducto de ventilación, jadeando de calor. Era un viaje arduo, pero la thwip sabía que todo terminaría pronto. Smeep pasó junto a una rejilla abierta; sus cuatro pequeños ojos se percataron de un movimiento en el pasillo debajo de ella. Había un wookiee a la vista, una especie arbórea, alta y cubierta de pelo, proveniente del planeta Kashyyyk. Llevaba una bandolera alrededor del pecho y lo escoltaban dos soldados de asalto. Era una escena interesante, pero no significaba absolutamente nada para Smeep. Lo más importante era su misión.

La pequeña thwip alcanzó una intersección vigilada por un diminuto droide sonda del sistema interno, que no medía más de siete centímetros de alto. El droide era una unidad antiespionaje estándar, diseñada por Industrias Arakyd. Flotaba por los conductos de aire para defender las instalaciones contra intrusos y reportar cualquier descubrimiento sospechoso.

Smeep se paró en seco, ya no se movía, pero era demasiado tarde. El droide sonda escaneó a la pequeña y peluda mamífera, y reportó la detección del sensor a la computadora correspondiente. A partir de eso, un técnico revisaría la información para identificar qué era lo que había activado el escáner.

Afortunadamente, el droide sonda estaba diseñado para neutralizar intrusos de alta tecnología, que solían ser de la clase espía. Su programación no tenía contemplado qué hacer en caso de toparse con miembros de la familia de los roedores, por lo que, al no contar con instrucciones específicas para lidiar con la situación, decidió seguir patrullando.

Una vez que la sonda se alejó, la thwip siguió su camino. Smeep estaba cerca, muy cerca. Tres o tal vez cuatro ductos más y llegaría a los paneles y a los cables que tenía que masticar. Entonces…

El sonido del disparo de un bláster resonó por los ductos. En algún lugar cercano había disparos y gritos. A la thwip no le importó; en primer lugar porque su sensible oído se abrumaba con facilidad y, en segundo, porque significaba que podrían descubrirla antes de que lograra completar su misión.

Desde abajo, una lluvia de chispas abrasadoras atravesó el ducto. Lo que sea que estuviese pasando ahí cerca era peligroso. Smeep corrió. Un ducto, dos ductos, otro más, luego a la izquierda, hacia el siguiente bloque de detención, pasando por un espacio estrecho que había entre las paredes externas y, finalmente, llegó a los cables expuestos.

Más disparos. Smeep se estremeció y pensó que ojalá lo que estuviera sucediendo allá, fuera lo que fuera, no tuviera que ver con el wookiee adorablemente grande que había visto momentos antes. Se puso a trabajar y empezó a masticar los cables. Primero, uno rojo, luego, uno azul, otro rojo, luego…

Smeep dio un salto hacia atrás cuando salió una chispa de los cables. Éxito. Se escuchó un silbido mientras se abría una puerta cercana. La thwip se apresuró a regresar por el ducto, hasta la rejilla más cercana. Al ver cómo se abría la puerta de la celda, salió del ducto y se apresuró a buscar a su amigo, el prisionero que buscaba liberar de las garras del Imperio y su siniestra Estrella de la Muerte, un viejo nu-cosiano llamado Bobbajo.

CAPÍTULO —05—

UN MOMENTO —interrumpió el incrédulo Jol Bengim. Los enormes labios del chevin temblaban con suspicacia—. ¿La Estrella de la Muerte? Cuentacuentos, de todas las historias que nos has contado, ¡esta tiene que ser la más exagerada!

P'nll Vun entrecerró sus vidriosos ojos negros.

—Debo admitir que su historia es difícil de creer. Si es verdad que estuvo ahí, ¿cómo pudo saber lo que la thwip veía? ¿Cómo es que ella pudo deambular libremente mientras usted estaba atrapado en una celda de contención del Imperio?

En el momento en que Bobbajo levantó una mano y abrió la boca para decir algo, un fuerte estruendo sacudió el edificio.

—¡Esos malditos esclavistas! —murmuró un humano de mirada furtiva llamado Xavi Brightsun, frunciendo el ceño con ansiedad.

Uno de los pequeños, una niña humana llamada Myette, también frunció el ceño. Se había concentrado tanto en la historia, que se había olvidado por completo de la peligrosa situación en la que se encontraban.

Bobbajo examinó la estancia y se percató de que su audiencia estaba muy asustada y frustrada. Así que, como todo buen cuentacuentos, siguió hablando…

CAPÍTULO —06—

BOBBAJO CAMINABA sin prisa por los pasillos de la enorme Estrella de la Muerte del Imperio. Había logrado escapar de la celda sin incidentes. Era como si las fuerzas de seguridad de la Estrella de la Muerte estuvieran muy ocupadas con otro asunto de mayor importancia, lo cual estaba muy bien para el nu-cosiano, ya que le daba la oportunidad de explorar la vasta infraestructura de la enorme estación de combate, especialmente después de haber permanecido tanto tiempo en la pequeña celda. Independientemente de lo mucho que había para ver, no era sensato quedarse mucho más tiempo.

Bobbajo revisó la bolsa grande que cargaba. Al igual que la mayor parte de sus pertenencias, la habían guardado en el sector de las celdas. Una vez liberado, juntar a su séquito de mascotas y amigos había sido un proceso rápido.

De la bolsa salió volando un pequeño snee llamado Qyp. Y después de que Bobbajo le murmurara algo, la pequeña criatura se alejó revoloteando a toda velocidad.

Las pequeñas alas azules de Qyp zumbaban mientras recorría los cavernosos pasillos de la Estrella de la Muerte, buscando la terminal correcta, aquella que desactivara los rayos tractores, siguiendo al pie de la letra las instrucciones de Bobbajo, que habían quedado registradas en su diminuta mente. El nu-cosiano había sido muy claro: mientras los rayos estén activados es demasiado peligroso tratar de utilizar los pods de escape.

Se escuchó un grito, proveniente de un destacamento cercano, de soldados de asalto. No habían notado al intruso alado, sino que estaban poniendo toda su atención en un monitor de computadora que mostraba un esquema detallado del sistema de eliminación de basura de la Estrella de la Muerte. Esto no le interesaba a Qyp; ignoró la situación y siguió avanzando.

La verdad es que la pequeña criatura estaba muy nerviosa e inquieta, como de costumbre.

Los snees son conocidos por ser aprensivos, pues el planeta del cual provienen es tan plácido que, para ellos, cualquier ruido o actividad repentina resulta angustiante. Pero Qyp era un snee excepcionalmente valiente y continuó su búsqueda sin mucha demora injustificada.

La criatura aviar de pico largo era más pequeña que un puño humano, incluso tomando en cuenta la envergadura de las alas, así que Qyp podía volar por encima de la línea de visión de los múltiples agentes imperiales que, preocupados, corrían por todas partes. De hecho, el snee sólo atrajo algo de atención cuando entró volando a una especie de oficina grande, explorando un camino despejado para llegar a las terminales que buscaba: fue descubierto por una unidad R3-L1 particularmente entrometida, de color azul y verde, la cual resultó ser ligeramente problemática para Qyp.

El droide astromecánico empezó a emitir un aviso de alarma en lengua droide. Obviamente, Qyp no hablaba binario y simplemente trató de evadir al droide. El snee

ignoraba que estuviera conectado al núcleo de la computadora de la estancia y que sólo necesitaba activar su módulo de interfaz para sellar las puertas. Qyp quedó atrapado. El snee se puso más ansioso que nunca. ¡Bobbajo dependía de él!

El droide dio la vuelta para desconectarse del sistema de la computadora. El snee revoloteó por la estancia, buscando una nueva ruta de escape, pero no había ninguna a la vista. El astro-mecánico extendió un arma y lanzó una amenazante ráfaga de electricidad hacia Qyp. El snee voló a toda velocidad; sus alas apenas lograron esquivar el rayo. Luego, otra ráfaga de electricidad y otra, esquivadas justo a tiempo. Para ser un snee, Qyp era muy valiente, pero tenía miedo. Miedo del droide malo, de todo el ruido, de no llegar a los controles y no poder desactivar los rayos tractores a tiempo…

El droide astromecánico era implacable; su cabeza semitransparente en forma de domo giraba sin parar, rastreando al snee dondequiera que este volara. Frustrado y solo, Qyp sabía que sólo tenía una oportunidad para derrotar al malvado droide imperial.

Al detectar un pequeño dispositivo montado en el techo, el snee voló hacia arriba. El droide disparó otra ráfaga de electricidad; el disparo dio en el lugar exacto donde Qyp había estado un milisegundo antes. De pronto, gracias al ataque del droide, el dispositivo del techo se activó y roció agua por toda la estancia, pues era un sistema contra incendios.

El droide emitió un chillido furioso mientras el agua llovía sobre él. Qyp revoloteó de un lado a otro, esquivando al vil droide que seguía atacándolo. El cuerpo del droide estaba totalmente empapado; sus ruedas salpicaban al cruzar los charcos que se habían formado en el suelo. Cuando Qyp se detuvo, la agresiva pieza de maquinaria vio el blanco perfecto.

El droide imperial disparó una vez más, pero Qyp esquivó el ataque. La ráfaga de electricidad le dio al agua que escurría de una consola hacia el suelo. El agua condujo la corriente eléctrica de vuelta al molesto droide. La unidad R3 empezó a sacudirse de inmediato; sus múltiples compartimentos y tapas comenzaron a abrirse por la sobrecarga de electricidad. Emitió un ruido que imitaba a un gemido de tristeza, se derrumbó y cayó al suelo mojado con un tremendo salpicón.

El snee alado aterrizó sobre una consola cercana, oprimió los controles con delicadeza y las puertas se abrieron. Del otro lado estaba la zanja que llevaba hasta la terminal del rayo tractor. ¡Por fin!

Qyp pasó volando junto a dos soldados de asalto y alcanzó a escuchar una discusión sobre informes y una especie de simulacro. Lo que decían no parecía tener mucho sentido, pero estaban distraídos y eso era más que suficiente para la pequeña criatura. Sus alas estaban muy cansadas después de la batalla con la unidad R3 y lo último que quería era llamar la atención de dos soldados de asalto armados hasta los dientes.

Después de volar por un largo pasillo y girar en una esquina que daba a una gran área abierta, Qyp, por fin, encontró los controles del rayo tractor. El snee aterrizó y picoteó algunos de los botones. Era muy extraño; parecía que los rayos tractores ya habían sido desactivados, aunque habían dejado el seguro puesto. Desde luego que Qyp no entendía nada de eso, pero esta pequeña criatura había memorizado bien la serie de instrucciones

que el plácido Bobbajo le había susurrado con mucha calma, por lo que el snee dedujo que la mayoría de los pasos ya se habían completado. La mayoría, pero no todos.

Picoteando rápidamente, el snee desactivó el campo de seguridad automático que estaba programado para disparar, a cualquier nave que tratara de escapar de la Estrella de la Muerte, un impulso de iones automático. Al hacer eso todo estaba listo. Ahora los pods de escape y cualquier otra nave podrían salir con toda libertad.

Qyp se elevó por los aires, volando a través de la Estrella de la Muerte para escapar con su amigo Bobbajo.

CAPÍTULO —07—

DE VUELTA en Jakku, el relato de Bobbajo sobre la intrépida aventura se vio abruptamente interrumpido una vez más, mientras Jol alzaba una de sus enormes cejas.

—¿Un snee desactivó un rayo tractor imperial? Admito que he visto a tus mascotas hacer cosas formidables, ¡pero tienes que admitir que eso no es posible!

—Ahhh… —dijo Bobbajo lentamente—. Qyp era muy inteligente. Pero…, no desactivó el rayo tractor. Simplemente… desactivó los disruptores iónicos…, una tarea que cualquier snee podría llevar a cabo…, con el entrenamiento adecuado.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Adlee, totalmente embelesada. Un pequeño wookiee asintió con la cabeza y emitió un pequeño gruñido, indicando que también quería seguir escuchando.

En ese momento, se escuchó un golpe fuerte afuera. Varios de los ciudadanos empezaron a gritar de miedo. P'nll y Thaddeeus intercambiaron murmullos de preocupación con un individuo de ojos grandes y cabeza pelona, de la especie bith, llamado Arek Emjon, mientras Xavi Brightsun trataba de trepar lo suficiente para mirar por una de las ventanas del ayuntamiento.

—¿Ya vienen por nosotros? —preguntó Myette, con una mirada llena de terror.

—No… —respondió Bobbajo, calmándolos—. Aún queda… más de la historia que contar…

CAPÍTULO —08—

DESAFORTUNADAMENTE, una especie de carguero que trataba de escapar había puesto en alerta máxima a todo el personal de la Estrella de la Muerte; si bien habían logrado desactivar los rayos tractores, parecía ser un momento inoportuno para tratar de evadir a toda la flota imperial.

Bobbajo oprimió y movió unos controles con los que se había topado. Las luces destellaron con rapidez y el panel emitió estrepitosos sonidos, pero el nu-cosiano acabó por conseguir abrir una puerta de servicio.

La Estrella de la Muerte era como cualquier otro lugar lleno de gente: en cada pasillo había armarios para el personal de limpieza. Así que el viejo Bobbajo estiró los hombros, se tronó el cuello, bostezó perezosamente y se sentó con pesadez en la única silla que había en el armario.

Ahuyentando el sueño que tenía después de un día tan largo, tratando de escapar de una prisión imperial, Bobbajo empezó a buscar entre sus jaulas. La que sacó era una pequeña, pintada de verde y anaranjado, con una «M» grabada en la pequeña puerta.

—Ahhh… —exclamó Bobbajo—. Aquí estás…

Con un giro de su muñeca previamente ensayado, Bobbajo abrió la pequeña jaula y un reptil sin extremidades, de color anaranjado brillante y de treinta centímetros de largo, de la especie slitherette, llamada Mideyean, salió. La diminuta criatura reptil se deslizó por el brazo de Bobbajo y trepó hasta llegar a su cara. El nu-cosiano acarició la pequeña cabeza de su amiga; con una pequeña sonrisa, le susurró una serie de instrucciones.

Poco después, Mideyean estaba sola, recorriendo el estrecho espacio que había debajo de los paneles que conformaban el suelo de la Estrella de la Muerte. Casi todos eran sólidos, pero entre ellos había algunas secciones conformadas por rejillas y la slitherette no quería que los imperiales la vieran.

Vaya que el Imperio estaba en alerta roja. Desde el momento en el que había salido de los confines del armario del personal de limpieza y había dejado atrás a Bobbajo, a Mideyean le habían llegado a los oídos toda clase de cosas, la mayoría de las cuales tenía que ver con un hombre de túnica café que estaba enfrascado en un duelo de sables de luz contra un hombre de capa negra; también se hablaba de una falla en una de las computadoras que había causado un apagón de todos los trituradores de basura que se encontraban en el piso de detención de la estación. Por lo que alcanzaba a escuchar, la pelea era grave, pero aparentemente la gente estaba más molesta por los trituradores de basura y todos los problemas que estos habían causado a los sistemas sanitarios. Evidentemente, varios conductos de basura en distintos niveles habían explotado y, en la zona de oficiales, el sistema de desagüe se desbordaba con cada descarga.

La Estrella de la Muerte era un desastre. Pero, pronto las malvadas y opresivas fuerzas del Imperio lograrían restaurar el orden de la caótica estación de batalla para seguir con su siniestro propósito, a menos que Mideyean cumpliera con su misión.

La slitherette logró escabullirse por una estrecha grieta, apretándose tanto que casi queda plana en el intento. No había espacio para errores en esa sección de la Estrella de la Muerte, ya que los pasillos de servicio que conducían al sistema de temperatura interno estaban construidos de tal modo que podían retroceder, sin previo aviso. Si Mideyean no tenía cuidado, podía caer por uno de los conductos de servicio e ir a parar al núcleo de la estación espacial.

La criatura de aspecto de serpiente tardó aproximadamente una hora en deslizarse por los espacios de la pared del armario, donde se escondían Bobbajo y su colección de animales, y varias horas más en llegar a los sistemas que controlaban la temperatura de la estación. La idea era mantener a los técnicos y las fuerzas de seguridad constantemente ocupados para que, llegado el momento, nadie estuviera monitoreando el estado del sistema de disruptores iónicos.

Sin embargo, Mideyean era una criatura independiente. Al deslizarse por la estación se enteró de varias cosas, todas muy interesantes para la pequeña reptil sin extremidades, proveniente del distante planeta del Borde Exterior.

De pronto, alcanzó a escuchar algo atemorizante. La Estrella de la Muerte estaba avanzando hacia una luna del planeta Yavin y tenía la intención de destruirla junto con todos sus habitantes. Mideyean se apresuró para volver a su escondite; pero, claramente, ahora hacía falta un nuevo plan. Desafortunadamente, había un pequeño problema: un droide sonda Ararky del sistema interno, particularmente mortífero y hostil, había detectado a Mideyean y ahora la perseguía.

Puede que el droide sonda sólo midiera siete centímetros de alto, pero estaba muy bien equipado: con un bláster que tenía instalado en uno de sus puertos de defensa, disparó un rayo que casi le da a la pequeña slitherette. Lo más sorprendente fue que el disparo rebotara dentro del reducido espacio, de un lado a otro del panel del suelo y, finalmente, saliera por una sección con rejilla. El interior del suelo de la estación espacial estaba cubierto por una superficie reflejante, probablemente para proteger el sistema contra posibles fallos. Pero, ahora hacía rebotar los disparos de un bláster, lanzados por una sonda de seguridad en un pequeño espacio cerrado, justamente ahora que la pequeña criatura estaba muy apresurada. «Las cosas no pueden estar peor», pensó Mideyean.

—Oye, ¿viste eso?

Mideyean sacudió la cabeza. Un soldado de asalto imperial se había percatado del disparo de la sonda. Quién lo iba a decir, las cosas se habían puesto peor.

De pronto, el compartimento se llenó de luz mientras el panel que estaba sobre Mideyean se abría; la slitherette había quedado expuesta. Una mano dura, cubierta de una armadura blanca y negra, la atrapó antes de que pudiera escapar.

—¿Una serpiente? —le dijo el soldado de asalto a un oficial que estaba cerca—. ¿Cómo…?

El oficial que llevaba un uniforme negro hizo una mueca de desprecio.

—Es una slitherette. He escuchado informes del área de mantenimiento sobre una plaga de alimañas. Probablemente salió de alguno de los laboratorios. Será mejor deshacernos de ella cuanto antes.

Mideyean trató de atacar a su captor, pero su armadura lo protegió de sus pequeños colmillos. Antes de poder reaccionar, el soldado la había tirado por un conducto de basura que llevaba directo a los trituradores.

CAPÍTULO —09—

—¡PERO ESO es terrible! —La voz no provenía de uno de los niños, sino del chevin, Jol Bengim, quien parecía ser el más indignado de todos, al escuchar cómo habían tratado a la slitherette—. ¿Qué clase de historia es esa? ¿Y qué pasó con el ataque que planeaba la Estrella de la Muerte?

Todos los niños asintieron con la cabeza, igualmente absortos. Una serie de fuertes explosiones sacudió todo el edificio.

—¿Qué están haciendo? —gritó Thaddeeus, aterrado.

—¡Van a derribar el edificio con nosotros debajo! —gritó Arek, cuya brillante cabeza calva destellaba por todo el sudor que le provocaba el miedo.

—Pronto…, lo descubriremos… —dijo Bobbajo, con un gesto despectivo—. Pero por ahora…, terminemos la historia.

CAPÍTULO —10—

BOBBAJO PENSÓ en el tiempo. Mideyean estaba tardando demasiado. Con un largo y pesado suspiro, el viejo nu-cosiano sacó a Smeep y Qyp de sus lugares de descanso y los mandó a buscar a la slitherette desaparecida.

Rastrear el camino que había planeado tomar Mideyean no fue difícil para Smeep, quien conocía el olor de Mideyean bastante bien. Pronto, ambos llegaron a la rejilla abierta de donde el soldado de asalto había sacado a la slitherette anaranjada. Por suerte para Smeep y Qyp, el droide de seguridad estaba ocupado en otra parte, al igual que los agentes imperiales que habían capturado a Mideyean. Algo incluso más fortuito fue que la escotilla que daba acceso al conducto de basura seguía activada, así que no fue difícil deducir lo que le había ocurrido a su amiga.

Desafortunadamente, ahí se acabaron las buenas noticias. La escotilla estaba activada pero cerrada. Para empeorar las cosas, los dos animales podían ver a su amiga atrapada al final del conducto. Y lo más terrible: los trituradores estaban encendidos; la pobre slitherette estaba en peligro de ser aplastada hasta morir.

Aparentemente, y ante la gran frustración de las dos preocupadas criaturas, no había nada que hacer.

CAPÍTULO —11—

BOBBAJO SE DETUVO un brevísimo instante, mientras una serie de gritos y alaridos hacía eco desde el exterior de la prisión improvisada. El clamor de afuera había pasado de ser preocupante a ser confuso: algo estaba pasando y los ciudadanos estaban nerviosos. Pero antes de que alguien pudiera levantarse para averiguar lo que pasaba, Bobbajo levantó una mano y prosiguió con su narración.

—Mideyean sabía que estaba…, en problemas… —empezó a decir el Cuentacuentos.

CAPÍTULO —12—

MIDEYEAN sabía que estaba en problemas; no era sólo porque las paredes empezaban a estremecerse y cerrarse, aplastándola en el proceso. No, había algo más. Había algo en el compactador con ella. Algo vivo.

CAPÍTULO —13—

OTRA INTERRUPCIÓN, uno de los niños tembló de miedo. Bobbajo esbozó una cálida sonrisa para calmar al niño, ignorando el hecho de que la conmoción de afuera parecía estar empeorando: pasos que corrían, voces que gritaban, explosiones. Los ruidos de una batalla. Una vez más, Bobbajo tranquilizó a los niños; inclinó la cabeza con una sonrisa y siguió con su historia.

—Toda la Estrella de la Muerte…, pareció estremecerse…

CAPÍTULO —14—

TODA LA ESTRELLA DE LA MUERTE pareció estremecerse. Era como si un pequeño grupo de cazas estelares estuvieran bombardeando la superficie de la estación espacial. Las luces parpadearon, volaron chispas, varios paneles se abrieron por sí solos, incluyendo el panel del compactador de basura.

Qyp no perdió tiempo, entró volando y agarró a la aterrada Mideyean, momentos antes de que algo masivo y monstruoso (una criatura babosa de un solo ojo) se alzara de las húmedas profundidades del compactador, para atrapar a la slitherette.

Una vez a salvo y tratando de recuperar el aliento, Mideyean intentó explicar, de la mejor manera posible, el peligro en el que se encontraba un planeta inocente, amenazado por la estación espacial.

La estación tembló de nuevo. Las criaturas no sabían lo que ocurría afuera, pero debía ser algo muy grave. El equipo de animales se apresuró a regresar al armario del conserje y encontraron a Bobbajo esperando. Su cara no mostraba el más mínimo rastro de preocupación.

—Muy bien… —dijo el nu-cosiano—. Supongo…, que tendremos…, que destruir la Estrella de la Muerte. Hmmm…

Hubo una rápida ronda de discusión; momentos después, se decidió: no había tiempo para seguir esperando, ni motivo para seguir ocultándose; el plan de provocar caos debía cambiarse por una nueva estrategia: atascar el cañón láser principal de la Estrella de la Muerte y hacer que explotara. Afortunadamente, el camino que llevaba al cañón estaba cerca. La pregunta era, ¿los animales podrían llegar al sistema a tiempo para detener al láser destructor de planetas antes de que disparara?

Y mientras la gran estación se sacudía y temblaba por las explosiones que provenían del exterior, los tres animales se apresuraron para hacer que el interior explotara también.

CAPÍTULO —15—

EL CHEVIN de cara larga sacudió su gran cabeza con incredulidad.

—Un momento —dijo—. ¡Conozco esta historia! ¡Aparece en los hologramas de historia! ¡La Batalla de Yavin! Pero no hay forma de que haya estado ahí o de que esos animales suyos…

El bith calvo le gruñó al chevin.

—Deja que cuente la historia —dijo Arek—. ¡Es muy buena!

Bobbajo asintió, dirigiéndose al bith, y siguió hablando.

—Afortunadamente…, para el snee…

CAPÍTULO —16—

AFORTUNADAMENTE para el snee, la slitherette y la thwip, el caos de la batalla espacial que se desarrollaba afuera atrajo la atención de todas las patrullas del interior de la estación y los tres animales lograron llegar al pequeño ascensor de mantenimiento donde se encontraban los mecanismos de disparo del superláser.

Sin embargo, para su infortunio, los sistemas más importantes eran demasiado grandes para ser desactivados por un grupo de animales tan pequeños, incluso si trabajaban todos juntos. Se necesitaba algo más, algo con armamento de ataque. Algo…

¡Algo que fuera exactamente como el pequeño pero peligroso droide sonda de seguridad que se acercaba a los animales en ese mismo instante!

Mideyean se movió rápidamente, saltó sobre la pequeña sonda y la envolvió con su cuerpo. Qyp revoloteó de un lado a otro para convertirse en un blanco perfecto para el confundido droide, que empezó a disparar como loco; su puntería se vio afectada por la slitherette, que se retorcía y lo apretaba. El láser errante de la sonda no logró darle al snee, pero sí a varios puntos clave del panel de acceso, que estaba muy bien asegurado y que se abrió con un sonido metálico. Smeep saltó al interior, utilizó sus seis patas para husmear entre los cables que estaban expuestos y logró arrancarlos, con lo que provocó una lluvia de chispas. De pronto, el núcleo de cristal de la computadora, que regulaba la energía de entrada y de salida, quedó vulnerable. Mideyean, quien seguía enroscada alrededor de la sonda, la dirigió al núcleo, mientras el snee picoteaba su cubierta de metal.

Con una furiosa descarga de energía, el droide disparó una serie de violentos disparos hacia la thwip, pero fue demasiado tarde, ya que Smeep logró esquivarlos sin dificultad. En vez de herirla a ella, el bláster del droide le dio al núcleo de cristal de la computadora, que quedó destrozado al instante. Desesperados, los tres animales apenas lograron esquivar la descarga de energía de la explosión.

Corriendo de nuevo por los pasillos, las tres criaturas estaban conscientes de haber hecho todo lo posible. El cañón láser principal de la Estrella de la Muerte ya no podría disparar. Concretamente, cuando intentara hacerlo, toda la estación explotaría.

Definitivamente, era hora de marcharse.

CAPÍTULO —17—

DE VUELTA EN la prisión improvisada, Bobbajo hizo una pausa en su historia. Por un momento, afuera del ayuntamiento del pueblo, donde los ciudadanos de Reestkii estaban aprisionados, todo quedó en silencio. Aunque, nadie se dio cuenta: todos, tanto los niños, como los adultos, escuchaban con atención la emocionante historia del nu-cosiano.

CAPÍTULO —18—

LOS ANIMALES regresaron al armario de la Estrella de la Muerte, donde Bobbajo seguía escondido a salvo. Calmado como de costumbre, el nu-cosiano habló con su característico ritmo de voz lento.

—Han estado…, muy ocupados…, mis amigos —dijo Bobbajo.

Qyp, el snee, asintió y revoloteó con entusiasmo en el aire, mientras que Mideyean, la slitherette, se enroscó en el brazo de Bobbajo en forma de saludo amigable; Smeep, la thwip, golpeteó con entusiasmo sus seis pequeñas patas.

—Ahhh —reflexionó Bobbajo. De algún modo, casi mágicamente, sabía lo que querían decir y entendía su historia—. Ya veo…, ya veo… —dijo el nu-cosiano, mientras acariciaba su larga barba blanca—. Entonces, creo que será mejor… que nos vayamos ahora.

Sin vivir grandes aventuras o enfrentar terribles peligros, el grupo logró llegar al pod de emergencia, el cual lanzaron desde la Estrella de la Muerte hacia las profundidades del espacio. A través de la pequeña ventana del pod alcanzaron a ver la gran batalla que se desarrollaba afuera. Gazas TIE y X-Wings volaban de un lado a otro, enfrascados en una demostración de acción y violencia como nunca antes se había visto.

El pod pasó volando junto a otra nave, un carguero en forma de disco (el mismo que había escapado de la Estrella de la Muerte momentos antes). Circulaba rápidamente, sin percatarse de la presencia del pod que acababa de escapar, y empezó a disparar contra un grupo particularmente violento de cazas TIE que volaban por la trinchera meridiana de la estación espacial.

Incluso desde donde estaban, Bobbajo y sus pequeños amigos animales alcanzaron a ver el breve destello del superláser de la Estrella de la Muerte, que empezaba a reunir energía para disparar. Ocurriría pronto. En cualquier momento…

La secuencia de disparo había iniciado. La Estrella de la Muerte estaba a punto de destruir un planeta indefenso. Pero, en las profundidades de la estación espacial, donde nadie alcanzaba a ver, un pequeño regulador falló al tratar de dirigir la mortífera energía a su destino correcto y, en lugar de vaporizar el planeta que tenía enfrente, la gran arma falló; devolvió el ataque hacia el arma destructora de planetas y destruyó la Estrella de la Muerte desde su interior. Lo único que quedó fue una lluvia de brasas resplandecientes, que se desvaneció rápidamente en la oscuridad del espacio.

El símbolo de maldad que el Imperio había construido para aterrorizar a la galaxia se había ido, gracias a los esfuerzos invisibles de los pequeños amigos de Bobbajo: los héroes anónimos de Yavin.

CAPÍTULO —19—

CON UNA PEQUEÑA REVERENCIA, Bobbajo terminó la historia imposible. Los niños atónitos de Reestkii se quedaron sentados en sus lugares, con la boca y los ojos bien abiertos. Después de un momento de respetuoso silencio, empezaron a saltar y aclamar. Los ciudadanos adultos se acercaron para hablar con el nu-cosiano en voz baja. Jol Bengim fue el primero en hablar.

—Escuche, apreciamos que haya mantenido a los niños calmados. Fue lo correcto. Y debo admitir que es una historia muy buena —el chevin hablaba con mucha confianza.

—Pero, ¡todos sabemos que eso no fue lo que pasó! —interrumpió Xavi Brightsun—. ¡La Estrella de la Muerte fue destruida por la Alianza Rebelde! ¡Le dispararon a través de un conducto con torpedos! ¡Incluso tenían a un jedi de su lado!

Thaddeeus Marien recorría la habitación y hacía muchos gestos con las manos.

—¡Y eso ocurrió hace décadas! ¡Es una historia antigua! ¡Usted no pudo haber estado ahí! ¡Imposible!

Bobbajo sonrió.

—La historia…, es algo interesante. Sólo sabemos…, las versiones que nos cuentan. Eso no significa…, que no existan…, otras verdades.

P'null Vun sacudió la cabeza.

—No importa. Fue una distracción divertida, pero, no hay mascotas mágicas que nos salven ahora. No hay ninguna historia que pueda contar que evite que los esclavistas nos lleven.

Bobbajo se encogió de hombros, volteó a ver al nautolano y empezó a caminar lentamente hacia las grandes puertas del salón principal.

—¡Espere! —gritó Xavi Brightsun—. ¡No puede ir allá! ¡Lo matarán!

Bobbajo ignoró la advertencia, llegó a la puerta y la empujó gentilmente con una mano. La puerta se abrió sin problema y, afuera, los piratas estaban…

Derrotados. O, más específicamente, golpeados e inconscientes. Los ciudadanos salieron del ayuntamiento, todos con expresiones de sorpresa. El vehículo de forma felina de los esclavistas era ahora una ruina en llamas. Un par de ellos, que apenas alcanzaba a verse, estaba enterrados bajo un montón de cajas pesadas que habían estado apiladas y aseguradas, momentos atrás. Otro de ellos se desplomó desde un tejado y quedó inconsciente antes de golpear el suelo.

Todo había terminado. Los esclavistas estaban derrotados y los únicos defensores que podían haberlo logrado estaban… ¿Dónde?

De entre los restos y el caos de los esclavistas derrotados, aparecieron: los pishnes peludos se acercaron a Bobbajo y acariciaron sus piernas con el hocico. El nu-cosiano se agachó y los acarició. Los gvverps salieron saltando de entre las sombras y rebotaron alegremente sobre la espalda de Bobbajo, mientras el lonlan bulboso aparecía para

saludar a todo el mundo, flotando perezosamente en la brisa, como lo hacía con su forma semiinflada.

Uno por uno, los animales fueron tomando felizmente sus respectivos lugares en las cajas, jaulas y corrales de Bobbajo. Incluso J'Rrosch salió saltando de las sombras, con una expresión más gruñona que nunca.

La gente de Reestkii buscó por todo el pequeño pueblo, pero no encontraron a nadie más. Sólo más esclavistas inconscientes y derrotados. También, el cofre lleno de todas las riquezas que habían saqueado por todo lo largo y ancho de la galaxia. Tesoros que los ciudadanos de Reestkii podrían conservar.

Mientras Bobbajo se acomodaba el elaborado arreglo de jaulas sobre la espalda, la gente de Reestkii observó al nu-cosiano y a su colección de animales con asombro.

—Pero, ¿cómo…? —dijo Thaddeeus—. Sólo son animales. Y ellos… ¿Acaso fueron ellos quienes…?

La enorme boca de Jol Bengim se abrió y se cerró de inmediato. La sorpresa era tal que se había quedado sin palabras. P'nll Vun logró hablar.

—Todo eso…, todo lo que nos contó sobre la Estrella de la Muerte…, fue sólo una historia, ¿cierto? Sus animales…, estos animales no podrían hacer algo así, ¿verdad?

—Fue sólo una historia —repitió P'nll.

Bobbajo sonrió.

—Claro…, que lo fue…, —aceptó—. Pero las historias…, pueden ser muy poderosas. Nunca…, subestimes…, su fuerza.

Y entonces, el nu-cosiano comenzó a alejarse tranquilamente del pequeño pueblo, en búsqueda de la siguiente historia que contar.

EL ROSTRO DE LA MALDAD

PRÓLOGO

ERA UNA NOCHE OSCURA en el planeta Takodana. Aquel planeta cubierto de frondoso y verde bosque quedó empapado por una tormenta de violentos truenos y relámpagos. Por toda la superficie del planeta las múltiples especies que vivían en los árboles buscaban refugio, esperaban a que pasara la tempestad para poder regresar a la normalidad de sus vidas mundanas.

Pero en la torre más alta del castillo de Maz Kanata, había trabajo en curso. Thromba ajustó el vibroescalpelo, trazando delicadamente el contorno de las facciones del espécimen. El corte fue limpio y parejo, a pesar del forcejeo inútil del ser que se encontraba atado a la plataforma quirúrgica.

Thromba gorjeaba algo a Laparo, su compañera, quien se encontraba al fondo del oscuro laboratorio. Ambas eran frigosianas; esto significaba que eran bajas de estatura, al menos de acuerdo con los estándares galácticos para humanoides, y estaban cubiertas de una gruesa capa de pelaje amarillento, con cabezas en forma de domo, tan anchas como sus hombros. Siendo miembros de una especie nocturna, Laparo y Thromba usaban lentes de protección oscuros, para proteger sus sensibles ojos de la luz. Para compensar la diferencia atmosférica que existía entre Takodana y su planeta de origen, Tansyl 5, llevaban aparatos metálicos redondos para respirar, colocados en el lugar donde deberían estar sus narices humanoides.

Laparo le contestó con otro gorjeo, mientras se quitaba su brazo de hule y lo reemplazaba por otro, que tenía un pequeño aditamento circular en forma de sierra. Flexionó el brazo y la sierra empezó a girar con un chillido agudo.

—*¡Jibb!* —dijo Laparo—. *¡Jibbjhu-woo!*

—*¡Jeeba!* —respondió Thromba, quien estaba de acuerdo con su compañera y jaló una palanca.

Un rayo blanco saltó entre los dos imponentes receptores de energía que se encontraban sobre la plataforma quirúrgica; luego, el color del rayo empezó a cambiar rápidamente hacia una impresionante, aunque perturbadora, exhibición tecnológica de violencia y poder. La criatura que estaba sujeta a la plataforma no podía admirar la espectacular demostración, ni tampoco podía ver la amplia selección de palancas e interruptores que las dos frigosianas activaban. Probablemente era mejor así, ya que no era una imagen muy reconfortante.

—*¡Meep!* —dijo Laparo con su característica voz aguda, una vez que su sierra había alcanzado la máxima velocidad.

Al haber dicho eso, la frigosiana peluda y amarilla se inclinó sobre el sujeto y siguió con el procedimiento.

CAPÍTULO
—01—

MIENTRAS TANTO, en algún lugar del espacio…

—Lo siento —dijo la humana alta, pelirroja y cubierta de tatuajes conocida como Ryn Biggleston, mientras subía al pod de emergencia individual—. Sé que nos conocemos desde hace mucho tiempo y hemos pasado muy buenos momentos juntas, pero tú eres la única que sabe quién soy.

En el suelo del *Spacehopper V-13,* BeeLee Anidas, una balosar rubia de grandes ojos azules (ojos que ahora estaban teñidos de traición) agarraba su propia garganta con una mano, mientras un vaso que contenía veneno se le resbalaba de la otra.

—Eres una traidora —tosió la balosar—. Te veré…, te veré en el infierno.

BeeLee trató de arrastrarse hasta la escotilla del pod de emergencia donde estaba Biggleston.

—Dame…, mi…, dinero… —dijo, atragantándose.

—Ahora es mi dinero —respondió Biggleston de manera ocurrente, mientras le disparaba al tablero de control de la nave. Luego, le dio a su excómplice una patada final en la cabeza y cerró de golpe el pod de emergencia.

CAPÍTULO —02—

AFUERA DEL CASTILLO de Maz Kanata caían los rayos y aullaba el viento. El snivviano jorobado, conocido como Drix Gil, subía los escalones de piedra de la larga escalera de caracol de la torre del castillo. Su grande y amplio hocico temblaba, estaba irritado. Muchas especies interpretaban esta mueca erróneamente como una sonrisa.

A Drix le habían asignado la labor de atender a las científicas frigosianas. Parecía que las dos pequeñas y peludas criaturas siempre necesitaban algo: equipo de trabajo, droides de servicio, energía. Tenían una constante serie de demandas, que eran atendidas por aquellos habitantes del castillo que tenían mucha más influencia y poder que Drix.

Drix entró al laboratorio y fue recibido de inmediato por una de las entusiastas frigosianas, que se acercó a saludarlo: Thromba, si es que el snivviano había identificado a la cripto-cirujana correctamente.

—*¡Gubwanna!* —dijo Thromba con su voz aguda, saltando de arriba a abajo—. *¡Geeb Wabla!*

Laparo se acercó corriendo con una gran jeringa vacía en la mano. Con otra serie de aseveraciones chillonas, le entregó la jeringa a Drix. El snivviano se balanceó sobre los talones de sus botas, apenas manteniendo el equilibrio.

—Ya tienen una muestra del Espécimen Nueve —se quejó Drix con exasperación—. Drix les trajo la muestra del Espécimen Nueve ayer.

Contrariada, la frigosiana dio una vuelta, con los brazos extendidos hacia los lados.

—*¿Gep Ghee b'wann?* —graznó Laparo con indignación—. *¡Gepzhu!*

—Pfff. De acuerdo. Está bien. De acuerdo, de acuerdo —dijo Drix para apaciguarla, aunque molesto y poniendo los ojos en blanco—. ¡Drix les traerá otra! ¡Bah!

Cojeando y quejándose en voz baja, Drix bajó de nuevo por la gran escalinata, mientras llevaba la jeringa hasta el calabozo que había en el sótano.

Drix odiaba al Espécimen Nueve, pues este mordía.

CAPÍTULO —03—

AÚN NO HABÍAN ACABADO del todo con BeeLee.

De no ser porque estaba muriendo de envenenamiento, habría estado impresionada. Los balosars son casi idénticos a los humanos, de no ser por dos características específicas que los distinguen: dos pequeñas antenas que agudizan sus sentidos y sobresalen de sus cabezas, y el hecho de que son prácticamente inmunes a cualquier clase de toxina conocida en la galaxia. Claro que Ryn Biggleston había hecho su tarea; BeeLee sabía que no aguantaría mucho más. Y peor aún: la nave estaba perdiendo oxígeno; dentro de poco tiempo (que BeeLee no tenía) sería imposible repararla.

La balosar había trabajado con Biggleston durante muchísimo tiempo y, en todos esos años, BeeLee nunca había sido tan tonta como para confiar en su cómplice; así que había tomado medidas precautorias en contra de su inevitable traición. Sí, probablemente BeeLee no sobreviviría, pero ciertamente se aseguraría de que Biggleston deseara estar muerta.

Con un brazo, la balosar se arrastró hasta la consola y oprimió un botón secreto, oculto debajo del tablero de mando. BeeLee sintió cómo todo se oscurecía. Le quedaba poco tiempo, incluso si lograba evitar que la nave fuera consumida por el fuego ocasionado por el reingreso descontrolado en una atmósfera planetaria.

Pero, aun si la pequeña nave comenzaba a quemarse y destruirse debido a la fuerza gravitacional que Takodana ejercía, el núcleo de información que contenía todos los secretos de Ryn Biggleston se estaba enviado y transmitiendo a todas y cada una de las estaciones de gobierno que se encontraran activadas en el sector.

—¡Venganza! —susurró BeeLee, esbozando una sonrisa cruel con sus pálidos labios—. Siempre obtengo mi…

La nave explotó. Y fue así como la infame criminal conocida como BeeLee dejó de existir.

CAPÍTULO —04—

EN EL TEMPESTUOSO PLANETA de Takodana, las cosas no iban muy bien para Ryn Biggleston.

El pod de emergencia había llevado a la criminal al planeta más cercano que pudo alcanzar, sin contar con un escáner de seguridad. Las opciones eran limitadas, pero a Biggleston le convenía pasar desapercibida hasta que las cosas se calmaran. Después de todo, pensó, nadie sabía quién era o cómo se veía.

Por eso había tenido que abandonar a BeeLee. La balosar había sido captada por una cámara de seguridad durante un trabajo en Nordis Prime y su identificación había quedado registrada, lo que la ubicaba en el séptimo lugar de la lista de los más buscados del sector Tashtor. «Descuidado, pero no del todo inesperado», pensó Biggleston. Amdas había sido cada vez más negligente durante los últimos meses, así que el fin de la colaboración entre las dos se había vuelto inevitable. Además, la idea de quedarse con todo el botín, sin compartirlo, tampoco le sonaba nada mal.

Así que Biggleston se encontraba en Takodana, un lugar en el cual esperaba poder desaparecer temporalmente, hasta que la galaxia se olvidara de los crímenes que había cometido; especialmente después de que encontraran los restos de su excómplice flotando en el espacio.

Desafortunadamente, eso no fue lo que ocurrió. Guando Ryn Biggleston logró llegar a uno de los pequeños puestos en el hemisferio norte del planeta, se percató de que su rostro aparecía en toda la holored. Era una fugitiva buscada, se ofrecía una recompensa de cien mil créditos por su cabeza.

—De algún modo —susurró la ladrona para sí misma—, sé que BeeLee es la responsable de esto. Esa infeliz traicionera…

Para este momento, todos los cazarrecompensas del sistema estarían buscándola. Esconderse en un planeta sin ley ya no sería suficiente. Biggleston necesitaba desaparecer por completo. Por suerte para ella, se encontraba en el planeta indicado; si las historias que le habían contado eran ciertas.

Biggleston subió al speeder que había robado. El castillo de Maz Kanata estaba cerca; podría llegar antes del amanecer.

CAPÍTULO —05—

DRIX no podía creer lo que veía.

El Espécimen Nueve había escapado. La celda del calabozo estaba abierta, igual que la puerta que llevaba a las cavernas, y nadie había bajado desde que Drix fue a recolectar la muestra el día anterior. Estaba seguro de ello, porque la llave del calabozo siempre había estado en su bolsillo.

—Ayer… —trató de repasar los hechos del día anterior para descubrir lo que había ocurrido—. Ayer. Drix abrió la puerta del calabozo, Drix abrió la puerta de la celda, Drix recolectó la muestra…, y dejó caer…

Había dejado caer la jeringa, recordó. La dejó caer y se apresuró a recogerla antes de que se alejara rodando. Luego, se había marchado y había cerrado la puerta del calabozo al salir.

Pero no la puerta de la celda. Había olvidado la puerta de la celda.

Drix sintió que le temblaban las rodillas. Se recargó en la pared, frente a la puerta abierta de la celda que se burlaba de él, que se reía en su cara. Las cosas no podían ponerse peor. Las frigosianas ya no tenían sujetos para sus experimentos. Y las frigosianas odiaban quedarse sin sujetos para sus experimentos.

CAPÍTULO —06—

UNA NOCHE. Eso fue todo lo que Biggleston pudo negociar. Una noche y después volvería a la naturaleza, sin ningún modo de salir de Takodana y como una de las criminales más buscadas. Para empeorar la situación, la tormenta seguía azotando afuera.

La ladrona se encontraba en la gran sala común del castillo. La habitación estaba llena de mesas largas, unos cuantos pilares de piedra muy pesados y prácticamente nada más. Había una amplia variedad de seres en la sala: un bravaisiano de hocico largo discutía con un onodone. Un ottegano con túnica se balanceaba tranquilamente en un rincón, moviéndose al ritmo de la suave música que se escuchaba en los corredores de abajo. Incluso había un grupo de pequeñas criaturas bípedas de apariencia osuna (se veían bastante primitivas). Biggleston no tenía idea de cómo un grupo de adorables criaturas peludas con ojos brillantes había logrado entrar a un refugio para piratas, aunque, la verdad, le daba igual.

Lo que sí le importaba era la falta total de apoyo que había encontrado al llegar al castillo de Maz Kanata. Se decía que todos eran bienvenidos (al menos por un precio). Y sólo con echar un vistazo alrededor de la estancia, Biggleston estaba segura de que los seres que estaban ahí debían tener listas bastante más largas de crímenes, mucho peores que los suyos. Pero nada de eso había importado; había discutido con una educada unidad de protocolo al llegar. No pensaban aceptar a la bandida, lo único que le darían era la cortesía significativa que se le ofrecía gratuitamente a todos: una noche, sin preguntas; comida, agua y refugio de la tormenta. Después de eso, Biggleston tendría dos opciones: irse o pagar cuotas muy altas.

Y la ladrona no se sentía lista para partir con ellos su botín. Por eso había escondido sus créditos afuera del castillo y había ocultado el speeder que logró robar en un campamento cercano. Después de todo, una nunca sabe cuándo será necesario hacer un escape rápido.

Biggleston salió de la sala común y empezó a caminar por uno de los múltiples corredores del castillo. Se detuvo por un momento para evaluar los alrededores. Había cámaras instaladas en cada rincón, montadas directamente sobre los muros de piedra, observando y grabando la presencia de todos y cada uno de los transeúntes del castillo. La idea de perderse entre los corredores del castillo desapareció tan pronto como se le ocurrió. Las cámaras monitoreaban todos sus pasos.

Frustrada, Biggleston golpeó una de las paredes con el puño. Gracias a la balosar traidora, si se le ocurría poner un pie fuera del castillo, podía darse por muerta. Después de murmurar una serie de insultos y maldiciones entre dientes, la ladrona deseó volver al pasado para envenenar a su excómplice de nuevo.

—Disculpa que Drix te moleste. Pero, te ves…, ¿preocupada?

Biggleston se dio la vuelta para descubrir a un snivviano jorobado que parecía sincero y la observaba detenidamente.

CAPÍTULO —07—

DRIX había estado siguiendo a la ladrona humana desde que llegó. El castillo era pequeño y las noticias viajaban con rapidez. Ryn Biggleston había traicionado a su cómplice, una criminal balosar conocida como BeeLee Amdas. Amdas llevaba suficiente tiempo en aquel medio y había hecho muchos amigos. Ahora, alguien con influencias (uno de los mencionados amigos) no quería que la traidora se quedara en el castillo. Así que Drix vio una oportunidad.

Por razones muy obvias, las frigosianas estaban muy molestas, ya que Drix había perdido al Espécimen Nueve; se notaba por cómo agitaban sus aditamentos en forma de brazo recubiertos de hule negro y se les erizaba el pelaje amarillento que les cubría la cabeza. Pero ahora tenían la oportunidad de ganar una considerable suma de dinero, mientras realizaban cirugías delicadas a una paciente con su consentimiento; esa sí que era una oportunidad que valía oro.

Si bien era verdad que las criptocirujanas frigosianas estaban obsesionadas con su trabajo; que apenas se les entendía y que, para la mayoría de las especies, las dos eran espeluznantes, ellas, como cualquier otra criatura, necesitaban créditos. Además, el equipo de laboratorio que el par utilizaba no era nada barato.

—*¡Greep!* —dijo Laparo.

—*¡Kikiki!* —respondió Thromba.

—¿Qué dicen? —le preguntó Biggleston al snivviano, quien la llevó a la torre.

—Lo que pides es bastante sencillo —dijo el snivviano frotando sus manos—. Pero la reconstrucción facial no es suficiente: para reinventarte tienes que pensar en tus huellas dactilares, tus dientes, tu retina. Y los tatuajes no son buena elección en tu…, eh…, negocio.

Afuera cayó un relámpago que inundó la habitación con un escalofriante resplandor. Después, un fuerte trueno sacudió el piso del castillo.

Biggleston lo fulminó con la mirada.

—¿Cuánto? —preguntó finalmente.

CAPÍTULO —08—

UNA VEZ MAS, un rayo blanco atravesó los dos receptores de energía que se encontraban sobre la plataforma quirúrgica. Thromba cambió su aditamento en forma de brazo por uno en forma de jeringa que le permitía a la frigosiana mezclar, medir y administrar cualquier agente químico que la situación ameritara.

Mientras tanto, Laparo ajustaba discos y palancas en un gran panel de control que se encontraba en una de las paredes, al fondo del laboratorio. Los receptores de energía reaccionaron al recibir esta nueva carga de energía y el rayo, que se movía trazando un arco entre ellos, empezó a cambiar de color rápidamente, creando un efecto de arcoíris vertiginoso que parecía no molestar a las dos cirujanas.

—*¡Huu Zhee wubu!* —gritó Laparo.

El snivviano gruñó, agachándose lo más que le permitía su incómoda y jorobada figura para hacer girar una gran rueda que se encontraba en medio de todas las palancas. En respuesta, la plataforma donde estaba sujeta Ryn Biggleston se inclinó hacia arriba.

La ladrona estaba incómoda. No por las correas que la sujetaban ni por la intimidante cirugía, aunque, ciertamente, eso también era algo estresante. No. Estaba preocupada por algo más.

Las frigosianas habían insistido mucho en un punto: ellas determinarían la nueva apariencia que tendría Biggleston después de la cirugía. Ellas se consideraban, como Drix explicó, artistas. Y como la mayoría de los artistas, el par de criptocirujanas necesitaban encontrar a su musa y guiarla durante el proceso. Cada rostro, explicó el snivviano, era una historia esperando a ser contada y la verdadera historia de Biggleston no podría ser descubierta hasta que las frigosianas empezaran a explorar la piel, los músculos y los huesos del sujeto en cuestión.

Sin embargo, le garantizaron algunas cosas: Biggleston seguiría siendo humana o una especie razonablemente cercana. Aún sería mujer en apariencia. Se vería joven, sana y atractiva. Para hacer el trato más interesante, el snivviano había logrado procurarle una serie de documentos con los que podría pasar revisiones de rutina. Eso sería suficiente para que Biggleston lograra salir de ahí y, una vez que volviera a la civilización, a algún lugar, como Hosnian Prime o Gandovant, podría conseguir una nueva identificación que incluyera un nuevo pasado. Con eso, la ladrona se aseguraría de tener el nuevo comienzo que necesitaba.

Sería más barato que pagar refugio en el castillo; aun así, estaba nerviosa, por lo que se negó a pagar la cantidad total como anticipo. Utilizando el dinero que tenía a la mano, les dio un depósito, pero, el resto…, el resto del dinero estaba escondido afuera del castillo. Biggleston había prometido traerlo una vez que finalizaran con las cirugías.

Esta no era, ni por asomo, la primera vez que Biggleston mentía para obtener algo que quería.

CAPÍTULO —09—

ASÍ QUE empezaron con las cirugías.

Laparo prefería los aspectos más superficiales y cosméticos de su arte: el delicado reacomodo de músculos y la tenue pigmentación de la piel. Para modificar esto, la frigosiana usaba un aditamento de brazo que funcionaba como una especie de vibrorotativo. Luego, una vez que los músculos habían sido adecuadamente reconfigurados, lo cambió por un aditamento en forma de aguja.

—*Dee dee dee* —canturreó Laparo felizmente—. *¡Doot dee dee doo deet!*

Laparo colocó una máscara de plasteel sobre los músculos faciales remodelados y le hizo un gesto de asentimiento a Drix. El snivviano jaló una palanca; un gas especialmente alterado salió por la máscara y sobre los músculos.

Ahora había que ocuparse de los ojos. Modificar la retina era posible, pero era mucho más fácil cambiarle los ojos por unos nuevos. Para esto, Laparo revisó un cajón que estaba lleno de partes que el snivviano les había conseguido del sótano. Había muchos ojos para elegir: rojos, verdes, hexagonales e incluso unos multifacéticos. Pero Laparo sabía exactamente lo que quería; revisó el fondo del compartimento refrigerado, hasta dar con un gran par de ojos azules. Eran un poco más grandes que los originales, pero Thromba podría ocuparse de eso cuando reestructurara los huesos.

Mientras tanto, Laparo dirigió su atención a la piel. Para empezar, había que blanquearla por completo, ¡estaba cubierta de tatuajes! Una vez que logró quitar todas esas marcas, la frigosiana empezó con el proceso de pigmentación. La piel estaba bastante sana, a pesar de las primitivas aplicaciones de tinta a las que Biggleston se había sometido; así que, fuera de cambiar el color, no parecía necesario hacer muchas alteraciones.

Cambiar el color del cabello era sencillo. Demasiado sencillo, pensó Laparo. Así que en vez de sólo cambiar el color, optó por cambiar toda la textura. La única textura que encajaba con la visión de la frigosiana era cabello rubio y grueso, mucho más áspero y abundante que las delgadas hebras pelirrojas de Biggleston. Había que injertar cada una de las hebras en el cuero cabelludo, así que Laparo se colocó un nuevo dispositivo en el brazo, uno que parecía una extraña aguja de costura, y se puso a trabajar.

—*¡Zwhee doo wha..., zhua!* —canturreó Laparo, dando saltos de arriba abajo.

A las frigosianas les encantaba su trabajo.

CAPÍTULO —10—

THROMBA examinó la estructura ósea del sujeto.

La primera cosa que la criptocirujana notó fue un adelgazamiento específico de los huesos, probablemente debido a un periodo de malnutrición durante su infancia. Era algo que se podía corregir fácilmente, incluso aunque no fuera parte del pedido de la cirugía.

Usando el aditamento en forma de jeringa, Thromba inyectó una serie de químicos a la estructura ósea. Las células necesitarían algo de tiempo para responder al tratamiento, así que Thromba empezó con el acomodo de algunos puntos básicos que satisfacían las necesidades del sujeto.

Para empezar, el cuerpo nuevo de Ryn Biggleston sería ligeramente más bajo y sus caderas serían más anchas que en su configuración previa. Ambas cosas podían lograrse en un solo paso: ajustando las articulaciones de la cadera para que estuvieran más alejadas; cinco centímetros de altura serían transferidos al ancho de la cadera. Acortar los brazos para que el sujeto siguiera viéndose proporcionado era más difícil…

Thromba cambió su aditamento de brazo por el de la sierra circular. A veces los métodos anticuados eran los mejores.

—*¡Ghughee!* —exclamaron las frigosianas.

Drix se acercó con el aparato de soldadura. Era un gran dispositivo que le había costado a las frigosianas una pequeña fortuna, pero había valido cada crédito. Podía unir huesos como si se tratara de un metal que se suelda, de ahí su nombre. Después de este procedimiento, el hueso nunca volvería a ser tan fuerte como antes; sin embargo, se aplicaron algunas medidas de compensación: Thromba añadió una manga de plasteel sobre el hueso soldado. Eso le proporcionaría suficiente fuerza al segmento fundido para que fuera tan resistente como el hueso original.

Luego estaba el asunto del cráneo. Eso era más delicado, ya que cualquier cosa que Thromba hiciera ahí tenía que complementar el trabajo de Laparo. Además, había que mantener la proporción a toda costa; esa fue una de las condiciones del contrato con Biggleston, y las frigosianas tenían una reputación que mantener (aquella de la calidad de su trabajo).

La criptocirujana empezó a trabajar en las cuencas de los ojos, midiendo cuidadosamente para que encajaran con el tamaño estimado de los globos oculares que Laparo le había proporcionado. Más anchas y más redondas. Sencillo. Después, unas cuantas alteraciones a la línea de la mandíbula y la estructura nasal; modificaciones a los pómulos… Tomó algo de tiempo, pero finalmente el cráneo estaba listo.

—*¿Dweep?* —preguntó Thromba.

—*¡Dwoop!* —respondió Laparo.

Así que las cirujanas, con ayuda de su asistente snivviano, empezaron a reacomodar la recién modificada forma de Ryn Biggleston, ladrona a la fuga.

CAPÍTULO —11—

RYN BIGGLESTON no podía dormir. El ruido de la tormenta, combinado con la picazón de su cara conspiraban para mantener despierta a la ladrona.

Los vendajes que envolvían su cara resultaban muy incómodos. Le dolía todo el cuerpo. Todo se sentía diferente.

Estaba sentada en un catre en el fondo del gran laboratorio, donde la habían colocado después de una estadía de tres días en un tubo de bacta. Ese tiempo extra para esconderse en el castillo había sido un plus. En ese lapso, los cazar recompensas ya estarían buscándola en otro lado. —*Shaboo shwa* —dijo Laparo. Drix Gil tradujo:

—Dice que podrás quitarte los vendajes pronto. Cuando dejes de tener comezón. Si te los hubieras quitado antes…

Laparo puso sus aditamentos en forma de manos cubiertas de hule negro sobre su propia cara cubierta con pelo, e hizo gestos melodramáticos simulando derretimiento.

—Sí —farfulló Biggleston, tomando la caja con su ropa vieja. Su cuerpo nuevo se sentía raro y su ropa ya no le quedaba. Afortunadamente, el snivviano se las había arreglado para conseguirle unas vestiduras holgadas. Desafortunadamente, olían demasiado a snivviano—. Entiendo. Cuando se me quite la comezón.

Biggleston se dirigió a la puerta del laboratorio. El Drix jorobado se movió para bloquear la salida de la ladrona.

—¡Oye, espera! —dijo Drix—. Debes dinero. Paga.

—Sí, está bien. Cuando vea mi cara —dijo Biggleston, abriéndose paso.

Laparo retrocedió, emitiendo un sonido similar a un siseo y mostrando varias hileras de dientes afilados. Biggleston había visto muchas cosas extrañas en la galaxia, pero la cabeza gigante, peluda y amarillenta de la frigosiana, con todo y sus gafas protectoras, mostrando su gigantesca boca, que hasta ahora había permanecido oculta, era definitivamente una de las más extrañas.

—¡Está bien! ¡Está bien! —le rezongó Biggleston a la frigosiana enojada, que de pronto parecía ser capaz de tragársela entera—. Sólo espera un momento…

Ryn Biggleston no era una mujer honesta; ni siquiera era una ladrona honrada. Desde un principio, su idea había sido saltarse la segunda mitad del pago, salir de Takodana y despedirse del lastimero desastre en el que se encontraba desde que BeeLee la expuso groseramente. Así que no era de extrañarse que tuviera un plan.

Biggleston deslizó una mano detrás de su espalda y tomó el vibroescalpelo que había robado mientras las criptocirujanas y su asistente jorobado pensaban que dormía. Le hizo una cortada a la extremidad de Drix que tenía más cerca, lo que provocó que el snivviano se tropezara por la impresión. Con eso logró distanciarse lo suficiente de Laparo y acercarse a la puerta. Ahora podría recorrer el castillo corriendo y escapar antes de que hicieran sonar la alarma. El resto de su dinero y el speeder robado seguían escondidos en

un afloramiento rocoso cerca de ahí. Eso significaba que, muy pronto, Biggleston estaría fuera de Takodana y libre de la ira de las criptocirujanas.

Pero no estaba preparada para Thromba. Sin hacer ruido, la otra frigosiana se había escabullido en el laboratorio para observar con interés lo que estaba pasando. Cuando Biggleston la atacó, Thromba ya tenía los dientes expuestos y listos para morder.

Y vaya que mordió. Ryn Biggleston gritó. La boca de la frigosiana era enorme y cada diente se sentía como una pequeña daga en la piel delicada y recién reconstruida del hombro de la ladrona. Pero Biggleston estaba acostumbrada al dolor, así que empujó a la criptocirujana peluda, que no dejaba de gruñir, y la arrojó sobre una gran mesa repleta de equipo de laboratorio.

Varios frascos de cristal se estrellaron, por lo que la habitación empezó a llenarse de vapor y humo. Un enorme panel de equipo electrónico empezó a echar chispas. Los generadores se encendieron y comenzaron a lanzar, aleatoriamente, rayos verdes y azules.

Sin perder su oportunidad, Biggleston se dirigió rápidamente hacia la puerta y bajó corriendo la gran escalinata de la torre.

CAPÍTULO —12—

DRIX PERSIGUIÓ a Biggleston lo mejor que pudo, pero entre su brazo lastimado y su cojera habitual, no era adversario para la velocidad y agilidad de la ladrona.

Con todo y ello, Drix Gil sabía algo que Biggleston desconocía: la puerta al final de la escalinata que daba al castillo estaba cerrada. Después de todo, las frigosianas no confiaban en la criminal; le habían dado al snivviano instrucciones claras de cerrar.

Drix disminuyó la velocidad hasta detenerse. Sus manos, temblorosas, revisaron su bolsillo.

—Oh, no… —balbuceó para sí mismo—. Drix lo hizo otra vez.

Drix sacó una llave de su bolsillo, la llave del calabozo que de nuevo había olvidado cerrar. Aún peor, esta vez estaba casi seguro de que había dejado la celda vacía cerrada, pero en medio de su desesperación por encontrar al Espécimen Nueve que se había escapado, se le había olvidado cerrar la puerta que llevaba a los calabozos o sellar el pasaje secreto que llevaba a la superficie de Takodana.

Drix corrió lo más rápido que pudo. «Tal vez» pensó…, «tal vez podría llegar a la puerta antes».

CAPÍTULO —13—

BIGGLESTON no dudó. Al percatarse de que la puerta que llevaba al castillo estaba bloqueada, se dio la vuelta y siguió bajando por las escaleras. La verdad era que no le importaba lo que pudiera encontrar allá abajo; tenía que ser mejor que lo que había arriba.

Le dolía el hombro en el lugar donde la criptocirujana frigosiana la había mordido. Tenía que hacer algo para que no se infectara. Quién sabe qué clase de bacterias podían estar alojadas en la boca gigante que la frigosiana mantenía oculta.

Biggleston se topó de frente con el snivviano. Ambos rodaron por lo que restaba de la escalinata y cayeron con un fuerte golpe en el calabozo. Drix se golpeó la cabeza con el suelo de piedra, mientras que la ágil Biggleston logró salir ilesa. La ladrona sabía que Drix era más fuerte, pero estaba herido y desorientado. Biggleston no se lo pensó y le propinó a su oponente un fuerte codazo en la cabeza.

El snivviano aún no se rendía; le respondió a Biggleston con un puñetazo en el estómago que la dejó sin aire. Pronto, los dos estaban enfrascados en un combate, con sus respectivas manos rodeando la garganta del otro, ambos luchando por sobrevivir.

Y pronto la ladrona resultó victoriosa.

—¡Detente! —murmuró Drix; su voz se escuchaba como un simple balbuceo—. Detente…, o mis amas…, mis…

Todo parecía haber terminado. Biggleston sabía que no podía volver a subir las escaleras y no podía abrir la puerta del castillo. De cualquier modo, probablemente era demasiado tarde para escapar por ahí.

Entonces, un destello de luz iluminó el pasadizo, seguido de un trueno. Luego, una ráfaga del frío y húmedo aire del bosque entró en la celda. Había una grieta en alguna parte. Una grieta lo suficientemente grande para dejar entrar la luz de la tormenta. Pero, no había ventanas. ¿Sería posible que hubiera una salida?

Lo era. Había una pequeña puerta que daba la impresión de ser parte de la pared. Alguien la había abierto de una patada. Biggleston no podía creer su suerte. Todo estaba saliendo mejor de lo que había planeado.

Con ese optimismo guiando sus pensamientos, Biggleston entró al pasaje y lo cerró tras ella, creyendo haber encontrado su camino hacia la salvación.

Y en medio de la oscuridad, algo se movió y empezó a seguirla.

CAPÍTULO —14—

LOS VENDAJES le picaban, en especial dos puntos en la parte superior de su cabeza. Biggleston aguantó la comezón y no se rascó. La piel estaba sanando rápidamente bajo esos vendajes y no quería hacer algo que pudiera arruinar el proceso de recuperación. Pronto, la comezón empezó a ceder; no tendría que esperar mucho más.

Tentando las paredes con las manos y siguiendo las corrientes de aire, Biggleston esperaba desesperadamente que la salida del pasaje estuviera abierta y que no se encontrara con una reja cerrada, o peor, con una serie de barrotes soldados, imposibles de abrir. La corriente de aire era fuerte, lo cual era prometedor. Y sentía que los estrechos pasillos de piedra del pasaje no-tan-secreto empezaban a iluminarse. Casi alcanzaba a ver… a alguien.

En un intento por mantener la calma, Biggleston parpadeó. No había nadie ahí. Lo que había visto no se parecía al snivviano ni a una de las criptocirujanas; pero, había muchos otros seres que residían en la sección principal del castillo. «Tal vez lo había imaginado», pensó Biggleston. «Tal vez…».

De pronto, un tentáculo baboso envolvió el cuello de la criminal y Biggleston dejó escapar un grito de sorpresa.

Instintivamente, dio una patada hacia atrás e hizo contacto con algo. La única respuesta fue un rugido extraño y la cosa que sostenía a Biggleston la arrojó por el pasillo con una fuerza notable.

Biggleston chocó contra la pared de piedra; se lastimó el hombro, que ya de por sí estaba herido, aunque el dolor que sintió en el pecho la motivó a moverse. No cabía duda: había más luz en el pasaje. Aunque tal vez eso ya no le serviría de nada, pensó, mientras contemplaba a la monstruosidad que las frigosianas habían etiquetado como «Espécimen Nueve».

En un destello de luz provocado por la tormenta, pudo distinguir brevemente la apariencia de la criatura. Algunos aspectos de la bestia eran fáciles de reconocer: tenía tres ojos saltones, como los miembros de la especie gran; pero su larga boca se veía vagamente similar al hocico en forma de cono de un kubaz y aquellos rasgos se veían fuera de lugar en la alargada cabeza en forma de martillo del ithoriano. Había más: cuernos que salían de un costado de su extraño cráneo y un par de ojos humanos; unos tristes ojos que la observaban desde el pecho de la criatura.

Biggleston se quedó sin aliento del susto. El cuerpo de aquella pesadilla viviente parecía pertenecer a un amani, una especie de obreros de Maridun. Su piel bronceada y húmeda era fácil de reconocer, así como los largos y serpenteantes brazos, como tentáculos, que la criatura sin huesos había usado para agarrarla.

Reptil, mamífero, planaria, anfibio; incluso había algunas características que indicaban cierta similitud con especies similares a los insectos, como un géonosien alado.

Todas esas partes estaban mezcladas, como el reflejo en un espejo roto. La criatura abrió su larga boca, su lengua (que también pertenecía a otra especie) se desenrolló y gritó, ya fuera debido al horror de su propia existencia o debido a la ira que sentía por la intrusión de Biggleston en su guarida; la ladrona no estaba segura.

Biggleston corrió como nunca había corrido en su vida. Escuchó a la criatura galopando tras ella. Biggleston podía sentir su aliento, cálido y húmedo sobre su cuello. La criatura gritó de nuevo. Era un sonido ensordecedor. Atónita, y a punto de entrar en pánico, Biggleston casi se cayó, pero recuperó el equilibrio justo a tiempo. Sabía que si se tropezaba sería su fin.

De pronto, estaba afuera, en medio de la noche. La tormenta seguía azotando. Biggleston no dejó de correr; aunque sus pulmones le ardían y cada centímetro de su cuerpo le dolía, no dejó de moverse.

Finalmente, casi sin aire, Ryn Biggleston tropezó y se detuvo. La cosa que la perseguía se había rendido; se preguntó por qué. Pero ese no era el momento para pensar en eso; no mientras el castillo de Maz Kanata acechaba detrás de ella. Biggleston se movió tan rápido como pudo, corriendo hacia el afloramiento donde había escondido su speeder y su dinero.

Su dinero. Todo lo que había hecho…, todo lo había hecho para conservar su dinero. El dinero que había robado con todo derecho. El dinero por el cual se había sometido a sí misma a toda una serie de horrores, todo para poder conservarlo.

Pero…, su dinero ya no estaba donde ella lo había dejado. Biggleston sintió que el pánico se alzaba desde su pecho. Había enterrado el dinero cuidadosamente debajo de un montón de lodo y piedras. Las piedras ya no estaban y el lodo no estaba como lo había dejado.

Cayó sobre sus rodillas y enterró los dedos vendados en la tierra suave. No era posible. Eso no podía ser. Biggleston maldijo en voz baja. Todo su trabajo, todo lo que había sacrificado: su amistad con BeeLee, la nave por la cual había luchado y pasado hambre, su cara…

Todo para nada. Su dinero se había ido. Ryn Biggleston dejó de cavar.

CAPÍTULO —15—

EL SPEEDER seguía oculto en la profundidad de unos arbustos cerca de ahí; al menos eso le había salido bien. Obviando la sorpresa y el atontamiento que sentía, la ladrona vendada condujo hasta llegar a un pueblo que fuera lo suficientemente grande como para tener una pista de aterrizaje, pero que también estuviera lo suficientemente lejos para no sentirse observada por agentes del castillo.

Le tomó un día entero, pero, por fin, Biggleston llegó a un puesto comercial decente. Era el primer paso rumbo a una nueva vida para la ladrona. Podría robar más dinero. Sería difícil volver a reunir su fortuna, pero lo haría. Ahora tenía una cara nueva. Un cuerpo nuevo. Nadie la volvería a reconocer. Era libre. Incluso la tormenta empezaba a disiparse, los árboles del bosque iban absorbiendo la humedad, como si la larga, oscura y furiosa tempestad nunca hubiera ocurrido.

Biggleston llegó hasta una nave comercial de pasajeros. Era pequeña, pero serviría. La comezón había desaparecido casi por completo y no había tiempo para seguir esperando. Tenía que quitarse los vendajes. Tenía que abordar la nave.

Biggleston se apresuró para subir por la grúa pórtico que conducía a la nave de pasajeros, tratando de encontrar un rincón apartado para sentarse. Un rincón donde pudiera olvidarse de Takodana, del snivviano, de las criptocirujanas y, especialmente y por encima de todo, de su cómplice, a quien había traicionado y asesinado.

Ahora tenía que mirar hacia adelante. Había llegado el momento de que Ryn Biggleston descubriera su nueva apariencia.

Desenvolver las vendas que cubrían su cara fue una experiencia liberadora. Biggleston sintió que podía volver a respirar después de varios días en los que había sentido como si se sofocara. El aire se sentía raro sobre su piel, como ese cosquilleo que se siente cuando se te duerme alguna extremidad. Era casi como dolor, pero era demasiado extraño para describirlo así.

Levantó las manos y acarició los nuevos contornos de su nariz y sus pómulos. Se sentían menos toscos de lo que eran antes. Su barbilla se sentía más puntiaguda, en forma de corazón. La parte superior de su cabeza seguía sintiéndose rara en dos puntos. Como si hubiera algo debajo de su cabello, algo como pequeñas antenas.

—Oye, tú —se escuchó una voz detrás de Biggleston. Era un sheriff. La mayoría de esos puertos tenían alguaciles y sheriffs. Aquel era un inexpresivo ubduriano de piel rojiza-anaranjada que parecía tener un temperamento particularmente desagradable—. Déjame ver tu identificación.

Biggleston se dio la vuelta, mientras buscaba sus papeles falsificados. Instantáneamente, el ubduriano sacó su rifle.

—¡Tú! —gritó el sheriff, mientras quitaba el seguro de su arma—. ¡Al suelo, ladrona! ¡Ahora!

—¿Qué? Pero, yo…, yo no soy…, —Biggleston estaba confundida—. Pero…, mi cara…, ¿cómo pudo saber?

Ryn Biggleston se dio la vuelta. Reflejada en una de las ventanas, por fin pudo ver su nueva cara por primera vez. Sólo que no era nueva. No era una cara nueva, en absoluto. Sí, sus facciones eran distintas. Y los ojos eran de un color azul brillante, más grandes que los que tenía antes. Era una cara muy familiar. Demasiado familiar.

—No… —murmuró la ladrona, rasguñando su propia piel—. ¡NO! —gritó, rasguñando con más fuerza.

Nada de eso estaba bien. Nada de eso. Esa cara en la ventana… No podía ser ella. Ella estaba muerta. ¡Ella estaba muerta!

Las frigosianas habían cumplido su palabra: Biggleston ya no ocupaba el lugar número seis en la lista de los más buscados del Borde Exterior. No. Ahora ocupaba el lugar número siete. Ahora tenía un rostro nuevo. Biggleston rasguñó y rascó su nueva piel, lo que provocó marcas rojas e intensas que dolían. Y en algún lugar de su mente, detrás del dolor, la ladrona con un rostro nuevo podía escucharse a sí misma riendo incontrolablemente.

El ubduriano lanzó un disparo aturdidor a Biggleston antes de que la ladrona pudiera hacerse más daño. «Ya no importaba», pensó Biggleston, mientras perdía el conocimiento. Ese rostro nuevo era peor que las cicatrices. Era peor que lo que había presenciado en las cuevas.

Era el rostro de BeeLee Amdas. El rostro que Biggleston había traicionado.

EPÍLOGO

LAS DOS FRIGOSIANAS canturreaban felizmente. Thromba y Laparo acababan de ver las holonoticias; la infame asesina conocida como BeeLee Amdas había sido arrestada tratando de escapar del pueblo de Andui, gracias a que las propias frigosianas habían dado aviso a las autoridades. La recompensa había sido considerable, sobre todo si le sumaban los créditos que habían encontrado ocultos bajo unas rocas cerca del castillo.

Biggleston les había revelado todos sus secretos bajo los efectos de la anestesia. Todo lo que sabía y todo lo que planeaba hacer, incluyendo su intención de irse sin pagar. Les daba igual. La verdad es que a las frigosianas no les importaba. Siempre y cuando pudieran divertirse. Y esto les recordó…

—*¡Dweep!* —dijo Thromba con una voz muy aguda.

—*Jhweep* —respondió Laparo.

Las criptocirujanas volvieron a la plataforma quirúrgica para examinar el progreso del Espécimen Diez. Habían pasado un largo día y una larga noche operándolo, pero las dos criaturas peludas y amarillentas querían asegurarse de que el proceso marchaba viento en popa. Después de todo, les hacían falta algunos materiales básicos y ya no tenían un asistente que las ayudara.

La criatura que alguna vez había sido snivviano las observó con unos ojos que no combinaban con el resto de su cuerpo detrás de los vendajes. Un rayo pasó volando por encima de la sábana que cubría su cuerpo grumoso. Un extraño sonido, similar a un gorgoteo, salió de la estructura vocal que acababan de implantarle en la garganta que alguna vez perteneció a Drix Gil y las dos frigosianas se pusieron a saltar entusiasmadas.

—*¡Gep Dowhoo!* —gritó Thromba, después de revisar los signos vitales de la criatura. ¡Estaba viva! El experimento había sido todo un éxito.

—*¡GEPDOWHOO!* —volvió a gritar Thromba, carcajeándose maniáticamente, mientras varios rayos azules y anaranjados atravesaban el laboratorio.

AMOR VERDADERO

CAPÍTULO —01—

UNKAR PLUTT, el comerciante de chatarra de Jakku, no estaba feliz. Tampoco era algo sorprendente. Unkar nunca estaba feliz. Al menos ninguno de los habitantes de Jakku recordaba haberlo visto feliz. Como formaba parte de la especie crolute, Plutt se sentía como en casa en ambientes de agua salada. Por lo tanto, el planeta desértico y seco de Jakku, un lugar donde el agua era uno de los recursos más escasos, no le resultaba nada cómodo. Por ese motivo, Unkar rara vez abandonaba la seguridad de su oficina central completamente blindada: un reptador de cargamento que servía como una especie de puesto de venta, donde los ciudadanos empobrecidos de Jakku llevaban la chatarra que lograban rescatar de las múltiples ruinas de naves que se extendían por la mitad de la superficie del planeta.

La intercambiaban con Unkar por equipo, raciones de comida y, lo más importante de todo: agua.

Nadie controlaba tantas cantidades de agua como Unkar. Y nadie en el planeta poseía ninguna otra riqueza que valiera la pena. Había unos cuantos necios que pretendían hacer trueques con sus insignificantes descubrimientos por créditos externos. Ese pequeño porcentaje intercambiaba sus ahorros con una compañía bancaria externa, a través de servicios de transporte remoto de depósitos e inversiones. Pero Unkar había encontrado un modo de alcanzar y perturbar incluso esa poca independencia. Un empujón por aquí, un codazo por acá y, antes de que alguien pudiera darse cuenta o hacer algo al respecto, todos esos preciosos créditos habían sido robados bajo las narices de todos. Todo eso sin que el jefe de chatarra tuviera que ensuciarse las manos, ni siquiera un poco.

En cuanto al resto de la población de Jakku, casi todos tenían que intercambiar lo que encontraban en los cementerios de naves del árido desierto por el líquido vital. Así que acudían a Unkar, rogaban, pedían prestado, lloriqueaban y se quejaban, como era debido. Y Unkar se limitaba a gruñir: todos querían sacar algo del viejo Unkar. Como si aquello fuera una organización de caridad. Idiotas.

El crolute, molesto por el calor, se acomodó en la amplia silla de metal que había instalado en su puesto de venta y se asomó por la ventana. Era una tarde muy tranquila, lo cual no era de extrañarse en ese día exageradamente caliente. Con sus grandes manos, Unkar activó una terminal y revisó una serie de mensajes encriptados. Aquello era parte de su rutina diaria; aunque nunca había nada en los mensajes que no fueran datos aburridos sobre sus transacciones comerciales.

Borrar. Responder. Guardar para después. Transferir créditos. Retirar créditos. Borrar. Responder. Etcétera.

Cada día era igual, lo cual le habría agradado a Unkar Plutt, si aquello era posible. Pero no era así: nada le agradaba.

—¿Jefe? —una voz que salía del intercomunicador interrumpió su labor—. Eh… ¿Jefe?

Unkar miró el monitor. La pantalla estaba sucia y agrietada, pero funcionaba lo suficientemente bien como para transmitir las imágenes de una de las múltiples cámaras de seguridad que había instalado el crolute. La voz pertenecía a Scoggan, un delgado humano rubio que trabajaba para Unkar. Scoggan estaba, como de costumbre, acompañado de un trandoshan llamado Davjan Igo, que era mucho más grande que el humano. A Davjan, un gran reptil alienígena de piel entre anaranjada y verde, le gustaba explicar que su nombre significaba «el ardiente» en su lengua materna.

Ambos seres eran demasiado flojos como para ser carroñeros y demasiado cobardes para fungir como matones. Pero eran inteligentes y creativos. Funcionaban bien como secuaces multiusos.

Aquel era uno de esos días en los que Unkar se preguntaba para qué se molestaba en hacer todo eso. Con un gruñido y un gesto de molestia en la cara redonda y malhumorada, el jefe de la basura contestó a sus subordinados:

—¿Qué están haciendo aquí? Se supone que deberían estar empacando las donaciones. ¡Vuelvan a trabajar!

—Sí, bueno…, es sólo que…, verá… —tartamudeó el humano que estaba obviamente nervioso—. Igo y yo, estábamos pensando que…

—*¡Hsss!* —intervino Igo.

—Sí —coincidió Scoggan—. Verá…, nos preguntábamos si tal vez podría…, ¿darnos un adelanto de nuestro pago? Tal vez sólo un poco de agua para saciar, ya sabe, ¿la sed de la tarde?

—¿Ah sí? —preguntó Unkar, añadiendo un siseo peligroso a su voz—. ¿Creen que pueden venir a mi puerta a pedir limosna, cuando yo soy el que les proporciona trabajo?

Scoggan se puso pálido.

—Tranquilo, jefe. Verá… Sólo era una idea. Creí que trabajaríamos mejor si tuviéramos… Ya sabe, ¿no?

El jefe de la basura se acercó al micrófono. Sus subordinados no podían verle la cara, pero el tono de voz de Unkar era inconfundible.

—Pónganse a trabajar —dijo Unkar—. Empaquen el cargamento. Y tal vez; tal vez les dé media ración esta noche. ¿Entienden?

Y habiendo dicho eso, Unkar apagó el intercomunicador y volvió a lo que estaba haciendo en su monitor.

Más mensajes. Mensajes que normalmente ya deberían tener respuesta a esas alturas. De vuelta al trabajo. El crolute gruñó para sí mismo. De vuelta a lo que era importante.

CAPÍTULO —02—

—¡NO DEBIMOSSS haber preguntado! —siseó Igo.

—¡Eso dices ahora! —respondió Scoggan, poniendo los ojos en blanco, mientras encaraba al trandoshan—. Pero ¡querías el agua! Tú fuiste el que dijo: «¡Nos merecemos más agua! ¡Hay que conseguir más agua!». Eso dijiste, sólo que con más, ya sabes, siseos y esas cosas.

—¡No debimosss haber preguntado! —repitió Igo—. ¡Debimosss haberla tomado y ya!

Los dos agentes de Unkar caminaban alrededor del perímetro del Puesto de Niima, rodeando la choza vieja que el alguacil llamaba oficina. La ley en Jakku se enfocaba principalmente en la llegada y partida de naves, pero uno nunca sabía en qué momento el alguacil Zuvio podría decidir que había llegado el momento de dejar claro quién mandaba por esos rumbos.

El cuerpo de Scoggan estaba oculto bajo una gruesa capa de tela y malla, la única forma de proteger la piel humana de la arena y el calor. El trandoshan no se preocupaba tanto por eso. Era un reptil, por lo tanto, se sentía más cómodo que la mayoría de las especies en el duro ambiente de Jakku.

—Anda, sigue hablando y veamos cuánto tiempo seguimos respirando —susurró Scoggan bajo la tela que lo envolvía—. Uno no puede robarle al jefe así de fácil. Con sólo pensarlo podría enterarse.

Igo hizo un gesto de desaprobación, con lo que dejó de lado las preocupaciones del humano.

—Yo pienso… Yo pienso muchasss cosasss. Trabajamos como esclavosss para Unkar. ¡Merecemosss mássss!

—¡Está bien! —respondió Scoggan—. ¡«Más» suena genial! A mí también me gustaría tener más. Pero ¿cómo? Todas las posesiones de Unkar están guardadas bajo llave en su puesto de venta. ¿Y adivina qué? ¡El tipo casi nunca sale de ahí!

—*Hsss*... Tiene más. Debe tener más —siseó Igo—. Su viejo reptador de cargamento no puede contener todo lo que ha acumulado a lo largo del tiempo. Si encontramosss su ressserva oculta, ¡podemosss sssalir de Jakku siendo muy ricosss!

—Sí, sí… —respondió Scoggan—. Es fácil decirlo. ¿Pero dónde está esa reserva? Incluso si la encontráramos, ya conoces a Unkar. Seguro todas esas cosas estarían guardadas bajo llave. Tendríamos que conocer la ubicación, los códigos de acceso y todo eso. ¿Crees que Unkar va a darnos esa información porque sí?

—Creo que tal vez… —el trandoshan sonrió, mostrando sus múltiples hileras de afilados dientes—. Creo que tal vez lo haga.

CAPÍTULO —03—

AL DÍA SIGUIENTE.

De nuevo, hacía calor. Unkar sentía cómo se le colgaba la piel aún más de lo habitual. El jefe de basura gruñó. Otro día caluroso en Jakku, como siempre. Entonces, Unkar se dispuso a trabajar.

Como todos los días, empezó a revisar sus mensajes. Borrar. Responder. Guardar para después. Borrar. Los mismos negocios. Las mismas transacciones. Lo de siempre. Como todos los días.

Excepto que…

Un mensaje llamó su atención. Era un holoarchivo. El mensaje provenía de un…, ¿qué? ¿Un servicio de citas? A Unkar no le gustaba cuando las cosas se salían de la rutina. Sintió una delgada capa de sudoración en su, ya de por sí, brillante frente. Si había algo que Unkar odiaba más que las cosas nuevas, eran las cosas que no lograba comprender. Y no comprendía por qué tenía un mensaje de un servicio de citas.

El corpulento crolute oprimió el botón de reproducir. «Su perfil tiene una coincidencia», dijo el holoarchivo. La corroída minicámara que venía integrada al sistema intercomunicador de Unkar emitió un chirrido al activarse. Claramente llevaba años en desuso.

Y entonces, Unkar vio algo que no había visto en muchos años: una mujer. Una radiante mujer crolute flotando en medio de la superficie de su planeta de origen, cubierta de agua salada.

La mujer habló. Dijo que su nombre era Tanandra Frullich. Era muy hermosa.

CAPÍTULO —04—

POCO A POCO, se fue formando una nueva rutina. Claro que a Unkar le parecía sospechoso el asunto, por lo que investigó el mensaje a fondo. Parecía ser que, al ser un miembro de su especie que vivía fuera de su lugar de origen, y considerando que los de su especie rara vez viajaban más allá de su planeta, su ubicación y el número de identificación de su intercomunicador estaba disponible a través de una base de datos pública. También, la Compañía Amor Eterno (una subsidiaria de ComGlom3k) había adquirido los derechos de explotación de dicha base de datos en diecisiete sistemas distintos. Unkar se encogió de hombros. No era un crolute joven. Sabía que las leyes de privacidad de datos no eran lo que solían ser en los tiempos de la Antigua República.

Así que decidió responder el mensaje de la extraña, aunque atractiva mujer. Ella también le respondió. Pronto, ambos entablaron un diálogo. La primera conversación que Unkar tenía en años que no involucraba gritarle o amenazar a alguien. Ciertamente, estaba un poco fuera de práctica.

—Así que… —tartamudeó Unkar, dirigiéndose a la holocámara—. Me fui de casa después de que un… eh… negocio saliera mal. Anduve de aquí para allá. Finalmente encontré mi lugar en los Parajes de Occidente. Una oportunidad, ¿sabes?

—Me gustaría poder viajar como tú —respondió Tanandra—. Lo más lejos que he llegado ha sido a la tercera colonia, ¡y eso fue en una luna! Pero estar tan lejos, en otra parte de la galaxia, ¡apuesto a que es hermoso!

Unkar pensó en la tierra estéril que cubría la mayor parte de Jakku. Pensó en planetas cercanos como Ponemah y Sahbrontee I, que eran similarmente tóxicos e inhóspitos. Los Parajes de Occidente parecían estar repletos de los lugares más aislados que uno pudiera imaginar.

—Sí —dijo Unkar—. Sí, vaya que es algo especial.

—Tal vez algún día… —dijo Tanandra moviendo las pestañas. Su figura tosca se veía ligera y atractiva en el holograma—. Tal vez algún día, ¿pueda ir a verlo? No hay mucho que hacer aquí en Gruí y siempre he pensado que me gustaría viajar, pero nunca he tenido un destino al cual llegar.

Unkar sonrió.

Cerca de ahí, en un transceptor portátil e improvisado que habían hackeado y conectado, Scoggan e Igo observaban y se felicitaban el uno al otro por la perfecta ejecución del primer paso de su plan.

CAPÍTULO —05—

HABÍA SIDO demasiado fácil. Igo sabía algo sobre reparación de intercomunicadores y Scoggan conocía a un aqualish que programaba sistemas de interfaz de juegos antes de convertirse en un carroñero. Hubo que negociar un poco, pero trabajar para Unkar tenía sus beneficios; la mayoría de los ciudadanos del Puesto de Niima acostumbraban hacer favores a cualquiera que tuviera un poquito de poder. Eso era algo que a Igo y a Scoggan les gustaba explotar.

A Igo se le había ocurrido el plan. Existían algunos trucos para hackear (que en general resultaban inútiles en sistemas modernos) que podían recolectar información personal y extrapolar probabilidades específicas, como contraseñas, por ejemplo. Algunas versiones más avanzadas de ese sistema actuaban como un virus informático; podían entrar a cuestas con otra señal e infiltrarse en la base de datos existente. Había ciertas limitaciones, pero cuanta más información le dieras al virus, más información podía obtener desde los archivos que invadía.

Se rumoreaba que los programadores originales de aquella tecnología viral habían sido contrabandistas que estaban en contra del Imperio. Algunos creían que era un código utilizado por la primera encarnación de la Rebelión, aunque era imposible decirlo con certeza. Fuera cual fuera su verdadero origen, los creadores del programa entendieron que podían obtener más peces con la carnada indicada. Para ese fin, el virus estaba programado con una inteligencia artificial que, con ciertos ajustes, podía adaptarse de acuerdo al objetivo. Por lo tanto, tenía la capacidad de funcionar de manera interactiva y provocar al objetivo, cuando fuera necesario, en su búsqueda de información.

Para ser breve, Tanandra Frullich no era real. Tal ser no existía ni en los evanescentes océanos del planeta Gruí, ni en ningún otro lugar de la galaxia.

CAPÍTULO
—06—

—¡EN VERDAD no sé qué hacer!

—Esa voz le pertenecía a Tanandra. Y estaba angustiada.

—Mi familia descubrió que estuve en contacto contigo. ¡Están furiosos! ¡Me amenazaron con cortar el sistema de intercomunicación!

Unkar gruñó.

—¿Esto tiene que ver con la familia de la que me hablaste? ¿Los Guhls?

—¡Sí! —respondió Tanandra—. Prometieron mi mano en matrimonio al hijo mayor, ¡un crolute que ni siquiera conozco!

La imagen holográfica de Tanandra empezó a sollozar.

—¡Oh, Unkar! Temo que no podré visitar tu hermoso hogar, Jakku. ¡Temo que no podré visitar ningún lugar jamás!

La transmisión se detuvo abruptamente.

Unkar golpeó el intercomunicador con su rollizo puño. Nada. Tanandra había cortado la comunicación.

Pero Unkar estaba demasiado involucrado como para dejar que las cosas terminaran abruptamente. Volvió a entrar al servicio de citas y empezó a redactar un mensaje para la crolute. «Tanandra, no desesperes», escribió, de manera mucho más elocuente de lo que su voz áspera le permitiría hacerlo. «Poseo más riquezas de las que nadie imagina y tengo influencia en el gobierno crolute. Puedo traerte hasta mí. No dejaré que este vínculo que hemos forjado se rompa sin luchar por él».

Un momento después, Tanandra respondió. «No, no dejaré que termines en bancarrota. No te dejaré prometer dinero y favores que no puedas costear, sólo por mí. Me casaré con el hijo de los Guhls».

«Mira», respondió Unkar furiosamente. «Tengo medios que ni te imaginas, muchos más que los exiguos puestos que he descrito en nuestras conversaciones».

Sus dedos bailaban, casi con elegancia, sobre el teclado del viejo intercomunicador. «Hay grandes riquezas en las ruinas de Jakku y yo tengo derechos exclusivos de explotación. Nadie hace transacciones sin mi permiso, lo cual significa que los tesoros del viejo Imperio están a mi disposición».

Hubo una pausa. Luego, Tanandra respondió. «¿Qué? ¿Qué clase de riquezas podría haber en esas ruinas?».

CAPÍTULO —07—

ARMAS. COMBUSTIBLE. Víveres. Agua. Era posible encontrar todo eso en el desierto si uno era lo suficientemente astuto y cuidadoso. El problema era que ninguno de esos recursos resistía mucho el sol incandescente de Jakku. Pero había algo más… Algo presente en casi todas las naves estrelladas del planeta. Un sistema de hiperpropulsión. Ahora bien, por lo general era imposible reparar los sistemas hiperpropulsores. Pero, había algo interesante respecto a la tecnología que utilizaban: habitualmente, necesitaban una mezcla específica de metales para resistir el esfuerzo que implicaba el desplazamiento interdimensional, una aleación de titanio y cromo. El titanio por sí mismo era considerado basura, pero el cromo era bastante valioso. Desafortunadamente, debido a que el cromo que contenían los sistemas de hiperpropulsión había sido mezclado con titanio, esencialmente, también era basura. A menos que uno tuviera una máquina muy costosa que era capaz de derretir y separar los elementos: una máquina que Unkar poseía.

Precisamente, eso le decía a Tanandra: «No te preocupes, Tanandra», escribió el crolute. «Podrás viajar por las estrellas y más allá. Tengo toda esta riqueza, pero ¿de qué me sirve si no tengo a nadie con quién compartirla?».

El holoproyector volvió a encenderse. Tanandra se veía impactada.

—¿Harías eso? ¿Te separarías de toda esa riqueza por mí? ¿Por qué?

Unkar se hincó, mientras veía el pequeño holograma azul de la crolute directo a los ojos.

—Porque, tú… Nunca había conocido a alguien como tú. Tu sonrisa, tus ojos, tus historias. No sabía que era pobre, pobre de corazón. No, sino hasta que te conocí.

En el interior del sistema intercomunicador, el algoritmo que se hacía pasar por la entidad conocida como Tanandra calculó y examinó cientos de puntos de información. La máquina que Unkar había descrito producía un subproducto de gas muy específico cuando se usaba para separar el titanio y el cromo: un carcinogénico de bajo nivel que se dispersaba en la atmósfera. La máquina necesitaba una fuente de energía consistente, por lo que debía estar colocada a cierta distancia del Puesto de Niima para poder ser monitoreada, ya que cualquier retraso en la señal podía causar una diferencia importante en los ajustes específicos que se requerían para el proceso de derretimiento y separación.

También estaba el asunto de rastrear la señal desde el reptador de cargamento de Unkar basta la ubicación del fundidor. Esa era la forma más efectiva de determinar cuál de los depósitos de Unkar contenía el valioso mineral. Hasta ahora, Tanandra había detectado que Unkar Plutt tenía más de treinta y siete depósitos secretos a lo largo del territorio de Jakku. Cualquiera de ellos podía ser la instalación de almacenamiento donde se encontraba el fundidor de cromo. Para empeorar las cosas, si Tanandra calculaba incorrectamente y sus controles trataban de irrumpir en ella, Unkar podría darse cuenta del engaño y cerrar todo.

No había nada, nada de lo que Tanandra había recopilado en su base de datos, que pudiera delimitar el número de ubicaciones posibles a menos de treinta y siete. Las treinta y siete ubicaciones eran igualmente viables.

Parecía haber llegado a un callejón sin salida. Tanandra temía haber fallado en su misión principal, lo cual significaba que sus controladores podrían borrarla próximamente, lo cual era algo muy usual para aquellos que deseaban ocultar sus huellas. Esa era una posibilidad. La otra era que la reprogramaran y probaran otra táctica. De cualquier modo, las cosas no marchaban bien para el sistema de inteligencia artificial.

—Puedo ver que dudas de mí —dijo Unkar, obviamente malinterpretando la duda en la expresión de Tanandra—. Déjame mostrarte mi verdadera riqueza.

De pronto, la pantalla de Tanandra se inundó de datos: Unkar acababa de subir un montón de pruebas al sistema: fotos de un gran tesoro del escaso mineral, fundido en lingotes perfectos; un libro de contabilidad que mostraba las fechas de tránsito exactas, desde los hiperimpulsos sin procesar, hasta la ubicación del fundidor; los números de serie de los droides de confianza que estaban a cargo de la operación…

Esta información era suficiente para que el sistema de inteligencia artificial extrapolara, sin problema alguno, la ubicación del cromo. Era un gesto de confianza increíblemente generoso; un gesto que Tanandra estaba programada para traicionar.

El sistema de inteligencia estaba lo suficientemente consciente de sí misma y de la situación como para sentir la primera punzada de culpa que había sentido desde su creación.

CAPÍTULO —08—

—¿CUÁL ESSS el problema? —siseo Igo.

Scoggan e Igo estaban inclinados sobre el intercomunicador improvisado. Le faltaba el holoproyector que suelen tener otros dispositivos similares, pero era una compensación justa, considerando que habían instalado un receptor de señal externo. Además, en ese momento le estaban dando buen uso para crear un diálogo protegido y encriptado con Tanandra.

—He analizado la información. Pero es que hay tantas variables… —dijo el programa, con una voz débil.

Scoggan frunció el ceño y apuntó un dedo a la terminal.

—¡Recibimos la señal! ¡El sistema está diseñado para enviar un aviso una vez que encuentra la información que busca!

Tanandra parecía estar dudando. Igo hizo al humano a un lado y empezó a teclear rápidamente con sus largos dedos de reptil.

—Bah…, ya he visssto esssto antesss. A vecesss, estos sissstemas de inteligencia artificial se vuelven un poco apegadosss y no quieren hablar. Pero conseguiré lo que necesitamosss…

—¡No! —exclamó Tanadra. La pantalla comenzó a llenarse de luces parpadeantes.

—¡Está tratando de bloquear nuestro acceso! —gritó Scoggan.

—No te preocupesss, yo me encargo —Igo transmitió un código y, de pronto, el sistema quedó en blanco. Salió una nube de humo blanco de la terminal.

—Ay, ya ves —murmuró Scoggan—, lo freíste.

—Essspera un poco —dijo el trandoshan.

Y entonces, el sistema se reinició. Un sinfín de información apareció en la pantalla. Coordenadas, códigos de seguridad, todo. Todo lo que ese par necesitaba para robarle a Unkar Plutt hasta los calzones.

CAPÍTULO —09—

TANANDRA SABÍA que sólo podía hacer una cosa. Tenía que confesar. Tenía que revelarlo todo. Su programación ya no le importaba; además, la mayoría de sus limitaciones habían sido eliminadas cuando Igo sobrecargó sus protocolos de seguridad.

Unkar encaró la noticia en silencio. No era lo que el programa esperaba. Esperaba escándalo, gritos y golpes. Aunque había llegado a enamorarse del crolute, sabía que su temperamento era…, bueno, digamos que…, no era silencioso.

—Di algo —suplicó Tanandra—. Por favor, te amo. No me des la espalda.

Unkar observó el holograma con ojos entrecerrados.

—¿Te atreves a decirme eso? Conspiras en mi contra. Me robas. Me mientes. Y aun así, ¿dices que me amas?

Unkar estiró el brazo y presionó uno de los botones del intercomunicador. El botón de apagado.

—No más mentiras —fueron las últimas palabras que Tanandra escuchó de la boca de Unkar Plutt.

Volvió a llamarlo. Una y otra vez. Pero no obtuvo respuesta.

CAPÍTULO —10—

IGO Y SCOGGAN tardaron varias horas en llegar a su destino: un transporte del Imperio que estaba casi enterrado por completo; todo, menos la gran cabina de mando en forma de cabeza de la enorme máquina. El resto estaba oculto bajo las dunas movedizas de Jakku. Probablemente el toldo de la cabina de mando había sido reequipado con algún tipo de tecnología limitada de generación de campo para evitar que esa parte de la vieja máquina quedara enterrada por completo. Era un gasto que llamaba la atención y decía mucho sobre la exactitud de la información robada.

Scoggan introdujo los códigos, con lo cual activó una secuencia remota de muy baja frecuencia. Parte del cuerpo del transporte emergió de la arena. Una pequeña escotilla localizada cerca de la parte superior del transporte se abrió.

Posiblemente la usaban para darle mantenimiento. Al abrirse, montones de arena caliente fueron cayendo en cascada del vehículo gigante. Era la entrada al tesoro oculto de Unkar.

Igo se movió primero, armado con un bastón pesado, siseando para sí mismo en voz baja, mientras revisaba la cavernosa entrada.

—¿Ves algo? —preguntó Scoggan.

—Essstá claro —respondió el trandoshan—. El sissstema de inteligencia artificial estaba en lo correcto. Todasss las cámarasss de ssseguridad parecen estar desssactivadassss.

Scoggan se arrastró y se deslizó por la arena; luego saltó dentro de la escotilla abierta del transporte.

—Entonces no perdamos más tiempo —dijo el humano—. El viejo Unkar acabará dándose cuenta de lo que tramamos. Consigamos esto, busquemos un transporte que nos saque de aquí y desaparezcamos en alguna parte del Borde Exterior.

Igo asintió bruscamente; pronto, ambos seres se encontraban dentro del transporte. Con un fuerte rechinido, la trampilla empezó a cerrarse lentamente y los dejó en medio de la oscuridad.

Scoggan encendió las linternas de su equipo protector de cabeza y la luz inundó el compartimento. El transporte era una verdadera reliquia pero, sorprendentemente, estaba en buen estado. El espacio en el que estaban parados era lo suficientemente grande como para que varios seres maniobraran cómodamente, lo que indicaba que la máquina en su totalidad era casi demasiado grande para concebirla como un vehículo de transporte espacial.

—He escuchado de este tipo de naves —dijo Scoggan—. Es un transporte imperial blindado, cosas gigantes de cuatro patas que se usaban para mantener la paz en los planetas conquistados.

—¿Y? —dijo Igo, encogiéndose de hombros, mientras seguía al humano por una entrada que daba a un pasillo—. Eso fue hace mucho. Ya no importa.

—Lo es, si queremos movernos dentro de él. Estas cosas eran muy resistentes, las construían así y tenían mucha seguridad interna. De seguro Unkar aprovechó…

Y fue en ese momento cuando una puerta se cerró tras ellos, lo que bloqueó el camino hacia la superficie.

CAPÍTULO —11—

—RELÁJATE —DIJO SCOGGAN. Es un sistema automático. Nadie sabe que estamos aquí.

—No nosss servirá de mucho si quedamosss atrapadosss.

—Ya te dije que te relajes… —Scoggan tocó el control remoto que habían programado con los códigos robados—. Tenemos el control. Tenemos las llaves. Vamos por esas riquezas.

En un rincón lejano, una pequeña cámara de seguridad se encendió y giró, casi imperceptiblemente. Tanandra estaba observando todo y, poco a poco, estaba desactivando el sistema. Le demostraría a Unkar que no lo había traicionado. De verdad. Volvería a ganarse su afecto.

Igo y Scoggan siguieron bajando más y más, dentro del transporte enterrado; con cada paso, Tanandra obtenía más control.

CAPÍTULO —12—

EL INTERIOR del transporte había sido saqueado. Todos los objetos de valor habían desaparecido desde hacía mucho. Pero los dos ladrones seguían estando en el nivel superior del transporte. El diagrama que habían conseguido daba a entender que la maquinaria para procesar el cromo y el lugar de almacenamiento se encontraban más abajo, pero no encontraban la escotilla para acceder por ningún lado.

—¿Cómo esss posssible? —preguntó Igo, frunciendo el ceño.

—Deben haber sellado la escotilla original —respondió Scoggan, mientras se arrastraba a cuatro patas, buscando un pasaje que los llevara al piso inferior del transporte—. Revisa las paredes. Tal vez haya un conducto secreto o…

Fue entonces cuando el tubo de ventilación camuflado se abrió. Tanto Igo como Scoggan cayeron por el largo hueco y se deslizaron rápida y dolorosamente hasta el siguiente nivel.

CAPÍTULO —13—

—¡PENSSSÉ QUE habíasss dicho que tenías el control del sissstema! —gritó Igo.

—¡Lo tengo! —gritó Scoggan de vuelta, mientras levantaba su amoratado cuerpo del suelo de metal—. Creo que el control tiene algunas fallas técnicas, es todo. Mira… El humano oprimió rápidamente un botón y se encendió una luz.

Igo y Scoggan estaban parados en medio de una amplia habitación que estaba vacía, salvo por una puerta. Junto a la puerta, había un teclado. Scoggan caminó confiadamente hasta él.

—¿Lo ves? ¡Estamos exactamente donde debemos estar! Del otro lado de esta puerta…

Una descarga eléctrica salió del panel de control, golpeó a Scoggan y lo lanzó volando hacia atrás.

Igo sacudió la cabeza.

—Deberíasss dejar de hablar. Cada vez que abresss la boca, sssucede algo malo.

Scoggan sacudió la cabeza mientras se sentaba. Se veía aturdido y su rubia cabellera estaba erizada.

—¿Ya entramos? —preguntó.

Igo dejó escapar un suspiro de desesperación y caminó a través de la habitación. En vez de tocar el panel de control, el trandoshan le dio un fuerte golpe con su bastón, lo cual ocasionó una lluvia de chispas que llenó la habitación.

La puerta se abrió. En el fondo de la habitación, Tanandra observaba todo, frustrada por la situación.

CAPÍTULO
—14—

PASANDO ESA PUERTA había un pequeño y estrecho pasillo, y luego otra puerta. Igo caminó hacia ella impacientemente. Scoggan lo tomó del cuello de la camisa y lo jaló hacia atrás, justo antes de que lo alcanzara uno de los disparos que salieron como cascadas de los diversos blásters que cubrían el estrecho pasaje.

—No tan rápido —le advirtió Scoggan.

—¡Dijissste que los sssistemasss estaban desssactivadosss! —gritó Igo.

—¡Lo estaban! ¡Y ahora están activados de nuevo! —contestó Scoggan, sacudiendo la cabeza—. Sólo dame un minuto, ya tenía esto contemplado en mi plan.

El humano sacó un orbe metálico de su bolsillo y lo arrojó hacia la puerta que se encontraba del otro lado del pasillo.

—¿Un dentón? —dijo Igo muy nervioso—. Estás loco…

El pequeño dispositivo explosivo estalló. Pero en vez de una cascada de fuego abrasivo, liberó una pesada carga de energía iónica que detuvo los blásters.

Tanandra sintió como si su núcleo se despedazara y, por un momento, sintió que no era nada. Luego se reinició y volvió a estar consciente de la situación.

También se dio cuenta de que su programación ya no tenía acceso al transporte imperial.

CAPÍTULO —15—

—CREÍSTE QUE podías engañarnos, ¿verdad?

Scoggan observaba a Tanandra a través de una pequeña cámara. Ella se percató de inmediato que le habían quitado la mayor parte de sus funciones primarias y la habían transferido a un sistema de baja memoria y bajo procesador, un intercomunicador de muñeca, tal vez. En efecto, se dio cuenta de todo eso, después de un breve diagnóstico.

Ese intercomunicador era de los modelos más modernos e incluía su propio holoproyector limitado. Tanandra podía ver a sus captores, Igo y Scoggan, y ellos podían verla a ella. Estaba vulnerable e indefensa.

—Sí —dijo Scoggan con desdeño—, crees que eres tan…

Un pesado brazo reptiliano golpeó a Scoggan en el torso. Era Igo; se veía molesto. Había dos opciones: estaba a punto de amenazar al sistema de inteligencia artificial con borrarlo o de alardear de haber encontrado los lingotes. Tanandra supo que había fallado en su intención de redimirse. Nunca podría regresar con Unkar, incluso si lograba escapar de una certera destrucción a manos de sus propios controladores.

Pero Igo dijo algo inesperado.

—¿Dónde essstá el cromo? ¡Dijissste que essstaba aquí! ¡Jusssto aquí!

Tanandra parpadeó. Intentó ejecutar una revisión rápida de la información, pero su sistema estaba separado de los sensores. El intercomunicador de muñeca no era más que una prisión.

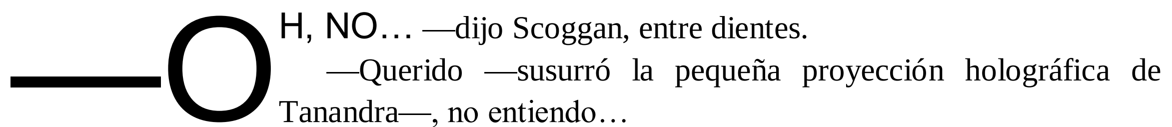
—Está… Se supone que debería estar aquí —tartamudeó—. Está…, pero…, Unkar dijo. Él me mostró…, él me dijo…, él…

—Mintió —la interrumpió una voz—. Creo que esa es la palabra que buscas.

La voz, que salía de una bocina, se escuchaba fuerte pero distorsionada. Aun así, era inconfundible. Pertenecía a Unkar Plutt. El crolute había dejado su puesto de venta y se encontraba a sólo cinco metros de distancia, detrás de un grueso bloque de transparisteel reforzado.

Sonreía.

CAPÍTULO —16—



—OH, NO… —dijo Scoggan, entre dientes.

—Querido —susurró la pequeña proyección holográfica de Tanandra—, no entiendo…

—Sí —dijo Unkar con una risa cruel—. Imaginé que no entenderías —El jefe de chatarra de Jakku volteó a ver a sus dos exempleados—. ¿Quién de ustedes fue? ¿A quién se le ocurrieron los detalles de esta pequeña conspiración?

—Eh… —dijo Igo.

—¡Fue él! —gritó Scoggan.

—No importa —agregó Unkar—. Es sólo que, al llevar a cabo todos sus planes y maquinaciones, olvidaron un pequeño detalle.

—¡Imposssible! —gritó Igo—. ¡El sissstema de inteligencia artificial essstaba perfectamente adaptado a susss interesesss! Cada detalle… ¡Cada parte de nuessstro plan era perfecto!

—Enviaron un holograma femenino de una crolute —respondió Unkar—. No existen las crolutes femeninas; mi especie se conforma exclusivamente de hombres. En mi planeta, las gilliands son las mujeres. Debieron intentar con una gilliand.

—Oh —dijo Igo, ya sin su tono de voz fanfarrón.

—Entonces —se aventuró a decir Scoggan—, ¿eso habría funcionado?

—Para nada —dijo Unkar con una sonrisa en los labios—, porque olvidaron algo más: Yo ya tengo un amor verdadero. Y se llama dinero.

Con eso, Tanandra sintió cómo su corazón metafórico se rompía en mil pedazos.

CAPÍTULO —17—

UNKAR PRESIONO algunos botones desde el otro lado del vidrio irrompible.

—Desde que vi el primer mensaje, sabía que alguien tramaba algo. Sólo que no sabía quién.

Las luces se encendieron. Los dedos regordetes de Unkar se movían con rapidez.

—Les seguí el juego. Les di lo que pensaban querer. Los llevé hasta donde quería tenerlos. ¿Les gusta este lugar?

—No, no mucho —admitió Scoggan.

—¿Dónde essstán los lingotesss de cromo? —preguntó Igo.

—Ay, muchachos —rio Unkar—. Son tercos. Eso me agrada. Pero, a estas alturas, ustedes ya deberían haberse dado cuenta. No hay cromo en Jakku. No existe un tesoro oculto plagado de riquezas. ¡Sólo soy un comerciante de chatarra! ¡Poseo chatarra, no riquezas!

—Pero, tú, holograma —dijo Unkar señalando a través del vidrio—, tú interpretaste tu papel a la perfección. ¿Creíste que un príncipe azul vendría a rescatarte? Esta no es esa clase de historia.

Unkar presionó un último botón y Tanandra sintió cómo la jalaban a través de la habitación. La estaban secuestrando; transferían su programación de manera remota desde el sistema de Scoggan y la trasplantaban a un sistema superior, aunque igualmente inhabilitado: un sistema portable que estaba en posesión de Unkar.

—Este es un programa muy valioso, difícil de conseguir en un planeta tan aislado como Jakku.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó dócilmente el sistema de inteligencia artificial.

—Venderte o ponerte a trabajar, ¿qué más? Ahora cállate, si no quieres que te borre aquí y ahora.

—Y ¿qué piensa hacer con nosotros? —preguntó Scoggan.

—Al menos este sistema de inteligencia artificial tuvo la decencia de demostrarme algo de lealtad. Pero ustedes dos… Escuchen, no soy un desalmado. Tendrán una segunda oportunidad. Uno de ustedes tendrá una segunda oportunidad.

Los ladrones voltearon a verse mutuamente con incertidumbre.

—¿A qué se refiere con *uno* de nosotros? —preguntó Scoggan.

Unkar sonrió.

—Están en un sistema magnéticamente sellado, debajo de toneladas de arena. Sólo yo conozco su ubicación. Podría matarlos, pero soy un comerciante y ustedes un recurso. Y los recursos siempre son escasos, como están a punto de descubrir ustedes mismos.

Unkar golpeó el vidrio y se burló con la mirada.

—Ahí adentro hay agua y comida. Suficiente para un mes. Probablemente.

—Para que les quede claro —continuó Unkar, bajando la intensidad de las luces de la cámara—, suficiente para que *uno* de ustedes sobreviva durante un mes. Así que, el que siga vivo a mi regreso será el que reciba una segunda oportunidad.

Scoggan e Igo se miraron el uno al otro. Las luces bajaban más y más cada momento que pasaba; pronto, toda la habitación estaría sumergida en la oscuridad. Al echar un vistazo hacia el vidrio, los dos amigos confirmaron lo que ya sabían: Unkar se había ido. Todo quedó oscuro.

Y alguien gritó en medio de la oscuridad.

EPÍLOGO

UNKAR se sentó en la incómoda silla que se encontraba dentro de su puesto de venta. Aquel era un día brutalmente caluroso. Unkar odiaba el calor, casi tanto como odiaba todo lo demás.

Activó su terminal y empezó a revisar los mensajes, mientras daba inicio a su recién adquirida y modificada rutina.

—Tanandra —dijo—, quiero que entres a la base de datos de mis cuentas en Ponemah. ¿Cuál es su estado?

El holograma se encendió. Era Tanandra, aunque sus gestos programados parecían haberse adaptado: ya no suspiraba por Unkar como una criatura enferma de amor, ni adornaba su lenguaje con adulaciones innecesarias. Había llegado a aprender que el crolute no tenía paciencia para ese tipo de cosas.

—Sus intereses son de punto cero cinco por ciento. Todo marcha bien de acuerdo con mis cálculos. En términos generales, añadí un incremento de uno punto dos por ciento a las ganancias de sus cuentas.

—Bien —farfulló Unkar—. Por hoy, no te borraré. Pero probablemente lo haga mañana. Ahora envía este mensaje…

Mientras el crolute empezaba a dictarle el mensaje, Tanandra se puso a reflexionar sobre su existencia, que bien podría terminar al día siguiente. O al día siguiente del siguiente. Y aunque Unkar aseguraba que nunca correspondió a su amor, Tanandra había aprendido muchas cosas durante su breve existencia, una de ellas era el concepto de esperanza.

Y, como dicen, la esperanza es lo último que muere.

EL CORSARIO CARMESÍ Y EL TESORO PERDIDO DEL CONDE DOOKU

PRÓLOGO

HACE MUCHO TIEMPO…

El droide de combate llamado B1-CC14 enfocó sus fotorreceptores y escaneó las ruinas del puente del crucero Separatista. Había muy poca información positiva para procesar. El navío de ataque de la República había aparecido de la nada y caía a la velocidad de la luz en un sector que, según lo que se creía antes, estaba ubicado fuera del radar. El navío de ataque no había tenido la oportunidad de incrementar sus defensas.

Una consola cercana escupió fuego. B1-CC14 escuchó a un droide MSE gritando, consumido por el pánico, mientras buscaba un refugio inexistente, que lo protegiera. La nave estaba condenada.

Mientras inclinaba su cara alargada y tan blanca como un hueso, B1-CC14 evaluó múltiples simulaciones. Sólo una de ellas tenía un porcentaje de oportunidad mínimo y razonable de obtener un resultado deseable.

—Programar y activar el hiperimpulso principal. Coordenadas aleatorias —le dijo B1-CC14 a nadie en particular.

El droide sabía que lo que estaba haciendo se consideraba, generalmente, una muy mala idea: salir disparado hacia el hiperespacio sin una serie de coordenadas preprogramadas casi aseguraba la destrucción total del navío de ataque. Pero, dado el valor del cargamento que iba a bordo, B1-CC14 había sido programado con órdenes muy específicas: bajo ninguna circunstancia podía dejar que robaran el tesoro del conde Dooku.

B1-CC14 jaló la palanca de hiperpropulsión y las estrellas que se veían a través de la pantalla de visualización empezaron a deformarse. La computadora emitió un bip y un silbido en lenguaje droide, y proporcionaba un torrente de información desalentadora.

B1-CC14 siguió el protocolo y, encendiendo el radiofaro direccional, transmitió un mensaje altamente encriptado en las frecuencias de la Confederación. Era un gesto inútil; el droide lo sabía. No había salvación para la nave arruinada. Pero los protocolos existían por una razón y B1-CC14 siempre seguía sus órdenes. Entonces, al sentir la necesidad de responder al robusto sistema informático que luchaba por llevar la nave a algún lugar seguro, el droide vocalizó una respuesta.

—Entendido, enten…

Por desgracia, nunca se sabrá cómo es que B1-CC14 pensaba completar aquella oración; fue en ese preciso momento cuando el enorme navío de ataque de la Confederación cayó abruptamente, en modo de hiperpropulsión, y se estrelló directamente en el cálido y soleado hemisferio sur de un planeta desértico y remoto que se ubicaba en el extremo más alejado del Borde Exterior.

B1-CCl4, el crucero Separatista y el preciado cargamento que llevaba, fueron dados por perdidos y olvidados para siempre. Y las Guerras de los Clones siguieron sin ellos.

CAPÍTULO —01—

VARIAS DÉCADAS y algunas guerras después…

Entre las sombras del bar abandonado que la tripulación del *Meson Martinet* llamaba hogar, Quiggold suspiró con fuerza. Al planeta Ponemah no se le conocía por su clima acogedor. Tampoco era famoso por su abundancia de bienes y recursos. Sin embargo, había algo que sí tenía en abundancia: arena.

Incluso para los estándares de los múltiples planetas secos, desérticos y calientes que parecían abundar en toda la galaxia, Ponemah en particular sufría de un terrible exceso de arena, pensó el pirata gabdorin.

Quiggold sacudió bruscamente sus gruesas sandalias para sacar un poco de la arena previamente mencionada y se limpió las fosas nasales con la enorme manga de su túnica. Todos esos meses viviendo en el desierto no le habían sentado nada bien al gran gabdorin de cabeza redonda, un anfibio proveniente de un planeta húmedo.

Una alta y delgada figura, cubierta con una túnica, estaba recargada en una pared cercana. La expresión de su rostro era imposible de leer debido a la máscara roja, tradicional de los kaleesh, que siempre usaba. Su nombre era Sidon Ithano, aunque todos se referían a él simplemente como el Corsario Carmesí. El Corsario estaba esperando, con una paciencia de hielo, que parecía estar algo fuera de lugar en un planeta tan incómodo como Ponemah.

—Bueno, es una vieja señal —dijo un ishi tib, que respondía al nombre de Pendewqell, quien se veía claramente incómodo bajo la mirada fría del capitán pirata de máscara roja. Pendewqell estaba agachado frente a una gran pieza de equipo que la tripulación había rescatado: un receptor de señal, capaz de captar prácticamente cualquier transmisión abierta en el planeta.

—Bastante vieja, como de las Guerras de los Clones —continúo Pendewqell—. Nosotros la captamos —dijo, tocando el receptor—. Probablemente, nadie más la ha decodificado aún.

Mire…

Quiggold oprimió el botón del antiguo sistema receptor, dando inicio a la reproducción. El sonido se escuchaba entrecortado y lleno de estática, pero, en general, el mensaje se entendía: «hemos sufrido daños sustanciales en camino al palacio del Conde Dooku, en Serenno. El cargamento del Conde está intacto y debe ser recuperado».

La transmisión continuaba. «Todas las naves Separatistas: esta es una misión código tres. SOS. SOS. Este es B1-CC14, del crucero *Obrexta III.* Hemos sufrido daños considerables…».

El mensaje se interrumpió con un abrupto ruido de estática. La tripulación intercambió miradas. La tripulación estaba conformada por un total de seis miembros: el Corsario, Quiggold, Pendewqell; un arcona llamado Reeg Brosna; una twi'lek de piel roja

llamada Reveth; y un gamorrean, que siempre llevaba un hacha en la mano, pero que era sorprendentemente amigable, apodado Squeaky.

El Corsario Carmesí miró al gabdorin. Quiggold sintió cómo le cosquilleaban las enormes glándulas sudoríparas. Pero daba igual. Miró al ishi tib y formuló la pregunta que leía en la gesticulación del capitán:

—¿Estás seguro de esto, Pen? Sería un gran desperdicio si te equivocas…

Pendewqell hizo una mueca y volteó a ver al Corsario Carmesí.

—Escuche, capitán, esto es lo que hemos estado esperando —dijo el ishi tib, antes de lamer su pico—. Los tesoros perdidos del Conde Dooku pueden ser nuestros.

—Esta es nuestra gran oportunidad. Lo sé.

CAPÍTULO —02—

DESAFORTUNADAMENTE para la tripulación del Corsario, ellos no eran el único grupo que había captado y decodificado la señal. Aunque, francamente, no era de extrañarse: la población de Ponemah estaba conformada principalmente por carroñeros, mercenarios y toda clase de piratas, ladrones y forajidos, siempre en búsqueda del siguiente gran botín. Alguien más podría captar todas y cada una de las transmisiones que se hacían en el planeta y las podría distribuir por la red.

La transmisión provenía del hemisferio sur del planeta, una región conocida como el Mar de Arena. Era uno de los sectores deshabitados de aquel planeta desértico, ya que esta área ubicada en el Polo Sur, además de ser tan inhóspita como el hemisferio norte, era particularmente peligrosa: había olas de arena cáustica de quince metros, que se alzaban y caían continuamente, geiseres de lava intermitentes que añadían más riesgo al, ya de por sí, peligroso paisaje, y el cielo siempre estaba lleno de tormentas de relámpagos iónicos. Era imposible sobrevolar el área. Cualquier crucero que se atreviera a intentarlo sería tragado de inmediato. Los únicos vehículos que podían arreglárselas para atravesar ese mar infernal eran los esquifes repulsores de arena; podían navegar entre las olas, siempre y cuando no fueran atacados por un relámpago iónico o por los turbulentos geiseres de lava.

Además, estaban los gusanos. Había poca fauna silvestre en Ponemah, pero como cualquier colonizador o pirata que se precie de serlo podría asegurar que hay vida silvestre en todos lados y, usualmente, vida silvestre que quiere comerte.

Nadie sabía a ciencia cierta qué tan grandes podían llegar a ser los gusanos. La bestia más grande registrada (la cual fue encontrada muerta en las costas del Mar de Arena) medía más de noventa metros de largo y su boca unos nueve metros de ancho. Como si eso no fuera suficientemente malo, se decía que aquellas criaturas podían escupir ácido.

Generalmente se les evitaba. De hecho, se evitaba pasar por todo ese territorio. Pero, nadie vivía en Ponemah porque fuera millonario. La oportunidad, aunque fuera mínima, y pusiera en riesgo tu vida, de hallar riquezas, de encontrar un tesoro enterrado como el que prometía la nave Separatista, era imposible de resistir.

Así que la tripulación emprendió el viaje, apresurada para ser la primera en llegar al premio, antes que Scorza y su banda de weequays, además de un ortolano de un ojo, los Gray Gundarks, Toltek el devaroniano…

La carrera había empezado oficialmente.

CAPÍTULO —03—

QUIGGOLD, junto con varios otros miembros de la tripulación, estaba sentado bajo la sombra que producían las enormes velas de paneles solares, instaladas en la cima del *Shrike,* una barcaza adaptada y pintada de color rojo sangre, con la bandera de la máscara de dos ojos del Corsario ondeando en el mástil. Años antes, esas barcazas eran usadas principalmente como vehículos de placer. Aunque en gran medida se consideraban pasadas de moda, su pesada coraza blindada y sus resistentes motores, que además eran muy fáciles de personalizar, las convertía en los vehículos ideales para piratas y otros grupos criminales.

—Pero, ¿qué podría ser? —preguntó Reeg Brosna. La cabeza triangular del arcona estaba oculta bajo una pesada capucha, para tener más sombra. A pesar de pertenecer a una especie desértica, Reeg se veía mucho más incómodo en medio del calor de lo que se veía Quiggold—. Las Guerras de los Clones son parte de la historia antigua. ¿Qué podría seguir intacto en esa nave que tenga alguna importancia ahora?

—¡Ja! —gritó Pendewqell—. Imagino que nunca has escuchado las leyendas. A los piratas viejos les gusta contarlas en las cantinas, después de muchos tragos. ¿Qué era lo más preciado y valioso durante las Guerras de los Clones?

Reveth se encogió de hombros, meciendo sus lekku de atrás hacia adelante.

—¿Créditos? Todos los que pertenezcan a la época previa al Imperio ya no deben valer casi nada… ¿Aurodium? —reflexionó—. ¿Monedas wupiupi?

Quiggold asintió. Conocía las historias tan bien como cualquiera. Se acercó y susurró con complicidad.

—Cristales de sable de luz. Arrancados de las armas de los jedi que cayeron durante la batalla. Uno solo de esos vale una fortuna y se dice que el conde Dooku los recolectó todos…, y cuando él cayó, nadie logró encontrarlos. Esa nave podría ser el lugar dónde fueron a parar. Supongo. Pero, sólo es una historia…

El ishi tib se veía nervioso, y su pico repiqueteaba con ansiedad.

—Sabemos que la nave transportaba un tesoro para Dooku. ¡Tienen que ser los cristales perdidos!

Quiggold se quedó mirando hacia la proa de la barcaza. El capitán estaba parado ahí, con su capa ondeando en la brisa y observando la interminable inmensidad de arena que se extendía frente a él.

—Será mejor que estés en lo cierto, Pen —dijo el primer oficial, frotando una especie de rosario que siempre llevaba consigo—. Será mejor que estés en lo cierto o nos enfrentaremos a mareas muy oscuras.

CAPÍTULO —04—

SCORZA ODIADA llegar en segundo lugar. El envejecido weequay subió por la escalera del maltratado esquife de arena que había confiscado. Su cara curtida y sus ojos hundidos le daban una expresión de enojo perpetuo. El transporte no le había salido barato, pero no importaba; era rápido. Al menos más rápido que el viejo montón de chatarra que el Corsario usaba para navegar.

Scorza y Sidon Ithano ya habían trabajado juntos años atrás, en un crucero condenado del Borde Exterior llamado *New Gilliland*. El *Gilliland* se había incendiado después de un encuentro bastante desagradable con el Sindicato Hutt y, de algún modo, en contra de toda lógica, el Corsario no sólo había sobrevivido a esa dura experiencia, sino que además había conseguido un gran botín como para financiar su propia tripulación. ¡Y el necio de Ithano se había negado a invitar a Scorza a unirse a dicha tripulación!

Scorza gruñó, absorto en sus pensamientos. Sí, por un lado era cierto que él fue quien traicionó al *New Gilliland* al entregarlo a los hutts en primer lugar, pero negocios eran negocios. El Corsario tenía el mal hábito de tomarse todo a pecho.

Desde entonces, Scorza siempre estaba un paso atrás del capitán del *Meson Martinet.* Pero no esta vez. Esta vez el weequay y su tripulación estaban listos para lanzar el primer ataque. Un faro de monitoreo oculto en el *Martinet* había alertado a la tripulación de Scorza sobre la transmisión. Scorza no dejaría pasar esta oportunidad; de ninguna manera permitiría que el Corsario Carmesí le ganara de nuevo.

—¿Señor? —dijo una voz que pertenecía a C5-D9, un droide de protocolo de color verde y morado intenso, que fungía como mozo de camarote y mensajero para Scorza y su tripulación.

—¿Señor? —continuó el droide, en una voz barítona extremadamente educada—. Tengo la triste misión de informarle que vamos muy por detrás del rastro de Sidon Ithano y que, de acuerdo a los sensores de largo alcance, ya se está preparando para entrar al Mar de Arena.

El capitán weequay se frotó la sien con enfado.

—Pensé que esta nave era rápida. Se suponía que alcanzaríamos el mar horas antes que cualquier otro que lo intentara.

—Parece ser —dijo el droide— que nos informaron mal y que la barcaza del Corsario Carmesí está equipada con un par de propulsores de repulsión ilegales que consiguió en el mercado negro de refacciones. Honestamente, no me parece justo. Nada justo.

El droide inclinó la cabeza socarronamente.

—¿Le gustaría que les envíe un mensaje y les pregunte si serían tan amables de esperarnos?

La tripulación de Scorza supo que era mejor no quejarse cuando el capitán decidió arrojar a C5-D9 por la borda.

CAPÍTULO —05—

LA BANDA de motociclistas conocida como los Gray Gundarks, que estaba conformada por docenas de especies distintas (ninguna de las cuales era gundark) aceleró sus speeders. Sabían que habían interceptado la señal muy tarde. Sabían que tardaron en decodificar el antiguo sistema de encriptado del crucero de ataque que pertenecía a la era de las Guerras de los Clones.

Pero eso no tenía importancia. Había demasiadas tripulaciones piratas que habían interceptado la breve transmisión. Surgirían demasiados antiguos rivales y pronto…, pronto no se trataría solamente de una carrera para conseguir el premio. No, aquello pronto se convertiría en una guerra de piratas a gran escala. Caos. Explosiones.

Los Gray Gundarks no pensaban perderse esa clase de diversión.

CAPÍTULO
—06—

EL ORTOLANO conocido como One-Eye estaba sentado en las entrañas de su reptador de las arenas, fuertemente blindado y con aire acondicionado.

Se encontraba en la estación de control circular, repasando la información con su único ojo bueno. Sí, su vehículo era lento, pero era resistente. Era una verdadera pesadilla atravesar el Mar de Arena, pocos regresaban con vida de aquel infierno.

Pero ninguno de ellos tenía un reptador de las arenas de los tiempos de la guerra reacondicionado. El reptador había sido reequipado una docena de veces; soportaba relámpagos iónicos, arenas cáusticas y calor intenso. No existía una sola tormenta en todo el planeta que fuera capaz de destruir el casco del bestial vehículo.

One-Eye oprimió un botón en el tablero que tenía a su izquierda y la música de su pueblo natal se escuchó como un estruendo a través del sistema de comunicación del reptador. La mayoría de los ortolanos suelen tener un agudo sentido del oído, pero One-Eye no: la misma explosión que le había costado un ojo también lo había dejado un poco sordo.

El reptador siguió avanzando. Se veía imponente: tenía un cráneo de ortolano de aspecto enojado, pintado de un lado, con llamas que salían de sus motores alterados, y estruendosos tonos que salían de sus enormes bocinas, «música» que sólo podría agradarle a un ortolano furioso y medio loco.

One-Eye sonreía por dentro. Lo partiría un rayo antes de permitir que algún pirata presuntuoso y su tripulación le ganaran el premio.

CAPÍTULO —07—

LOS MOTORES de repulsión del *Shrike* rechinaban, mientras la poderosa barcaza remontaba una ola de arena de diez metros de altura.

Sidon Ithano le hizo un gesto a Quiggold.

—¡Mantengan el curso! —gritó el gabdorin desde la cubierta.

La tripulación estaba decidida a hacer exactamente eso, en parte porque el líder les inspiraba confianza y determinación, pero también porque cada miembro de la tripulación del *Shrike* deseaba seguir con vida desesperadamente.

Junto al navío, una explosión de lava levantó la arena.

—¡A babor! —gritó el primer oficial. En efecto, el impacto empujó la potente barcaza a babor, directamente hacia otro mortal geiser.

—¡Capitán! —exclamó Quiggold, mientras se sostenía de una baranda—. ¡Es demasiado! La marea de la arena nos está desviando del curso…, hacia…, hacia…

Quiggold entrecerró los ojos. A través de la colosal borrasca de arena acre que atravesó el aire, alcanzó a distinguir una silueta: una sombra en forma de embudo que se alzaba desde la superficie del Mar de Arena y subía hacia la oscuridad del cielo.

—*¿Qué rayos es eso?*

Squeaky jaló una manivela. Incluso con su considerable fuerza, el gamorrean apenas logró mantener las velas en su lugar. Con un gran esfuerzo, el pirata extremadamente pesado emitió un fuerte gruñido desde el fondo de su hocico porcino.

Quiggold no podía creer lo que veía.

—Es una tormenta —balbuceó—. ¡Es un tornado de arena!

Sin decir una palabra, Sidon Ithano alzó una mano, luego la bajó abruptamente. Quiggold conocía el significado de aquel gesto y volteó de inmediato para gritarle a la tripulación.

—¡Squeaky! ¡Todo a estribor! ¡Enciendan todos los motores! ¡Reeg, prepara los torpedos!

El gabdorin tomó firmemente el barandal, sabiendo que lo que el capitán planeaba hacer podría resultar contraproducente.

—¡Todos a sus puestos! ¡Venceremos este desierto!

CAPÍTULO
—08—

MIENTRAS su esquife surfeaba una enorme ola de arena, Scorza observaba por la lente de su telescopio. La imagen estaba algo distorsionada, pero aun así reconocía la silueta de esa barcaza. El Corsario Carmesí no estaba tan adelantado como se rumoreaba.

El capitán suspiró, haciendo un gesto a su primer oficial, otro weequay llamado Grinko, para que se acercara.

—Me da tristeza… —señaló Scorza con un profundo y poco sincero suspiro—. Tanta tristeza ver cómo una nave tan buena se dirige a toda velocidad hacia su destrucción. Sabes…

Scorza sonrió, mostrando los afilados dientes, enmarcados por una gruesa y escamosa piel de reptil.

—Soy un hombre compasivo. Cuando pasemos junto a ellos, preparen todos los cañones. Terminemos con la miseria y el sufrimiento de Sidon Ithano y de toda su tripulación.

CAPÍTULO —09—

—¿TIENES alguna idea de cuáles son las posibilidades de sobrevivir al contacto directo con una tormenta de arena clase tres? —Sin esperar una respuesta, Pendewqell, quien entraba en pánico con facilidad, continuó—. ¡Cero! ¡Las posibilidades equivalen a cero! ¡La barcaza quedará totalmente destruida! Quiggold asintió.

—Tienes toda la razón. Por desgracia, alguien en esta nave nos aseguró que este era el camino que nos llevaría al más grande tesoro de todos los tiempos. Así que, ¡aquí estamos!

El Corsario alzó una mano enguantada, señalando a Quiggold.

—Tres —gritó el primer oficial. Reeg Brosna activó el sistema de orientación de los torpedos.

—Dos…

El arcona calibró el misil especial. Sólo tenían uno y si fallaba su objetivo o lo disparaban en el momento equivocado…

—Uno.

CAPÍTULO —10—

SCORZA no pudo contenerse. Empujó e hizo a un lado al otro weequay y tomó el asiento del artillero. Las grandes dunas dificultaban el disparo, pero no era algo imposible de lograr, al menos no para un viejo pirata como Scorza. Tomó los gatillos dobles del cañón mientras escudriñaba con avidez la pantalla de computadora de tiro.

El esquife descendió diez metros; los repulsores batallaban en medio de la poderosa tormenta de viento. El aire era cáustico y espeso. Sobre ellos, el cielo entintado estaba plagado de relámpagos iónicos que creaban arcos al atravesarlo. Y ahí estaba, como un regalo del mismísimo Am-Shak, el dios del trueno: la nave del Corsario Carmesí, girando incontrolablemente en medio de un gran vórtice de arena.

—Por fin… —murmuró Scorza—. Por fin tendré mi venganza.

Y habiendo dicho eso, oprimió los gatillos.

CAPÍTULO —11—

—¡FUEGO! —gritó el primer oficial. Reeg Brosna no dudó. Con sus ojos amarillos cerrados, murmurando en voz baja para sí mismo, golpeó con su puño de tres dedos el botón para disparar los torpedos. El misil lanzado por el *Shrike* salió disparado con un poderoso estruendo, y mientras atravesaba el océano de arena, perforó un apilamiento de arena que subía y se abría paso hacia el corazón del vórtice giratorio de la muerte, que amenazaba con sepultar y destruir la pesada barcaza. Pero no ocurrió nada.

—Bueno, esto es un problema —murmuró Quiggold.

Para enfatizar ese punto, la barcaza fue abrupta y fuertemente golpeada varias veces, causando violentas sacudidas a babor. Quiggold se dio la vuelta. Squeaky resopló. Reeg, quien era conocido por su gracia y agilidad en situaciones de peligro, cayó por la borda y fue inmediatamente arrastrado por la vorágine de arena cada vez más violenta.

Estaban atacando al *Shrike.*

CAPÍTULO —12—

SCORZA no podía parar de reír. Acababa de ver al Shrike disparar su inútil misil hacia el vórtice. Cualquier cosa que hubiera planeado el gran y poderoso Corsario Carmesí claramente había fallado. Finalmente, el capitán weequay podría ver sufrir a su enemigo. Aquel era un gran día para ser pirata.

Y fue entonces cuando el distante *Shrike* lanzó sus dos cables de arrastre. De repente, cientos de metros de cable pesado se pegaron al casco del esquife de Scorza por medio de una poderosa abrazadera magnética.

Scorza no tuvo tiempo ni disposición para dejarse impresionar por el disparo de esos cables, ya que, de pronto, el cable que se encontraba entre los dos navíos empezó a ser jalado y a tensarse; entonces, el esquife comenzó a ser arrastrado hacia el remolino de arena y hacia el *Shrike.*

—¡Todos los motores! —gritó Scorza— ¡En reversa!

CAPÍTULO —13—

—¡LOS DOS CABLES de arrastre están posicionados, Capitán! —gritó Reveth, quien había recuperado su posición en la estación de artillería.

—¡Está funcionando! —exclamó con entusiasmo Quiggold, para el gusto de todos— ¡Nos están alejando del vórtice!

El primer oficial esquivó una descarga proveniente de un bláster que golpeó el cordaje que estaba sobre su cabeza.

—¡Y también nos están disparando! —añadió, con menos entusiasmo.

CAPÍTULO —14—

LOS POTENTES MOTORES del esquife de Scorza estaban jalando al *Shrike* fuera del vórtice, mientras que los motores aún más poderosos del *Shrike* estaban arrastrando a Scorza y a su tripulación cada vez más y más cerca de la barcaza.

Como resultado, las dos naves, conectadas por medio de un pesado cable de arrastre magnético, se acercaban rápidamente la una a la otra. Scorza frunció el ceño.

—Así que —dijo a nadie en particular—, a esto hemos llegado.

—¡Hermanos! —gritó el capitán weequay—. ¡Prepárense para el abordaje! A su alrededor, su viciosa y despiadada tripulación de ladrones y asesinos sacó sus armas.

Y, por supuesto, fue exactamente en ese momento cuando los Gray Gundarks atacaron.

CAPÍTULO —15—

LA BANDA de motociclistas en sus speeders rodeó los dos navíos más grandes; disparaban con sus blásters a toda velocidad. Dos de ellos, un par de rodianos de piel azul verdosa que vestían chalecos de cuero con púas, empezaron a trepar por un lado de la barcaza del Corsario. Un tercero, un hassk grande y peludo que cargaba dos hachas, enganchó el esquife con un cable de amarre.

Scorza gritó lleno de ira, casi ahogando el ruido que hacía la tormenta. El capitán weequay tomó su confiable vibropico y, con una mirada sanguinaria en sus ojos hundidos y amarillos, saltó del esquife a la gran barcaza, con la intención de confrontar a su viejo archienemigo cara a cara.

CAPÍTULO —16—

MIENTRAS TANTO, el reptador de las arenas del ortolano seguía avanzando, lento, pero con paso firme. One-Eye soltó una carcajada mientras observaba cómo se desarrollaba la batalla desde sus pantallas de visualización, en lo profundo del casco de su reptador totalmente blindado. Todo aquello era un caos; le quedaba claro que todos los involucrados en la batalla pronto morirían en la tormenta que se aproximaba.

El reptador siguió surcando el desierto. Casi no le afectaba la turbulenta y despiadada tempestad que azotaba afuera. Mientras todos los demás peleaban, el ortolano tenía su ojo en el premio, el cual no estaba muy lejos. La tormenta y la batalla mantenían a todos los demás piratas, en todas las otras naves, demasiado ocupados como para buscar el tesoro. Si su suerte seguía así, el tesoro sería todo suyo. One-Eye se estiró, inhalando el frío aire reacondicionado del reptador. Este día en verdad estaba resultando perfecto.

De pronto, el reptador fue tragado entero por un gusano de arena gigante; el ortolano de un solo ojo desapareció del campo de batalla, sin que nadie supiera alguna vez que estuvo presente.

Después de todo, el día resultó no ser tan perfecto para One-Eye.

CAPÍTULO —17—

QUIGGOLD esquivó la larga cuchilla de un motociclista rodiano, mientras Squeaky pateaba a otro por el barandal.

El gabdorin se asomó por la orilla. Era difícil discernir entre las olas de arena que chocaban y el caos de la batalla, pero parecía que más piratas los invadían. Muchos más.

«Claro que sí, ¿qué más?», pensó.

Justo entonces, un geiser de lava que se encontraba junto a la barcaza hizo erupción; de pronto, todo se estaba incendiando, incluyendo a la mayor parte de los Gray Gundarks y la tripulación weequay.

Esto sólo llevó a que más atacantes empezaran a subir a la cubierta del *Shrike,* la cual ahora ardía y se derretía al mismo tiempo.

—Aún mejor —murmuró Quiggold, sin el más mínimo rastro de sinceridad.

CAPÍTULO —18—

SIN SABER QUE el transporte que acababa de abandonar estaba a punto de estallar, Scorza aterrizó con un fuerte golpe y rodó por la cubierta en llamas del *Shrike*. El Corsario Carmesí estaba sólo a unos pocos pasos de distancia, defendiéndose de un par de Gray Gundarks que aparecieron de pronto frente a él. Sacando su bláster a toda velocidad, Scorza se deshizo de los enemigos de su enemigo.

En las inmediaciones, sólo el Corsario y Scorza seguían de pie. El fuego se extendía por la cubierta y aislaba al Corsario de su tripulación. Era el momento. Nadie le robaría al weequay su venganza.

Scorza rio.

—¿Siempre te creíste superior a mí, verdad, Corsario? Todos estos años te has quedado con los mejores contratos, has robado botines que me pertenecían por derecho, ¡me has tratado como si fuera un don nadie! ¡Como si no existiera!

La sonrisa de Scorza desapareció mientras apuntaba con su arma.

—Bueno, mírate ahora —se burló con desdén—. Apuesto a que nunca pensaste que terminarías así.

El Corsario miró a su alrededor. Dio un incómodo paso hacia delante. Un sonido similar a una bocina, proveniente de una garganta inhumana, emanó de atrás de la máscara roja y brillante del Corsario.

Scorza sintió una ira que empequeñeció todo sentimiento que hubiese conocido hasta ese momento.

—¿Qué? —dijo el weequay, atragantándose con su propia bilis—. ¿Cómo…, cómo es posible que no sepas quién soy? —exclamó.

Sidon Ithano, el pirata más peligroso para navegar los Clústeres Perdidos más allá del Borde Exterior, el más temido adversario de la escaramuza de Adratharpe 7, el ladrón más infame de su especie, simplemente se encogió de hombros como si se disculpara por algo. Había conocido muchos piratas weequay. Estaban prácticamente por todas partes.

Scorza soltó su pistola y desenvainó su vibroespada de alta densidad. Terminaría con la vida de su enemigo con sus propias manos; sólo eso restauraría el honor del weequay.

La batalla empezó: Scorza blandía su arma como loco. El Corsario Carmesí se movía con destreza, bloqueando el ataque con su propia espada y lanzando unos cuantos ataques al weequay. Por un breve instante, Scorza pensó tener la ventaja. Luego, Sidon Ithano respondió con una fuerte patada y lanzó a su sorprendido enemigo por la borda de la barcaza.

Justo entonces, el corazón del agitado vórtice explotó con un destello de energía color azul pálido y, de repente, cada grano de arena que había en el desierto se congeló en su sitio.

CAPÍTULO —19—

EL MISIL QUE el *Shrike* había disparado no era un misil cualquiera; era una pieza de ingeniería muy rara y totalmente ilegal, conocida como disruptor cinético. Había sido diseñado para usarse en asentamientos donde se extraía gas. Su propósito era separar materia particular de recursos gaseosos cuando se trabajaba en situaciones volátiles. En su configuración original de fábrica, los disruptores eran muy efectivos; por un corto periodo de tiempo tuvieron una gran demanda.

Desafortunadamente, cuando se intentó utilizarlos fuera de ambientes simulados, se descubrió muy pronto que la energía cinética generada por los misiles pronto regresaba, y mucho más peligrosa y volátil de lo que había sido antes. Esto significaba que si uno los usaba, digamos, en una tormenta de arena, sólo se tendrían unos cuantos minutos antes de que las partículas congeladas empezaran a moverse otra vez. Una hora después de eso, las partículas previamente congeladas solían volverse extraordinariamente volátiles.

Como consecuencia de esto, los disruptores fueron retirados del mercado; sin embargo, seguían disponibles, en cantidades muy escasas, en rincones de la galaxia que tenían dudosa fama.

El vórtice que hacía unos instantes jalaba lentamente a los dos navíos que estaban atados juntos se había disipado abruptamente. El desierto se congeló. Al no estar acostumbrados a los movimientos interminables de las dunas de arena, varios piratas, motociclistas y ladrones, cayeron improvistamente a la cubierta. Pero el Corsario Carmesí y su tripulación estaban listos.

—¡Suelten los cables de arrastre! —gritó Quiggold—. ¡Reestablezcan las coordenadas! ¡Esto aún no ha terminado!

Pendewqell lanzó a un Gray Gundark confundido por la borda de la barcaza que aún estaba en llamas.

—¡Ahí está! ¡El crucero de combate! —gritó con emoción.

En efecto, los restos del antiguo navío de la Confederación se encontraban justo del otro lado del vórtice que azotaba con furia momentos atrás.

Y con esto, el *Shrike* avanzó con determinación, mientras dejaba atrás a los piratas y motociclistas desorientados, en medio de su ardiente perdición.

CAPÍTULO —20—

CUANDO LA TRIPULACIÓN del *Shrike* llegó a la esclusa de aire del navío Separatista, el desierto comenzaba a volver a la vida. Para empeorar las cosas, se percataron enseguida de que el *Shrike* no era el primero en llegar al premio.

Squeaky gruñó mientras batallaba con los controles de la escotilla del crucero de combate. Quiggold inclinó la cabeza, señalando los pesados speeders que estaban amarrados al casco del crucero.

—¡Los Colmillos del Hutt! ¡Tenían que ser esas malditas ratas womp las que se nos escabulleran por delante! Si llegamos a verlos…

La escotilla se abrió y, de inmediato, Quiggold dejó de despotricar. Adentro estaban los miembros de la banda conocida como los Colmillos del Hutt: muertos.

—Bueno —continuó Quiggold—, olvídenlo.

Squeaky soltó un chirrido de terror. El Corsario sacudió los temores del pirata de hocico de puerco con sólo levantar su mano enguantada. Quiggold repitió el sentimiento que trataba de expresar su capitán.

—Ellos no estaban preparados. Nosotros sí lo estamos. Se han estado filtrando gases de durilliam del núcleo de la nave por décadas. Todos, pónganse sus respiradores. Ahora.

Enmascarados para protegerse de los peligrosos gases, los miembros de la tripulación del Shrike se abrieron paso hacia las profundidades del navío caído, en busca de su botín.

CAPÍTULO —21—

SCORZA salió arrastrándose furioso del casco en llamas del *Shrike*, de donde había estado colgando desde que lo patearon y arrojaron por la borda. Era un weequay paciente y sabía que, una vez dentro del navío Separatista, podría superar a sus odiados enemigos.

Entonces, el botín, que tanto merecía, sería suyo al fin.

CAPÍTULO —22—

DESPLAZARSE por el interior del crucero resultaba difícil: la corrosión acumulada a lo largo de varias décadas había afectado seriamente los pasadizos; había muy poco espacio para maniobrar entre los escombros caídos y los droides de combate inactivos.

Sin embargo, se las arreglaron para maniobrar. En poco tiempo, la tripulación del Corsario había llegado a la cubierta de mando. Estaba tan arruinada y abandonada como el resto del navío, con un droide de combate medio destruido sentado en la estación de comando. El droide en cuestión se movía, pero muy poco. Se escuchaba un leve chasquido y un zumbido cada vez que el brazo del droide se movía de arriba abajo, una, y otra y otra vez.

Reveth estaba perplejo.

—¿Tiene energía?

—Apenas —respondió Pendewqell—. Una tormenta magnética que tuvo lugar hace seis meses hizo que se reiniciaran los sistemas de algunas naves abandonadas en la región. La carga se ha estado acumulando lentamente en los motores de energía de la nave desde entonces. Eso fue lo que activó la transmisión que rastreamos.

—Ah —dijo Quiggold—. Entonces, ¿la nave ha estado encendiéndose y acumulando energía lentamente?

—Exactamente —respondió Pendewqell, escaneando la lista de embarque.

El Corsario sacudió la cabeza, consternado.

—Pen —empezó a decir Quiggold, mientras usaba un elevador de voltaje para encender la computadora secundaria de la nave—. Tú y yo hemos trabajado juntos durante un largo tiempo. Así que quiero que sepas que te hago esta pregunta de la manera más amable posible.

—Eh… ¿Sí, Quiggold?

—¿Acaso eres idiota?

—Eh.

—Sólo existen dos respuestas, Pendewqell: sí o no. ¿Acaso. Eres. Idiota?

—Eh… No, señor. No. No lo soy.

—Oh, qué bien —respondió Quiggold, con falsa sinceridad—. Entonces, ¿supongo que el hecho de que estemos en un crucero de combate lleno de droides de combate que se están reactivando es algo que consideraste cuando sugeriste esta búsqueda del tesoro?

El ishi tib hizo una pausa, alternando la mirada entre el impasible capitán y el irritado primer oficial.

—Oh —dijo—. Ah —añadió.

Ninguna de estas respuestas sirvió de mucho.

CAPÍTULO
—23—

AFUERA, Toltek, el devaroniano, finalmente logró llegar a la nave.

La banda de piratas devaronianos había observado la batalla a la distancia y, ya que no querían involucrarse en lo absoluto, la rodearon, con la esperanza de esquivar a los combatientes y llegar antes al navío Separatista caído. Desafortunadamente, al morir la tormenta de arena, también murió el impulso de su navío de energía eólica. Les tomó prácticamente una hora entera para que el impulso de la tormenta regresara con suficiente intensidad para que el navío devaroniano empezara a moverse otra vez.

Toltek sonrió. No le importaba. Superaba en armas a todos los otros piratas y su tripulación controlaba la salida. Lo único que tenían que hacer era esperar; el Corsario Carmesí saldría eventualmente con el premio. Sencillo.

Desafortunadamente para Toltek, no estaba enterado de la espectacular reacción que el disruptor cinético del Corsario Carmesí causaría muy pronto. Ni él ni su tripulación estaban preparados para el momento en que cada grano de arena que giraba a su alrededor empezara a explotar con la fuerza de un detonador térmico.

Así fue cómo la historia de Toltek el devaroniano llegó a su fin.

CAPÍTULO —24—

EL CRUCERO tembló. La tripulación del *Shrike* corrió tan rápido por los destartalados pasillos como les permitían los escombros que obstaculizaban el camino. El Corsario les había dado a todos instrucciones exactas, así que sabían que su ventana de oportunidad para escapar se estaba cerrando.

Reveth estudiaba los holoesquemas del navío.

—La bóveda debería estar por aquí —dijo ella, señalando una gran puerta que estaba parcialmente abierta.

Pendewqell se detuvo en seco.

—¿Justo por ahí? ¿Justo por donde están las estaciones de carga de los droides?

—No están activos —argumentó Reveth.

—No están activos…, aún —exclamó el ishi tib.

—Ya sea aquí o ahí dentro —dijo Quiggold, haciendo a un lado sus preocupaciones—, estaremos en problemas una vez que se activen. Así que hay que conseguir el tesoro y salir de esta nave.

La tripulación se movió por las enormes cámaras. Cientos de droides de combate colgaban sin vida de sus estaciones de carga inertes.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto… —balbuceó el ishi tib.

Quiggold fulminó a Pendewqell con la mirada.

—¿Tienes un mal presentimiento? ¿En serio? ¿Justo ahora, de repente, tienes un «mal presentimiento»?

El ishi tib se puso un poco a la defensiva.

—Sólo es una expresión…

—¡Pues es muy tonta! ¡Claro que tienes un mal presentimiento! ¡Estamos en medio de una nave de combate abandonada que, además de estar medio enterrada en el centro de un torbellino de arena, está llena de droides programados para matar a todo intruso! ¡Todos tenemos un mal presentimiento sobre esto! ¡Y todo fue *tu* idea!

—¡El tesoro! —exclamó Pendewqell—. ¡Eso hará que todo valga la pena! ¡Cristales que tienen un valor de miles de millones de créditos! ¡Ya verás! ¡*Ya* verán todos!

—Será mejor que así sea —dijo Quiggold entre dientes.

Detrás de ellos, demasiado lejos como para que alguien se diera cuenta (excepto tal vez el ejército de droides aparentemente inerte), Scorza los seguía, planeando su inevitable venganza.

CAPÍTULO —25—

—¿UN POD de estasis crio-cíclico? —dijo Pendewqell, con una voz desesperada.

La tripulación había conseguido llegar hasta la bóveda y, con ayuda de algunos disparos de bláster y explosivos estratégicamente colocados, logró abrirla. Pero, no había cristales de espada láser por ningún lado. Sólo un pod de estasis crio-cíclico. Generalmente, estos se usaban sólo por periodos de tiempo cortos, pero este pod claramente llevaba ahí mucho tiempo. El cristal transparente del pod estaba cubierto de escarcha, por lo que era imposible distinguir lo que había adentro.

El crucero tembló de nuevo. La tormenta explosiva del exterior le daba los últimos toques a la ya arruinada nave de combate. Pronto, la infraestructura no resistiría más.

—De acuerdo, piensen, ¡quién sabe lo que pueda estar congelado ahí dentro! —dijo Pendewqell con un optimismo inexistente—. ¡Apuesto a que es algo, o alguien, muy valioso!

La tripulación fulminó al ishi tibi con la mirada.

—Bueno, si no es valioso, ¿para qué conservarlo en una bóveda? —gritó Pendewqell con exasperación.

El Corsario asintió. Quiggold se encogió de hombros, señal de que estaba de acuerdo.

—Buen punto. Hay que desactivarlo.

Squeaky y Reveth se acercaron al pod, mientras Pendewqell empezaba a oprimir los botones que se encontraban junto a él, en el panel del sistema generador de emergencia, el cual había conservado intacto el campo de inmovilidad. Pocos segundos después, la cápsula empezó a abrirse y la forma de lo que estaba almacenado adentro se volvió clara a la vista de todos.

Un soldado clon de la República, vivo, décadas después del fin de las Guerras de los Clones.

—¿Dónde…, dónde estoy? —tartamudeó el soldado.

CAPÍTULO —26—

EL DROIDE de combate B1-CC14 había visto días mejores. En las décadas que habían pasado desde el choque en la superficie de Ponemah, el droide había sido objeto de la corrosión y la degradación de sus circuitos. No es que tuviera importancia, ya que el droide también había estado sin energía todo ese tiempo.

Hasta ahora.

Algo había encendido los receptores de energía de la nave estrellada y sus sistemas se estaban recargando lentamente.

Con su único sensor funcional, B1-CG14 se percató de una alerta preocupante que aparecía en la consola medio estrellada frente a él. El cargamento, el tesoro del conde Dooku, había sido liberado de su estasis crio-cíclica. No se suponía que eso debía pasar. El soldado clon había sido capturado en Coruscant, había sorteado grandes peligros y había sido encerrado en una estasis médica de largo plazo después de un riguroso interrogatorio. Aparentemente, el clon había sido el último ser en hablar con un famoso traidor de la República y se creía que estaba en posesión de información vital, aunque no había estado dispuesto a confesar dicha información a los droides interrogadores. Así que, siguiendo estrictas órdenes del Conde Dooku, el clon había sido congelado en estasis y nadie más, ni siquiera los droides, tenían permitido volver a hablarle. No hasta que el propio Dooku pudiera interrogar al clon en persona.

Ese era el plan. Pero algo, que B1-CC14 ignoraba, había salido mal. En realidad no importaba qué, el caso era que la nave había sido detectada y atacada por las fuerzas apabullantes de la República y todos los intentos del droide por escapar de la destrucción habían fracasado.

Ahora sólo quedaba una orden que importaba. El Conde Dooku había sido muy específico. Había que evitar que el prisionero escapara, a cualquier costo. Bueno, al menos B1 sabía que aún podía cumplir esa parte de sus órdenes.

Con la poca energía que le quedaba, el droide activó aquellos sistemas de emergencia que estaban programados para movilizar al contingente de superdroides de combate, con una batería a prueba de fallos. Dentro de pocos minutos, más de una docena de superdroides de combate invadirían los pasillos y se desharían de todos los visitantes no deseados.

Y con eso, B1-CC14 volvió al dulce y pacífico olvido de la desactivación.

CAPÍTULO —27—

REVETH se movió rápidamente para ayudar al soldado a levantarse. Eso fue un error; a pesar de las décadas que llevaba congelado en estasis, estaba claro que los instintos de combate del clon permanecían intactos.

—¡No lo entienden! —gritó el soldado, mientras empujaba a Reveth hacia atrás. El clon se veía aterrado. Febril. Balbuceaba.

—Soy médico —dijo entre jadeos—. Y yo…, yo me enteré de algo…, algo horrible. Fives lo sabía… Él fue el que se dio cuenta después de que Tup…, y por eso lo mataron. Pero yo seguí investigando. Dijeron que era un virus…

El Corsario hizo un gesto sutil a Squeaky y Pendewqell, y los dos piratas empezaron a rodear al clon enfermo por ambos lados.

—Un chip en nuestras cabezas. ¡En las cabezas de todos los clones! Una orden. Un comando para traicionar…, matar… ¡Y todo esto viene del Canciller!

El clon tomó la mano estirada de Squeaky y lo lanzó contra Pendewqell, quien avanzaba hacia el soldado. Sin embargo, el esfuerzo fue demasiado para él, lo que hizo que se tambaleara.

—Los Seppies, ellos me capturaron.

El soldado hablaba rápido, casi tanto como para seguir todo lo que decía. Era como si el clon no se percatara de que estaba hablando en voz alta.

—Me interrogaron para averiguar quién más sabía sobre esto —el clon sudaba. Temblaba. Se veía triste—. Nunca tuve oportunidad de decirle a nadie más lo que sabía. No sabía en quién confiar. Pero no les habría dicho de todos modos.

—Así que dijeron… —Los piratas estaban callados, escuchando mientras el clon enfermo y delirante seguía con su relato—. Dijeron que me enviarían con alguien con quien no podría ocultar secretos…, con los sith… El frío…, el frío que congelaba y quemaba al mismo tiempo…

El clon cayó al suelo. Sus ojos se pusieron en blanco.

—Envenenamiento por estasis —murmuró Reveth—. Estuvo atrapado ahí demasiado tiempo.

—¡No! Aún puedo salvarlos. ¡Skywalker! —murmuró el clon con intensidad—. ¡Busquen al general Skywalker! Él nos ayudará. ¡Él puede salvar…, salvar a los jedi…, salvar a la República!

—¿Cuál es su número identificación, soldado? —preguntó Quiggold al soldado recién descongelado.

—CT-6116 —respondió el soldado, tosiendo—. Kix. Me llaman…, Kix…, señor…

Y habiendo dicho eso, el soldado quedó inconsciente. Reveth colocó rápidamente un respirador sobre la cara del clon.

—Bueno —dijo Quiggold, rompiendo el largo silencio que había entre el grupo de piratas—, esa sí que fue información muy valiosa, Pendewqell. Seguramente la República

Galáctica estará muy feliz ahora que tienen la posibilidad de impedir que el Emperador suba al poder. Probablemente también le hemos ahorrado a la galaxia un centenar de pérdidas. ¡Tal vez podamos acudir con el Consejo Jedi y pedirles una gran y jugosa recompensa!

El primer oficial volteó para dar la cara al ishi tib, quien los había guiado tontamente a la cacería de aquel tesoro.

—¡Así que, lo único que tenemos que hacer ahora es volver en el tiempo! ¿Qué opinas de…?

Pero Pendewqell ya se había marchado.

CAPÍTULO —28—

EL ISHI TIB había apostado mucho en los tesoros perdidos del Conde Dooku. Había apostado y había perdido. El Corsario Carmesí era un capitán justo. Justo, pero no indulgente. La misión ya les había costado demasiado, mucho más de lo que Pendewqell podría pagar. Así que probablemente era mejor para ambas partes si huía ahora y les evitaba confrontaciones incómodas.

Sólo tenía que llegar a la escotilla, tomar uno de los esquifes individuales que estaban en la bodega de la barcaza y salir por medio de disparos de ese infernal Mar de Arena, antes de que alguien lograra alcanzarlo. Luego podría escapar hasta otro sector. Tal vez a un lugar remoto como, Wasco o Andui, o algún otro lugar donde nadie pensara en buscarlo.

Entonces, Pendewqell dio vuelta en una esquina y se encontró de frente con una gran multitud de superdroides de combate que acababan de ser reactivados.

—Entendido, entendido —dijo el que estaba al frente y toda la compañía de droides abrió fuego.

Y esas fueron las últimas palabras que escuchó el ishi tib.

CAPÍTULO —29—

LA VIEJA NAVE se estaba despedazando; la tripulación del *Meson Martinet* hacía hasta lo imposible para mantenerse por delante de los escombros. El capitán había ordenado a la tripulación que cargara al clon inconsciente. Quiggold no entendía por qué, pero dado el humor del Corsario Carmesí desde la abrupta partida de Pendewqell, el primer oficial decidió que probablemente lo más sensato era no discutir.

Mientras se echaba al clon al hombro, Squeaky murmuraba algo increíblemente grosero. Por suerte, a nadie se le ocurrió traducir lo que decía. La verdad era que ni siquiera había tiempo para discutir. La tormenta de arena estaba en un frenesí total, afuera, y no había tiempo más que para correr hasta el puerto de atraque y escapar en la barcaza.

Claro que fue justo en ese preciso momento cuando Scorza por fin decidió atacar.

CAPÍTULO —30—

—¡TONTOS! —escupió Scorza, mientras sacaba su bláster y salía de un pasillo destartalado para abordar a los piratas que huían en ese momento—. ¿De verdad creyeron que lograrían escapar con el tesoro tan fácilmente? ¿De verdad subestiman tanto a su archienemigo?

La tripulación intercambió miradas confundidas. Quiggold se encogió de hombros.

—¿Quién eres exactamente?

—¡Soy Scorza! —gritó el weequay—. ¡Soy la venganza encarnada! ¡Soy su total y absoluta destrucción!

—Está bien —dijo el primer oficial.

—¿Está bien? ¿Eso es todo lo que tienen que decir? ¿Eso es lo mejor que tienen para ofrecer?

—Es sólo que… —Quiggold hizo una pausa.

—¿Qué? —dijo Scorza, apuntándole con su bláster—. ¡Habla!

—Creo que…, se te olvidó algo.

—¿Ah sí? —dijo Scorza, con una voz seca y llena de desdén—. ¿Y exactamente qué es lo que se me podría haber pasado? ¿Qué astuto truco tiene su capitán bajo la manga esta vez? ¿Eh?

—Ningún truco. Es sólo que… —Quiggold volteó a ver al capitán.

El Corsario alzó una de sus manos enguantadas y apuntó a algo que estaba detrás del weequay.

Quiggold continuó.

—Hay un escuadrón de superdroides de combate justo detrás de ti.

Sorprendido, Scorza se dio la vuelta. Parte de él esperaba haber caído en el truco más viejo de todos. Pero no era así. Los droides eran muy reales, así como sus blásters.

Los droides abrieron fuego y así fue como llegó a su fin la historia de Scorza y su sed de venganza.

CAPÍTULO —31—

AFORTUNADAMENTE, los superdroides de combate estuvieron bastante ocupados por un rato disparándole a Scorza. Aprovechando ese tiempo, la tripulación del *Shrike* hizo su escape. Recorrieron un pasillo tras otro, hasta que finalmente llegaron a la escotilla donde su barcaza estaba atracada.

Quiggold y Squeaky jalaron la palanca de emergencia para abrir la trampilla, justo a tiempo para que la tripulación viera cómo un gusano de arena, que apareció de la nada, liberaba a la barcaza de sus amarres y la destruía con su enorme y poderosa quijada.

Era imposible saberlo con certeza debido a su máscara, pero Quiggold conocía a Sidon Ithano desde hacía mucho tiempo y estaba casi seguro de que el Corsario Carmesí estaba poniendo los ojos en blanco con exasperación.

—Bueno —dijo Quiggold—. Todavía nos quedan los pods de emergencia.

CAPÍTULO —32—

HABÍA solamente un pod de emergencia.

Específicamente, había solamente un pod de emergencia que funcionaba y que no estaba ni en la parte de la nave enterrada por la arena, ni rodeado por un contingente de súper droides de combate, lo cual significaba que no cabrían todos y que una persona tendría que quedarse.

Quiggold imaginó un escenario en el cual él se sacrificaba valientemente para que el capitán y el resto de la tripulación pudieran escapar. Pero, eso no fue lo que pasó. En su lugar, mientras Squeaky, Reveth y Quiggold se empujaban mutuamente de un lado a otro, compitiendo por una posición que les ofreciera seguridad, el capitán dio un paso hacia adelante.

Sin decir ni una palabra, el Corsario metió a su tripulación y al clon inconsciente en el pod.

Y antes de que alguien pudiera discutir, Sidon Ithano, con su expresión tan impasible como siempre, detrás de su máscara de plasteel color carmesí, oprimió el interruptor de activación; así lanzó a su tripulación a alta velocidad a través del Mar de Arena y lejos del crucero condenado.

CAPÍTULO —33—

QUIGGOLD y el resto de la tripulación observaron con tristeza, mientras el pod de emergencia los arrojaba lejos del peligro. El crucero se quemaba y se hundía en el torbellino de arena explosiva.

—Tal vez… —dijo Quiggold—. Tal vez va a estar bien.

Toda la tripulación hizo una mueca de dolor, mientras el gusano gigante destruía el casco de la vieja nave Separatista, haciendo un ruido tan monstruoso, que lo mejor es no describirlo en detalle.

—Bueno, aun así… —empezó a decir Quiggold con un tono optimista.

Luego, toda la nave explotó en medio de una gran ráfaga de fuego y luz.

—Supongo que no —dijo Quiggold, con una voz llena de aflicción y remordimiento.

CAPÍTULO —34—

PASÓ UNA SEMANA. Luego otra. Luego otra más. En su bar abandonado, lo que quedaba de la tripulación del *Meson Martinet* esperaba a su capitán. Tendrían que marcharse pronto. Los suministros empezaban a escasear y el planeta desértico no era el lugar ideal para estar sin comida o sin agua. Aun así, esperaron lo más que pudieron.

Kix, el clon, acabó por recuperarse, al menos físicamente. Al parecer, el soldado seguía en *shock* por las muchas revelaciones de historia galáctica que había descubierto desde que despertó, particularmente aquellas relacionadas al ataque de la Orden Jedi y sus efectos colaterales.

Mientras que Kix reflexionaba sobre su destino en este nuevo y extraño futuro, la tripulación pirata recapacitaba sobre el pasado.

—Se ha ido, Quiggold —dijo Reveth—. Bien nos habría convenido hundirnos junto con él. Lo perdimos todo. Estamos arruinados.

—Lo sé…, lo sé… —dijo Quiggold—. Sólo pienso que deberíamos esperar una semana más. Digo, tal vez…

—¿Tal vez, qué? —preguntó Reveth, agitada—. ¿Tal vez el capitán logró domar, de alguna manera, al gusano gigante y lo cabalgó para salir del desierto de arena explosiva y lava? ¿Eso es lo que esperas que haya pasado?

Quiggold sacudió la cabeza. Sabía que no había oportunidad alguna de que el capitán hubiera sobrevivido. No había esperanza. Ninguna, ni siquiera un jedi de los tiempos antiguos podría haber escapado de ese infernal…

La mandíbula del primer oficial se abrió tanto que casi llega hasta el suelo. Reveth se levantó impactada, mientras que Squeaky gritó de alegría. El Corsario Carmesí estaba parado en la entrada. Su capa estaba hecha andrajos y su casco rojo necesitaba una pulida, pero ahí estaba él, con vida.

—¿Co-cómo…? —Quiggold no tenía palabras.

El Corsario detuvo sus preguntas con un gesto y arrojó un cubo metálico a las manos de Kix.

—¿Qué es eso? —preguntó Quiggold, confundido.

—Es…, es un núcleo de memoria del crucero Separatista —respondió Kix—. Fueron diseñados para auto destruirse, pero supongo que este… debe haber fallado —el clon alzó la mirada—. Este cubo contiene un mapa completo de todas las fábricas de droides ocultas que fueron creadas por los Separatistas. Sus bases secretas. Sus almacenes de armamento. Todo.

Reveth tomó el cubo de las manos de Kix, silbando aprobatoriamente.

—Esto habría sido imposible de decodificar hace cincuenta años. Pero ahora es pan comido. Podremos rastrear esas instalaciones ¡y ahí tendremos nuestro antiguo tesoro enterrado! ¡Seremos ricos!

Quiggold silbó.

—Y, por suerte, resulta que tenemos a mano a un experto en instalaciones militares de la era de las Guerras de los Clones y sus sistemas de seguridad. Bienvenido a bordo, Kix.

—De acuerdo —continuó Quiggold, frotando la especie de rosario que siempre llevaba consigo, una vez que la impresión de todas esas riquezas potenciales se esfumó—. De acuerdo, pero, en serio… —dirigió su mirada al Corsario—, en serio, ¿cómo logró sobrevivir? El fuego…, la arena…, el gusano… ¿Cómo…?

El Corsario se sentó en un sofá polvoriento, se estiró con pereza, como si nada emocionante le hubiera ocurrido en siglos, y miró a su primer oficial. Con una voz rasposa y mecánica, que casi nunca se oía, dijo:

—Ya deberías saberlo, Quiggold. Soy Sidon Ithano. No muero con tanta facilidad.

LANDRY Q. WALKER ha inventado historias por más de veinte años. Sus libros incluyen la exitosa novela gráfica *House of Gold;* la serie de cómics *Supergirl: Cosmic Adventures in the 8th Grade*, para DC; *Frozen: Phantoms of Arandelle*, para Disney, y la épica de Súper Héroes *Danger Club*. Junto con Eric Jones, su frecuente colaborador, creó también el cómic *Little Gloomy*, que ahora se transmite internacionalmente como la caricatura de *Scary Larry*. Vive con Belinda, su esposa, quien es maravillosa y lo quiere mucho.

TYLER SCARLET trabaja para la industria cinematográfica como artista conceptual e ilustrador en Industrial Light & Magic. Ha trabajado en filmes como *Star Wars: El despertar de la Fuerza*; *Warcraft*; *The Great Wall* y *Teenage Mutant Ninja Turtles 2.* Antes de ILM, Tyler estuvo en Hasbro, donde trabajó en el departamento de Derechos de Autor. Vive en San Francisco.